

Selección RNR

ALINA COVALSCHI

The cover features a futuristic cityscape viewed through a large circular window. Two silhouetted figures stand on a dark ledge in the foreground, looking out at the city. The city is filled with tall, sleek buildings, flying vehicles, and a large, curved structure. The overall color palette is dominated by blues and greys, with a bright light source creating a lens flare effect behind the title.

EL SECRETO



Romance y Ciencia Ficción

El Secreto

Alina Covalschi



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerEbooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A vosotros, lectores y amigos

INTRODUCCIÓN

Planeta Tarlok, noviembre 2880

—Necesitamos el cristal cuanto antes —dijo Nazar y cruzó los brazos bajo su pecho generoso, arrugando la frente.

—El consejo ordenó que teníamos que esperar. No podemos arriesgarnos a invadir la Tierra. Los humanos que están integrados entre nosotros no lo permitirían. Entraríamos en guerra. —Malik se enfrentó a la mirada seria de su almirante.

—Tenemos que encontrar una posibilidad para ir a la Tierra sin que sospechen de nosotros. —Frunció sus enormes ojos color morado y miró a su subalterno.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? A mí no se me ocurre nada. —Se recostó en su enorme silla y apoyó las manos en las rodillas.

Se miraron uno al otro por unos largos minutos hasta que la puerta se abrió y entró Zanuk, la mano derecha de Nazar.

—Estoy aquí, ¿qué pasa? —preguntó mirando intrigado a su almirante.

—El cristal está a punto de consumirse por completo. Necesitamos otro —contestó él, adquiriendo determinación con cada palabra.

—¿Y por qué yo me entero ahora? Sabes que no tenemos permiso para aterrizar en la Tierra —refunfuñó Nazar.

—Ya lo sé, pero hay una posibilidad —intervino Nazar—. Tenemos que hacerlo sin que se entere el consejo.

—Te escucho.

Nazar presionó un botón en la pantalla que había a su lado y el lector de huellas enseguida abrió un holograma. El perfecto círculo de la Tierra tomó forma y los tres se quedaron mirando como giraba despacio. Muchas veces habían intentado sin éxito conquistarla y hacerse con las riquezas que escondía ese planeta único. No obstante, el acuerdo que habían firmado con los humanos los tenía con las manos atadas.

Habían accedido a la petición de ellos para dejarles el planeta Tierra a pesar del mal estado en que se encontraba.

—Tenemos que encontrar un humano que lo haga para nosotros. —Nazar rompió el silencio y tocó el holograma—. Uno que no trabaje para el consejo. —Apareció otro holograma con el cristal que necesitaban—. Uno que sea ajeno a todo esto. —El cristal giró y mostró su ubicación.

—¿A quién tienes pensado? —preguntó Malik y dirigió una mirada de interés hacia su almirante.

—A la hija de Zoltan. Ella es perfecta para esta misión —contestó Nazar, cortante.

—¿Koral? —preguntó sorprendido Malik—. Esa humana es muy joven y no tiene nada de experiencia. Le falta dos años para terminar el entrenamiento.

—Por eso nadie sospechara de ella —dijo muy convencido Nazar—. Ella es muy débil. Es la última de su generación y hará cualquier cosa para conseguir un puesto en la academia. Solo tienes que hablar con ella.

—¿Yo? —Se sorprendió Malik.

—Sí, tú, porque eres amigo de su padre. Los humanos son muy débiles, les falta mucho para llegar a ser tan fuertes como nosotros. En unos miles de años desaparecerían por completo, dejándonos a nosotros como los únicos habitantes en el universo. Sin embargo, para conseguirlo necesitamos ese cristal. —Tocó el holograma y la Tierra se esfumó en una explosión grotesca.

—No podemos eliminarlos así sin más. Nos ayudaron mucho para conquistar a las demás galaxias —intervino Zanuk.

—Son un par de inútiles que piensan demasiado. Son débiles y no podemos permitir que sigan avanzando tanto como nosotros —gritó molesto Nazar—. Somos superiores a ellos.

Zanuk y Malik se miraron uno al otro, sabían que no deberían de llevarle la contraria a Nazar.

—Hablaré con ella —sentenció Malik.

—Tendrás que convencerla como sea, tengo todo preparado para la teleportación.

Tiene que ir sola. No podemos arriesgar que alguien sospeche de lo que estamos haciendo.

—Apretó los labios y alisó su precioso uniforme de color azul.

Ese traje era su orgullo, su tesoro máspreciado. Todos lo veían como un ser superior y como un líder digno de ese puesto. Cuando el consejo de los viejos lo habían elegido como almirante, se había sentido el telosiano más afortunado del planeta. Había luchado para conseguir que los humanos abandonaran la ciudad y gracias a sus insistencias diarias, los jóvenes telosianos entrenaban en academias libres de humanos.

Nazar quería que los humanos se quedaran ajenos a los proyectos secretos que había ingeniado para sobrevivir en un planeta con pocos recursos. Dio la orden para que todas las instituciones y las academias mantuvieran las puertas cerradas durante los entrenamientos de los alumnos telosianos, y guardó en secreto el proceso para crear combustible radioactivo. Las naves espaciales estaban propulsadas por la fuerza que generaba los cristales provenientes de la Tierra y ningún humano tenía que saberlo.

El planeta Tarlok era muy importante para él porque allí había nacido y crecido, junto con los demás telosianos. Los humanos eran insignificantes para él y una especie en peligro de extinción que no tenía la capacidad de evolucionar. Él los había apartado poco a poco hasta que había conseguido exiliarlos por completo.

El único planeta que no habían conseguido conquistar era la Tierra y eso era

porque el consejo había llegado a un acuerdo con Morgas, el líder de ellos.

—Hoy mismo había recibido una invitación a cenar en esa casa y aprovecharé para hablar con Koral —comentó Malik—. Mañana te daré su respuesta.

—Tiene que aceptarlo, no me importa lo que tienes que prometerle. ¿Entendido?

—No te preocupes, ella lo hará. Ahora tengo que irme. Me esperan en la academia.

Cuando Malik abandonó la sala, la sonrisa del almirante se ensanchó.

—Es un plan perfecto —afirmó Zanuk—. Por eso eres un buen almirante. Sin ti este planeta estaría conquistada.

—Seremos los únicos líderes, y de esto me encargaré yo —murmuró Nazar con ojos fríos y voz inexpresiva como la de un robot.

Salió de la habitación dejando a Zanuk preparando los últimos detalles para el viaje de Koral.

CAPÍTULO 1

Koral salió de su clase bastante contenta; había conseguido comunicar telepáticamente con un telosiano durante unos minutos, sin perder el conocimiento. El entrenamiento era agotador y lo único bueno de todo aquello, era que estaba aprendiendo muchas cosas. Cada día que pasaba, ella adquiría agilidad, puntería y habilidad de salto. Sus sentidos eran sobrehumanos y podía controlar determinados elementos naturales, como la electricidad.

Según sus entrenadores, ella había avanzado mucho en habilidades físicas, ya era capaz de mantener el mismo ritmo que los demás. Sin embargo, las clases de combate eran las que más la había costado. Al principio, su compañero la tiraba al suelo con apenas un ligero movimiento. Poco a poco, había aprendido a evitar que la desarmaran, a moverse con agilidad y a realizar ataques bruscos pero certeros.

La conexión que había alcanzado con su uniforme le hacía más fácil las tareas.

Era como si fuera ella quién movía los brazos y decidía su próximo movimiento.

—¡Koral, espera! —Los gritos de su amiga Arín, la hicieron detenerse. Dio la vuelta y sonrió al verla corriendo como una lunática por el pasillo.

—¿Vienes con nosotros a espiar a los telosianos? —preguntó ella y se agachó para coger aire.

—No puedo. —Negó con la cabeza—. Hoy me esperan mis padres.

—Vamos, ven con nosotros. Tendrás la oportunidad de ver a Darik. —Koral

se quedó pensativa, dudando si aceptar la propuesta de su amiga.

Siempre había admirado a aquel telosiano y no rechazaba ninguna oportunidad de verlo, aunque sería de lejos. Era de una belleza poco común y, además, agitaba su corazón cada vez que lo veía.

—Está bien, pero tenemos que tener cuidado. La última vez casi nos pillan. — Alzó ambas manos en el aire y empezó a caminar junto a su amiga—. ¿Dónde están los demás?

—Nos esperan en el patio trasero y esta vez Hanuk consiguió dos veleros solares *Elon*. Llegaremos justo cuando entrenan fuera.

Salieron al patio y continuaron andando hasta llegar al hangar de almacenamiento. Lenar abrió la puerta y accedieron a la zona de abastecimiento.

Koral se sorprendió cuando vio los veleros solares. Eran de un tamaño pequeño y, aunque estaban impulsados por láseres masivos, podían alcanzar velocidades mayores.

—Vamos, subir a bordo —animó Hanuk.

Ella subió la escalera dudando. Un torrente de ideas, pensamientos y recuerdos invadió su mente. Al instante se arrepintió de haber hecho caso a su amiga y más aún de tener que mentir de nuevo a sus padres. Lo peor de todo era que sabía que arrastraría esa culpa durante todo el día.

Hanuk agarró su antebrazo con ambas manos y la ayudó a pasar hacia dentro. Para ella era la primera vez que subía a bordo de un velero y se sorprendió al ver que era más sofisticado de lo que había pensado.

Arín subió en el otro velero con Lenar y la saludó con la mano. Hanuk cerró la puerta y ella aprovechó para sentarse y colocarse el cinturón de seguridad. Miró atentamente como los dedos de su amigo se cernían sobre el botón de inicio y tomó una profunda respiración.

—¿Estás lista para disfrutar de este viaje? —preguntó él y estiró la mano—. Vamos a hacerlo juntos.

Presionaron los dos el botón de inicio y una voz femenina computarizada

llenó el solar: «Iniciando el lanzamiento del solar Enol».

Un chirriante sonido de metal sobre metal sonó y Koral se aferró a su butaca mientras su estómago se tambaleaba. El ruido era fuerte, siniestro y ella se presionó contra su asiento, sin aliento.

—Esto es normal —aseguró Hanuk, intentando tranquilizarla.

Ella levantó la vista y a través del cristal del panel, observó cómo el suelo se alejaba a una velocidad extrema. El horizonte se sumergía mientras Hanuk presionaba botones de distintos colores.

El viaje duró muy poco, apenas pudieron intercambiar algunas palabras. Ellos se habían criado prácticamente juntos y tenían una hermosa amistad. Pero Hanuk había albergado otros sentimientos dentro de su corazón.

Cuando el velero se detuvo y empezó a descender, ella se desabrochó el cinturón de seguridad y levantó la vista.

«El solar ha concluido su aterrizaje», avisó la voz femenina.

Ella se puso de pie y salió por las puertas de cierre hermético. Sus pasos retumbaban sobre el suelo de metal y no había escuchado cuando Hanuk gritó detrás de ella.

—Espérame —gritó él otra vez, pero ella ya estaba fuera.

—¿Te ha gustado el viaje? —preguntó Arín y se paró en frente de su amiga.

—Fue increíble. Me dio un poco de miedo —admitió y se mordió los labios.

—Chicas, hay que darse prisa si no queréis perder el entrenamiento —avisó Lenar. Esperaron a Hanuk y luego caminaron agachados por debajo del muro cristal que separaba la academia del resto de los edificios.

Se sentaron en el lugar de siempre y se quedaron observando con atención cómo los telosianos más jóvenes entrenaban con sus maestros.

—Allí está Darik —señaló con entusiasmo Arín.

Koral se levantó para verlo mejor y se quedó hipnotizada. A ella le gustaba mucho. Era el telosiano más bello de todos los demás y tenía una reputación excelente. Se rumoreaba que, en unos años, el puesto de almirante en el consejo de viejos sería suyo. Ser el hijo del actual gobernante sumaba puntos a

su favor.

—No entiendo porque os gusta; yo soy más guapo que él. —Hanuk se colocó delante de Koral para bloquearle la vista.

—¡Quítate! No veo —gritó ella, empujándolo.

—Shh —susurró Lenar—. Se acercan dos guardias.

Ellos se sentaron en el suelo y se quedaron callados. La belleza física del lugar era notable. Nubes grises se cernían en el otro extremo del valle detrás de la enorme torre guía y la vasta extensión del muro de piedras lunares.

Durante años se había trabajado en la construcción de una estación de extracción que era la principal fuente de energía para las tres torres guías que existían. Los enormes bloques de cemento servían para activar las fuerzas gravitatorias del gigante planeta.

—Menos mal que no nos vieron —resopló Arín—. Vamos a ver lo que hacen y después hablamos.

Se quedaron en silencio durante todo el tiempo que duró el entrenamiento y, cuando los telosianos abandonaron el lugar, Hanuk se puso de pie y estiró la mano.

—Vamos, Koral, te llevo a casa. —Sonrió tímidamente—. Tus padres estarán preocupados.

—Tienes razón y no me gusta mentirles. Gracias por la escapada. Parece que llegaron a niveles muy avanzados. —Lo miró con los ojos entrecerrados—. Creo que están tramando algo.

—A nosotros no nos enseñan nada de esto —comentó Arin—. Me parece muy extraño.

—Tenéis razón. Ayer mis profesores abandonaron las clases. Los telosianos han dejado de suministrar el material que necesitamos para propulsar las plataformas flotantes. —Lenar resopló sonoramente.

—Algo está pasando —murmuró Koral.

—Nosotros no podemos hacer nada. El planeta Tarlok es de ellos. Mejor nos vamos. Si nos quedamos más tiempo aquí, nos pillarán —dijo Hanuk y agarró

la agarró por el codo.

Ellos se despidieron de Arín y Lenar y luego subieron a bordo del velero, en silencio. Koral se sentó en el asiento y presionó su espalda contra el respaldo. Tomó un esfuerzo y poco a poco relajó su postura. Entonces, sintió una mano en su hombro. Cuando giró la cabeza, descubrió a Hanuk.

—No entiendo por qué te gusta ese telosiano. No te conviene, no tenemos permitido juntarnos con ellos —comentó mirándola fijamente a los ojos.

—No me gusta tanto, pero hay que admitir que él es muy bueno y que tiene calificaciones muy altas. —Agachó la cabeza y empezó a jugar con las manos —. Te aprecio mucho. Eres mi mejor amigo y siempre me apoyaste para seguir en la academia.

—No quiero que me veas como un amigo. Quiero algo más. —Se sentó en su asiento y pulsó el botón de inicio. El velero solar inició el proceso de desconexión y salió de la velocidad de salto.

CAPÍTULO 2

Koral entró en su casa y cerró la puerta sigilosamente. Se quitó las botas y las dejó junto a las de su hermano Galeo, rezando para que nadie se diera cuenta de que había llegado tarde.

Sus padres estaban en la cocina y hablaban con tranquilidad, ajenos a su llegada. Aun así, estaba nerviosa. Con sensación de culpa, caminó hasta allí y apoyó su hombro en el marco de la puerta.

—Llegas tarde —dijo su padre tomándola por sorpresa.

—Lo siento, me había quedado un rato más con mis amigos —se excusó y se acercó para darle un beso en la mejilla.

—Sabes que no me gusta cuando llegas tarde —advirtió su padre severamente.

—¿Qué tal hoy en la academia, hija? —preguntó su madre sonriendo.

—Aprendí a comunicar telepáticamente con los telosianos —contestó con anhelo.

—¡Eso es maravilloso! —Su padre sonrió con orgullo.

—Yo hacía eso cuando tenía diez años —dijo Galeo mientras se sentaba al lado de su padre.

—¿Y qué culpa tengo yo de que no se me dan bien esas cosas? —Arrugó la nariz y lo miró con enfado.

—A ti nada se te da bien, hermana —se burló—. Me extraña como aún sigues en la academia.

—No le digas eso, hijo. Ella se esfuerza mucho y este año sus calificaciones

han subido —dijo la madre para animarla—. Me siento orgullosa de mi hija.

—¿Y yo qué? —preguntó él—. Soy el mejor de mi grupo y estoy preparado para afrontar cualquier situación. —Se levantó para irse, pero su hermana se interpuso en su camino.

—No te enfades. Sé perfectamente que no soy buena, pero un poco de tu apoyo no me vendría mal.

Galeo la miró y dejó escapar un suspiro. Habían crecido juntos y la adoraba. Le gustaba protegerla y escucharla hablar. Durante los últimos años, su hermana se había convertido en una parte importante de su vida. Sin embargo, sus pensamientos se centraban por completo en la imagen de una chica frágil. El anhelo protector que despertaba en él era un sentimiento fraternal y digno de admirar. La abrazó con fuerza y empezó a dar vueltas con ella alrededor de la cocina.

—Lo siento. —La dejó en el suelo con cuidado—. Es que nadie se alegra de mis calificaciones, pero no importa. Me alegro de que hayas mejorado, hermana. —Se saludaron como lo hacían en la academia y luego se sentaron junto a sus padres.

—Esta noche tenemos invitados —comentó el padre—. Vendrá a cenar con nosotros Malik, el consejero del almirante Nazar.

Ellos se quedaron boquiabiertos; en la casa nunca había entrado alguien tan importante. La visita de Malik era un honor para ellos, pero también un motivo de preocupación. Las amistades entre humanos y telosianos no estaban permitidas.

—Yo no tengo el uniforme limpio. —Galeo frunció el ceño y se puso de pie.

—Tranquilo, hijo, no hace falta que os pongáis el uniforme —informó el padre—. No es una cena formal.

Ellos permanecieron durante unos largos segundos en silencio y se miraban a los ojos como si tuvieran un secreto. Koral fue la primera quién rompió a correr y su hermano no dudó ni un instante en seguirla.

—Ay, qué rápido han crecido nuestros hijos —expresó la madre con

melancolía.

—Sí, y me preocupa Koral. Ella no se integra muy bien con los telosianos. No está a la misma altura que ellos y temo que la van a excluir de la academia. Es como tú —murmuró y los ojos de su mujer se posaron en su rostro.

—Lo conseguirá, Zoltan, ya lo verás. Se deja guiar por las emociones porque aún es muy joven, pero con los años su carácter fuerte saldrá a la luz.

Él estiró el cuello y besó sus labios, dejándose guiar por el amor que sentía hacia ella. La abrazó con fuerza, deslizando despacio las manos hacia las caderas de ella, dibujando sus curvas.

—Papá, deja de besar a mamá. Necesito ayuda con mi uniforme —farfulló Koral y se tapó de inmediato los ojos.

—¿Qué le pasa a tu uniforme? —preguntó su madre, aturdida.

—No hace falta que te pongas el uniforme. Creo que Malik tampoco lo hará — dijo su padre.

—Yo quiero llevarlo puesto. Ven, mamá.

Salió de la cocina y su madre la siguió hasta la habitación. Cuando vio el uniforme estirado encima de la cama, se acercó y lo levantó en el aire.

—¿Se puede saber cómo conseguiste romperlo? —Examinó el agujero y la miró con los ojos entrecerrados, esperando una respuesta.

—En la clase de combate —mintió.

No quería decirle a su madre que habían ido a espiar a los telosianos y que, cuando habían salido del escondite, su uniforme se había enganchado y se había roto.

—Veré lo que puedo hacer.

Su madre abandonó la habitación y ella se tiró en la cama, mirando fijamente la lámpara en forma de pulpo. Recordaba con cariño el día en que su padre la había comprado. No era una cualquiera, dentro tenía escondido un mecanismo que se activaba solo por las noches y proyectaba en el techo de la habitación la galaxia entera.

—Ya está. Procura cuidarlo para que esto no pase otra vez. —Janelle dejó

en uniforme encima de la cama y levantó la mirada—. Esta lámpara es única, ¿verdad?

—Mhm... Me ayuda conciliar el sueño.

—Deberías cambiarte. Tu hermano ya está abajo —dijo con tono afectuoso.

—Enseguida bajo.

Koral saltó de la cama y se vistió a toda prisa. Se acercó al espejo y dejó escapar un silbido; su madre le había dejado el uniforme como nuevo. El pequeño agujero había desaparecido, como si nunca hubiese existido.

Cada alumno recibía solo dos uniformes y tenían que cuidarlos muy bien. Eran unos trajes bastantes ligeros que se ajustaban perfectamente al cuerpo. Absorbían toda la fuerza del peso y dejaba los brazos y las piernas más fuertes de lo normal.

Se desnudó de su ropa de colegio y miró su reflejo en el espejo. Pasaba muchas horas al día encerrada en su traje y su piel apenas respiraba. Se alimentaba de los pequeños tentáculos de fibra de silicona que lo formaban y se endurecía con el tiempo.

Activó el orbex y se puso el uniforme, ya acostumbrada a la sensación extraña de apretón que sentía cada vez que se conectaba con su cuerpo. Abrió la puerta de la habitación y bajó las escaleras. Los sensores de su traje habían detectado la presencia de telosianos. Ella pasó las manos por aquella maravilla tecnológica y avanzó por el pasillo.

El timbre de la puerta la sobresaltó y se paró detrás de su madre. Ella de inmediato pulsó un botón y la puerta se transparentó, dejando a la vista a un Malik sonriente. Desactivó la alarma y el cristal empezó a bajar con lentitud.

Él entró y saludó a los humanos, luego se giró hacia la hermosa señorita rubia que llevaba con orgullo su uniforme.

—Qué grande es tu hija, Zoltan. También es preciosa, como su madre. —Su cumplido hizo que ella se sonrojara.

—Hola —saludó ella tímidamente y levantó dos dedos en el aire.

—Hola. —Hizo lo mismo que ella y bajó la mano—. ¿Estás en el grupo de

Kirk?

—Sí, señor. —Empezó a jugar con las manos para ocultar sus nervios.

—Me alegro. Escuché que este año has sacado buenas calificaciones. —
Levantó la mirada cuando vio a Galeo acercarse.

—Hola, joven —saludó él, asumiendo una expresión serena.

—Hola, señor. —Levantó dos dedos en el aire para saludar.

Entraron todos en la sala de estar y, después de comer y hablar tranquilamente, Malik se puso de pie.

—Koral, ¿podemos hablar un momento?

Ella asintió y se levantó de su asiento guiando al hombre hasta su habitación. Él se pasó la mano por el cabello y se sentó en una de las sillas que estaban en frente de ella.

—Lo que vamos a hablar ahora es muy importante. Quiero que se quede entre nosotros. Nadie tiene que saberlo. Solo tú y yo. ¿Entiendes?

—Sí —contestó ella dudando.

—El almirante Nazar te necesita para una misión muy importante. Tendrás que viajar a la Tierra.

—¿Yo? —preguntó extrañada, levantándose de la cama bruscamente.

—Sí. Él te eligió a ti.

—¿Por qué no a mi hermano? Él tiene mejores calificaciones que yo. —Lo miró atentamente y luego se sentó de nuevo en la cama.

Malik le tocó las manos para tranquilizarla y la miró a los ojos.

—Tú eres la elegida. Tú eres la esperanza que necesitamos para sobrevivir en este planeta.

Ella se sonrojó ante la confianza que leyó en los ojos de él. Se abrazó la cintura y tuvo la sensación de que eso, de alguna manera, iba a cambiarle la vida.

CAPÍTULO 3

—¿Qué quería Malik? —preguntó Janelle.

—Felicitarme por mis buenas calificaciones y también me dijo que hay un puesto libre para mí en la nueva academia. Allí tengo que entrenar todos los días, sin embargo, tengo que ir a vivir allí por un tiempo. —Se mordió los labios para que su media mentira no se notara tanto.

Malik le había dicho que tenía que mentir a sus padres si quería aceptar la oferta del almirante Nazar. La recompensa era un puesto en el consejo de los viejos, junto a los telosianos. Eso si conseguía volver de la Tierra con los cristales.

—Eso es fantástico, hija. Es una gran oportunidad para ti. Tienes que aceptarlo.

—Su madre la abrazó de inmediato.

—Gracias mamá. —Se despidió con un beso en la mejilla y bajó corriendo las escaleras.

—¿Dónde está el incendio, hermana? —preguntó Galeo y se colocó delante, lo que bloqueó su camino.

—En ningún lado, y quítate, quiero hablar con papá. —Lo empujó molesta.

—Conmigo también puedes hablar, soy mayor que tú...

—¡Galeo, quítate! —insistió.

—Hazlo tú. En la Academia te enseñaron como hacerlo.

Ella entrecerró los ojos y cruzó los brazos sobre su pecho. Su frente estaba fruncida con fuerza.

—Vale, te lo has buscado. —Cerró los ojos.

Sus labios eran una línea recta mientras apretaba la mandíbula. Se concentró durante unos segundos hasta que su hermano se echó a reír y abrió los ojos de par en par.

—¿Intentando meterte en mi cabeza? —Su hermano estaba casi disfrutando mientras ella se frotaba el rostro con impaciencia—. No lo conseguirás hermana, conmigo no. Soy muy bueno en esto, así que para antes de que te dé dolores de cabeza —le advirtió él.

—Lo puedo hacer. Hoy lo conseguí —contestó, controlando un destello de ira.

—Lo has conseguido porque te lo han permitido. Eso pasa cuando alguien no sabe que tú quieres entrar en su cabeza y le controlas los pensamientos —comentó él, encogiéndose de hombros—. Pero cuando alguien lo sabe, y en este caso yo —dijo y se señaló con el dedo—, se puede bloquear y eso provoca dolores de cabeza.

—No me interesan tus explicaciones. —Alzó una mano y agitó el índice ante Galeo—. Ahora, déjame pasar.

—Procura no dejar a nadie que entre en tu mente, hermana. Te pueden controlar por completo. —Bajó el brazo y la dejó pasar.

Ella pasó por su lado y caminó con la cabeza bien alta hasta que llegó delante del despacho de su padre. Asomó la cabeza y lo encontró trabajando en un pequeño holograma para el cumpleaños de su madre.

—¿Espionando, hija? —preguntó, asustándola.

—¿Cómo sabías que estoy aquí? —Entró y se agachó para darle un beso en la mejilla.

—Tu perfume. Sabes que lo odio —suspiró—. Ahora que has visto la sorpresa que tengo preparada para tu madre, me debes un favor.

—Está bien, pero antes quiero hablar contigo. —Se sentó a su lado y colocó las manos encima de la mesa de cristal.

—Te escucho, hija. —Apagó la proyección y la miró.

—Malik me ofreció un puesto en la academia nueva. —Observó con atención la reacción de su padre y luego continuó—. Necesito que me entrenes estos días para estar preparada antes de entrar allí.

—¿Por qué no se lo pides a tu hermano? Yo ya soy viejo para estas cosas.

—Sabes que Galeo presume mucho y a mí me molesta. —Puso ojitos—. Y tú sabes muchas más cosas que él. Por favor...

—¿Quién puede resistirse a esos ojos tan preciosos? —Sonrió—. Eres la única humana que tiene los ojos de color morado.

—A veces no me gusta, muchos me miran raro. —Torció los labios—. Tengo el mismo color de ojos que los telosianos. Es curioso.

Su padre agachó la cabeza para no mirarla. No quería que ella se diera cuenta de que escondía un gran secreto. Uno que le podía cambiar la vida y el destino para siempre.

—Te dije que te ayudaré, ahora déjame terminar esto para tu madre. —Giró la cabeza y encendió de nuevo el holograma—. Y no olvides que me debes un favor.

—Gracias, papá —dijo ella mientras abandonaba la pequeña oficina.

CAPÍTULO 4

Academia del Sol, planeta Tarlok

Atardecía. El cielo se había despejado y el frío se intensificaba con las horas.

—¿Por qué no has llamado? —preguntó Arín, la voz menos serena que las palabras.

—Quería despedirme de vosotros —murmuró Koral y se volvió hacia ellos.

—¿Pero qué estás diciendo? —exclamó Hanuk.

—Me ofrecieron una plaza en la Academia Ferox. —Sonaba calmada excepto por el pequeño temblor en su voz.

—¡Eso es genial! —Arín la abrazó y besó sonoramente sus mejillas—. Me alegro muchísimo por ti, amiga.

Hanuk levantó la cabeza y la miró. Se conocían desde los cinco años y nunca había imaginado que trece años después, se tendrían que separar. Durante todos esos años siempre habían bromeado de cómo sería entrar una academia de ese prestigio, pero nunca imaginó que se cumpliría algún día.

—No puedo creer que aceptaste —dijo él acercándose más a ella.

—¿Por qué dices esto? —Lo miró a los ojos—. Es el sueño de cada humano.

—Yo no lo veo así.

Él suspiró. Le estaba costando procesar toda aquella información. Notó como le faltaba el aire. Se tenían que separar y él ni siquiera le había confesado sus sentimientos.

—¿Y cómo lo ves? —Arín se colocó delante de él, plantándole cara—.

Deberías alegrarte por ella. Es una oportunidad única.

—No podemos juntarnos con ellos. Nos odian... —Su voz era apenas audible.

—No nos odian. Solo se creen superiores a nosotros —murmuró Koral.

—¿Los estas defendiendo? —apuntó situándose frente a ella—. ¿Después de todo lo que hicieron?

—Simplemente estoy diciendo la verdad, Hanuk. Soy consciente de que están tramando algo, pero pienso averiguarlo.

—¿Y luego qué? ¿Cómo vas a salir de allí?

—No lo sé, algo se me ocurrirá.

—No me gusta, es peligroso. ¿Y si te pasa algo?

—Estaré bien. Mi padre me entrenó y... —dijo, intentando recuperar un poco la compostura—. No te preocupes por mí.

—Lo intentaré —dijo, resignado. Se quedó en silencio apretando los puños con fuerza. Necesitaba liberar todo el dolor que sentía por dentro y sin más, la abrazó.

—Intentaré ponerme en contacto con vosotros —susurró Koral y se apartó—. No puedo quedarme más.

Les dio una sonrisa débil y se alejó, sin saber qué más decirles.

Hanuk y Arín se quedaron mirando fijamente a Koral mientras esta se alejaba, y no cambiaron la dirección de la mirada hasta que ella desapareció.

Koral terminó de hacer la maleta y bajó las escaleras con mucha tristeza. Una profunda sensación de pérdida le había recorrido el cuerpo y se sentía con las manos atadas, presa de aquella emoción. Separarse de sus padres era una dolorosa decisión que había tomado y por primera vez se sentía sin fuerzas.

No sabía cuánto tiempo tendría que estar separada de ellos y tampoco cuánto tiempo duraría el viaje hacia la Tierra. Era un viaje que tenía que hacerlo sola y eso la atemorizaba.

Nadie sabía el estado actual de la Tierra y la poca información que llegaban

desde allí solo servía para mantener un contacto con los escasos sobrevivientes que se habían quedado.

Hacia unos mil años atrás, los humanos se habían visto obligados a abandonar el planeta Tierra por falta de agua y de recursos. Los humanos morían de hambre y enfermedades y, cuando se les dio la oportunidad de volver a empezar en otro planeta, no habían dudado aceptar y colonizarse. Pero no sabían que el planeta Tarlok era gobernado por los telosianos y, cuando llegaron, no les quedó otra opción que someterse y ser fieles a ellos.

Al principio, trataron muy bien a los humanos. Les ofrecieron casas y trabajos, pero cuando algunos empezaron a pedir más, los telosianos se volvieron en su contra. Empezaron a separarlos y aislarlos de los demás. Construyeron una base lejos de la ciudad para mantenerlos controlados y tomaron medidas drásticas para evitar que ningún humano se revelara contra ellos. Solo tuvieron permiso para quedarse los que eran fieles y cumplían órdenes sin rechistar. Los que eran avanzados en entrenamientos y habilidades.

La familia de Koral y las de sus amigos eran de las pocas que tuvieron ese privilegio. Pero tenían prohibido mezclarse o relacionarse con los telosianos. No podían comprar en los mismos lugares y tampoco tenían acceso para estudiar en las mismas academias.

—Hermana, te ayudo con la maleta. —Se ofreció Galeo.

—Gracias, hermano, te voy a echar de menos. —Le sonrió y él bajó la cabeza hasta que sus frentes se tocaron.

Galeo cerró los ojos y ella sintió una suave descarga de electricidad pasar por su pelo. En tan solo un minuto, él le había pasado parte de sus conocimientos.

Al recibir toda esa información, ella experimentó una presión fuerte en su cabeza y abrió los ojos asustada.

—Galeo...

—Estarás bien, ten mucho cuidado con los telosianos —advirtió—. Todo lo que aprendí lo tienes tú ahora. Solo tienes que saber usarlo, y tranquila que lo

harás, estarás bien.

—Gracias. —Lo abrazó y se quedó un rato disfrutando de ese acercamiento. Tenía miedo de no volver a verlos nunca más.

—¿Mi hija está llorando? —preguntó su padre.

Ella dejó de abrazar a su hermano y sonrió entre lágrimas.

—¡Papá! —Se tiró a sus brazos.

—Koral, no llores. Vendrás a visitarnos, ¿verdad? —Frotó suavemente su espalda.

—Lo intentaré —contestó.

Su padre le secó las lágrimas y se quedó observando por unos segundos los ojos color morado de su hija. La iba echar mucho de menos, pero lo que sin duda extrañaría más era esa mirada tierna e inocente. Ella era el tesoro máspreciado que tenía, y aunque el secreto podría volverla en su contra, tenía la esperanza de no perderla nunca. Era consciente de que tenía que decirle la verdad y que debería de actuar con sensatez, pero nunca había encontrado el momento perfecto. Sabía que lo que él tenía guardado podía destrozarla y no quería dejar que eso ocurra.

—Hija, con todo lo que aprendiste estos días y las habilidades que lograste adquirir en la academia, estás más que preparada. —La abrazó.

—Ya lo sé papá. Gracias por enseñarme todo lo que tú has aprendido. —Se alejó para mirarlo.

—Tu madre te espera en la cocina.

Con una sonrisa triste, Koral se fue a buscarla; esa era la despedida más difícil de todas. Era la primera vez que se marchaba de casa y la idea de estar sola en un lugar desconocido la aterrorizaba.

Cruzó el umbral y buscó con la mirada a su madre. La encontró llorando, mientras intentaba con manos temblorosas, tocar hologramas con vídeos de ella y de Galeo de pequeños.

—Mamá...

—Hija... —Apagó el holograma y se secó las lágrimas—. ¿Ya estás?

—Sí, mamá. —Se acercó y la abrazó—. Te voy a extrañar mucho. — Sollozó.

—Nosotros también. Este día tenía que llegar, ya eres mayor. Eres una señorita muy lista y muy guapa. Conseguirás todo lo que te propongas y dentro de poco tiempo nos volveremos a ver.

—Gracias. Si me dejan comunicarme con vosotros, prometo hacerlo todos los días. —Su tono sonó más animado.

—Quiero que guardes esto. —Su madre sacó de su bolsillo una piedra morada en forma de corazón—. Es muy especial y, como ves, tiene el mismo color que tus ojos. No se la enseñas a nadie y, cuando necesites ayuda, la piedra te la dará. Solo tienes que pedírselo.

Koral estiró la mano y su madre la colocó en su palma. La piedra empezó a brillar y ella sintió como una descarga de corriente atravesaba su cuerpo.

Sintió la sangre hervir mientras el calor se apoderaba de ella. Sus pensamientos se aceleraron y el latido de su corazón retumbó en sus oídos.

—Ya está —dijo su madre—. La piedra se conectó con tu corazón.

Ella la miró extrañada y cuando dejó de refulgir, la guardó dentro del bolsillo de su uniforme, justo al lado de su corazón.

—Gracias, mamá. Me tengo que ir, puedo notar la presencia de telosianos. —Le dio un último abrazo y dejó que su madre la acompañara hasta la puerta.

—¿Estás lista, hija? —preguntó su padre mientras introducía el código de seguridad—. Ya no hay marcha atrás.

—Lo sé, papá —le dijo, todavía aturdida—. Os echaré mucho de menos.

Ella permaneció de pie delante de la puerta con el corazón en un puño hasta que el cristal se transparentó.

Incrédula, Koral se quedó observando la figura de Malik. Se sintió privilegiada, nunca había pensado que vendría a buscarla alguien tan importante como él. Ladeó una sonrisa débil y se despidió de sus padres.

Con su ayuda, guardó la maleta en el velero y subió a bordo. Después de sentarse y colocarse el cinturón de seguridad, miró tristemente por el cristal

como la casa de sus padres quedaba atrás.

—Pronto los vas a volver a ver —intentó él tranquilizarla—. El almirante nos está esperando con los detalles de tu viaje.

CAPÍTULO 5

Torre de vigilancia central, año 2880

Llegaron delante del edificio principal del planeta Tarlok, y el velero empezó a reducir velocidad. Bajaron y Koral entrecerró los ojos para ver con claridad el imponente edificio. Estaba bien vigilado para que ningún humano pudiera entrar, pero su aspecto la hacía dudar. Era antiguo, parecía vacío y abandonado. Tenía un aspecto frío que la asustó y la hizo retroceder hasta que chocó con el cuerpo de Malik.

—Impresiona, ¿verdad?

—Más bien da miedo —susurró ella y siguió caminando detrás de él.

Los guardias se hicieron a un lado para dejarlos pasar, sin embargo, no apartaban las miradas.

Koral sintió un escalofrío. Ella podía escuchar los pensamientos de aquellas personas y no eran muy bonitos.

Envolvió los brazos alrededor de su estómago, tratando de ignorar aquella sensación aterradora que brotaba dentro de ella. Ella era la única de sus amigos que había adquirido la destreza de leer mentes y temía que eso pudiera volverse en su contra. Desesperada por apartar la mirada, volvió la atención a su maleta.

Continuó andando con la cabeza bien alta hasta que llegó al lado de Malik. Sus piernas temblaban y su mirada estaba centrada intensamente en los movimientos de su acompañante. Quiriendo matar el terrible silencio, preguntó:

—¿Aquí viven humanos?

—No. —La miró y agregó—. Intentaré hacer que te sientas lo más cómoda posible.

—Gracias... —titubeó sin saber que decir.

Él colocó el pulgar sobre el lector biométrico y las cerraduras se abrieron al instante. Un olor mecánico envolvió a Koral a la medida que entraba en la gran sala. Todo estaba cubierto de cristal y metal.

Era realmente agobiante. Ese lugar inhóspito parecía una construcción compacta, a base de hierro y grandes lonas. Escaleras enormes subían hasta el techo y varios ascensores adornaban el entorno.

El sol no entraba, no había ventanas y, por la poca luz que había, ella distinguió varios telosianos mirándola con desprecio.

—Sígueme —dijo Malik al verla parada en el medio de la sala.

Ella lo acompañó hasta que llegaron delante de los ascensores.

Malik pulsó un botón verde y una voz gruesa les avisó que podían entrar. El tubo gravitacional por el que subía el ascensor cobró vida y ella se agarró fuertemente a la barra de metal que había detrás de ella.

Emociones mezcladas la inundaron. Cerró los ojos mientras respiraba con dificultad. No le gustaba como la oscuridad entre niveles pasaba por delante de sus ojos, era una sensación de caer al vacío, agobiante.

Una sacudida avisó la llegada y un estallido de luz, acarició los ojos de Koral. Los abrió y soltó la barra de metal que había agarrado con tanto miedo. Las puertas se abrieron y ella respiró con alivio.

—El viaje está previsto para dentro de tres días. Hasta entonces estarás entrenando con el hijo del almirante—dijo él, sorprendiéndola.

—¿Con Darik? —Malik la miró con intriga.

—¿Lo conoces? —quiso él saber.

—No. —Negó con la cabeza—. Solo sé su nombre —mintió. No quería revelar la verdad y poner en peligro la vida de sus amigos. Espiar a los telosianos estaba prohibido.

—Muy bien, tendrás tiempo para conocerlo —aseguró él—. Si conseguimos cambiar su aspecto estos días para parecerse a un humano, te acompañará en tu viaje.

Ella asintió con la cabeza y se limitó en seguirlo por un puente hasta que llegaron delante de una pequeña puerta de acero.

Malik esperó durante unos segundos para que los vieran por la cámara y, cuando la puerta se abrió haciendo un clic, en la garganta de ella se formó un nudo molesto.

—¡Por fin! —Nazar se ajustó el uniforme, listo para recibir a la humana dispuesta a sacrificar su vida para traerle los cristales—. Eres muy guapa —dijo mirándola de arriba abajo—. Seguro que heredaste la belleza de tu madre. Ella es muy hermosa. —Se acercó y la miró a los ojos con detenimiento.

Koral sintió como la piedra que le había regalado su madre quemaba su piel, sin embargo, no quería sacarla. Ella le había dicho que no podía enseñársela a nadie.

—Gracias, almirante —contestó, con la esperanza de parecer segura y convincente.

—Es curioso. —La miró fijamente a los ojos—. Tu color de ojos es parecido al mío. Nunca había visto a un humano con este color.

La piedra se calentó tanto que ella se vio obligada apretar los puños para no delatar el dolor. Se concentró para intentar escuchar los pensamientos del almirante, pero algo la bloqueaba. Era extraño porque a los demás telosianos pudo escucharlos.

—Ya estoy aquí —avisó Darik entrando en la sala—. ¿Para qué me querías ver, padre?

—Hijo, quiero presentarte a la chica que vas a entrenar estos días —dijo el almirante, tras aclararse la garganta.

—¿Una humana? —preguntó en tono desafiante—. No pienso hacerlo. —Le dedicó a Koral una sonrisa falsa—. No me gusta tenerlos cerca, me da...

—Lo vas a hacer y punto —bramó su padre, incapaz de contenerse—. Aquí mando yo y tú estás para obedecer. Me da igual si eres o no mi hijo.

Koral agachó la cabeza, se sentía culpable por cómo le hablaba el almirante a su hijo.

—Lo que tú digas —respondió Darik con voz áspera.

Se hizo un incómodo silencio que duró cerca de un minuto. Finalmente, Darik se acercó hasta donde estaba ella y estiró una mano. No la miraba a los ojos, pero ella sentía que las piernas le temblaban. Sin permitirse a sí misma pensar, le agarró la mano y la estrechó firmemente. El calor que desprendía su piel le provocó un aluvión de imágenes borrosas. Hombres y mujeres con trajes blancos, habitaciones rodeadas de cristales...

Con mucha gentileza retiró la mano, asustada por lo que vio. El aire parecía chasquear de electricidad y los ojos de Nazar la miraban con atención. Darik abandonó la sala y ella se obligó a sonreír.

—Perdona el comportamiento de mi hijo —dijo Nazar mirándola dudoso—. La muerte de su madre lo afectó muchísimo. ¿Te parece bien si hablamos esta noche en la cena sobre tu viaje?

—Sí, almirante —contestó ella tras aclararse la garganta.

Ella sintió una explosión sensación de calor en su cara, mientras su corazón estaba saltando.

—Malik te llevará a tu habitación. Nos vemos esta noche —le dijo, reprimiendo el impulso de añadir algo más.

Koral se giró y siguió a Malik hasta la salida. Mientras caminaba, se dejaba invadir por la necesidad de hablar con su madre. Estaba en un lugar extraño donde todos la odiaban.

No obstante, había tomado una decisión y nada podía hacerla retroceder y abandonar.

CAPÍTULO 6

Koral guardó la piedra en el bolsillo izquierdo de su uniforme. La quemadura que le había provocado no era muy grande, solo había dejado una marca de color morado en forma de corazón.

Le tocaba entrenar con Darik en media hora y estaba nerviosa. Su respiración rítmica era la única garantía de que seguía con vida. Tenía una misión y sabía perfectamente que los telosianos no debían ser subestimados. El miedo estaba presente, sin embargo, fue capaz de encontrar el valor de vencerlo. Mientras una ola de renovada energía recorría su cuerpo, enderezó los hombros y recordó las palabras de su padre: «Eres muy valiente, puedes con todo».

En la torre central la sensación de vacío era total. Respiró hondo intentando recuperar el aire que escapaba de sus pulmones. ¿Se había equivocado? ¿Volvería a ver a sus padres?

Unos suaves golpes sonaron en la puerta de la habitación justo antes de que se abriera. Malik apareció, con una gran sonrisa en sus labios.

—¿Preparada para entrenar con un telosiano? —Echó un vistazo a su alrededor—. Hoy vas a aprender trucos nuevos.

—Sí, estoy preparada. Pero creo que Darik me odia.

—No te odia. Él es así, fue muy duro para él perder a su madre. Sígueme, él te está esperando.

Ella lo siguió insegura, y a cada paso su cuerpo presenciaba una energía negativa.

Los fríos pasillos parecían absorber su calor, y los pensamientos de los telosianos la consumían poco a poco. Odiaban a los humanos y ella se encontraba sola y atrapada allí con ellos.

La confusión se apoderó de ella mientras caminaba al lado de Malik. Sus botas retumbaban en el suelo de hierro, y ese sonido, tan agudo la envolvió en un mar de niebla.

Era como si hubiera estado allí antes. Las pisadas le resultaban familiares y ese olor a aceite quemado la llevó hasta una habitación solitaria y sin ventanas. Era una estancia rodeada de espejos y no tenía puertas: un laboratorio. Sintió miedo y no entendió porque esas imágenes la habían impactado tanto.

—Es aquí —avisó él y presionó su palma contra un panel de cristal que había al lado de la puerta.

Un escáner registró sus huellas y la puerta se abrió de inmediato. Él la dejó entrar y luego se marchó.

Koral caminó despacio intentando hacer el menor ruido posible. Mientras miraba alrededor, un profundo estremecimiento recorrió su cuerpo, provocado en parte por la presencia de Darik.

—Puedo sentirte —le dijo, volviéndose para mirarla—. Pero no puedo escuchar lo que piensas. —Se acercó hasta donde estaba ella y se quedó asombrado cuando la miró—. Tus ojos tienen el mismo color que los míos. —Negó con la cabeza—. Tú no eres humana. Pero tampoco telosiana.

—Soy humana y deja de mirarme así —dijo ella seriamente.

La arrogancia de sus palabras la intrigó. Aun así, estaba nerviosa. La mirada de Darik era muy intensa y sus ojos parecían arder en llamas. Ella no dijo nada más, dejó que el silencio se apoderase de la sala.

La piedra empezó a vibrar y durante un rato, ella no se movió. Intentó escuchar los pensamientos de él, pero no lo consiguió. Le dedicó una sonrisa a medias y transformó su frustración en aceptación. Algo extraño pasaba; no había conseguido entrar en la mente del almirante tampoco en la de su hijo.

Era como si ambos estuvieran protegidos por una energía que funcionaba como una barrera invisible.

—Hoy vamos a trabajar con la mente —comentó, un poco receloso—. Nada físico. No pareces muy fuerte, ¿has estado entrenando estos años? —Recorrió su cuerpo con la mirada y ella se ruborizó.

Se encogió de hombros y asintió.

—Entrené en la academia del Sol, y este año mejoré muchísimo. —Se alejó, su mirada la ponía nerviosa.

—No entiendo cómo mi padre te eligió a ti. Hay muchos humanos mejor preparados que tú. —Se acercó al panel de control y pulsó un botón azul para encender una pantalla—. Para mí esto es nuevo. Nunca me he relacionado con humanos.

La pantalla cobró vida y en ella Koral pudo ver grabaciones con los movimientos de los telosianos que vivían en la torre de vigilancia.

—Vas a entrar en la mente de cada uno —ordenó—. Tienes que aprender a controlarlos. —Se giró para mirarla y se quedó hipnotizado.

Consciente de su proximidad y de esos hermosos ojos que lo miraban atentamente, se sintió incómodo. Algo se movió dentro de él y la sensación raspó suavemente su estómago. Su corazón empezó a latir más rápido y se vio obligado a respirar profundamente. Nunca había sentido algo así antes. No estaba acostumbrado a tener sentimientos, los telosianos eran insensibles. No obstante, había algo inexplicable que tocaba su fibra de una manera hermosa, extraña.

—No puedo mantener contacto con un telosiano por más de cinco minutos —dijo Koral.

La magia del momento se destrozó, y él retrocedió un paso.

—Lo sé, por eso entrenaremos. Para que luego puedas entrar en la mente de un humano en la Tierra sin que detecten nada.

Ella cerró los ojos para concentrarse y su corazón se aceleró dentro del pecho. Una oleada caliente estalló en ella, viajando a través de su sangre,

atizándola por el esfuerzo. Sus pensamientos se sentían distantes y su cuerpo como perdido en un sueño. El pulso de su corazón se aceleró, como si estuviera luchando por su vida.

Darik aprovechó la situación y cerró los ojos. Sintió curiosidad por saber que pensaba la humana, sin embargo, un fuerte dolor de cabeza lo sacudió y lo dejó mareado, y desorientado.

—¡Ay! —se quejó él mientras agarraba fuertemente su cabeza con las manos.

—¿Qué pasa? —Ella abrió los ojos y le tocó el hombro.

Una corriente eléctrica atravesó sus cuerpos y delante de sus ojos apareció una mujer telosiana muy hermosa. Tenía un cierto parecido con Darik y ella pensó que se trataba de su madre.

Llevaba un uniforme blanco y en sus manos tenía un dispositivo que usaban los telosianos para inyectar líquidos en los cuerpos. Delante de ella había cama con una niña pequeña que tenía el mismo color de pelo que Koral y murmuraba palabras sin sentido. La niña abrió los ojos y ella dio un grito ahogado.

—¡No me toques! —Darik le apartó la mano temblando—. No sé qué eres, pero no lo vuelvas a hacer más. Aléjate de mí.

—Lo siento. —Su voz era suave, apenas audible.

—Supongo que viste lo mismo que yo. —Miró hacia otro lado, inseguro—. No sé cómo lo hiciste, pero esa era mi madre. Tengo que salir de aquí. —Las palabras salieron atropelladamente de su boca.

Darik estaba tan pasmado que solo se quedó allí de pie, mirándola, sin poder moverse. Sus ojos morados rastrillaron su rostro, mientras se preguntaba cómo era posible que ella tuviera el mismo color.

Nunca había sentido tristeza, y no sabía cómo reaccionar. Deseó que aquello no tuviera sentido. Cuando había muerto su madre, solo había sentido vacío y soledad, pero nunca tristeza.

Agitó todos aquellos recuerdos en su cabeza y empezó a retroceder. Ella le había transmitido aquellos sentimientos con solo tocarlo y eso lo había

asustado.

—Darik —dijo ella casi sin aliento.

—No. Aléjate de mí. —Sacudió su cabeza exasperado y miró hacia otro lado, frustrado.

—Espera, tenemos que hablar de esto.

—No hay nada de qué hablar. —Su voz era baja, un susurro áspero.

Con un suspiro, dio la vuelta y abandonó la sala. La piedra empezó a quemar la piel de Koral y ella la sacó del bolsillo. Brillaba de una forma muy extraña y el color había cambiado. Ya no era morada sino roja. Trató de procesar todo eso y miró a su alrededor con desconfianza.

Una lágrima cayó encima de la piedra y dejó de brillar. Ella no entendía porque la piedra actuaba de esa manera, sin embargo, estaba segura de que su tristeza había sido quien la había hecho cambiar de color.

Se armó de valor y decidió salir a buscar a Darik, no quería dejarlo solo.

CAPÍTULO 7

Koral caminó por los pasillos de la torre, esquivando a los telosianos y corriendo de una habitación a otra. No conocía el lugar y tenía la impresión de haberse perdido. Recordó que Malik le había dicho que los superiores se alojaban en la parte superior, precisamente en la última planta.

Subió en uno de los ascensores y agradeció en silencio que no había nadie más. Absorta en sus pensamientos, apenas se enteró de que el ascensor había concluido su viaje. Asomó la cabeza por las puertas abiertas y rápidamente se escondió tras una columna. Esperó a ver si alguien salía para abrir alguna de las dos puertas que había, pero nadie salió.

—No tienes permiso para estar aquí, humana —dijo unos de los guardianes, tomándola por sorpresa e impidiéndole el paso.

—Tengo que hablar con Darik —dijo ella intentando mantener la calma.

—No puedes pasar.

Los ojos morados de ese guardián perforaron a los de ella, haciéndola retroceder. Levantó los dos brazos enseñándole las palmas de las manos. Dio unos pasos atrás y cerró los ojos. Se concentró para entrar en la mente de ese telosiano. Sabía que era peligroso, no había entrenado y tampoco sabía muy bien cómo hacerlo. Su cabeza empezó a sentir una fuerte presión en la parte baja de su nuca y un líquido caliente salía de su nariz, mojando sus labios. Sangraba, pero no le importaba. Faltaba muy poco para conseguirlo y no quería abandonar.

—*Para, Koral. Es peligroso* —dijo una voz de mujer.

Ella abrió los ojos y miró a su alrededor. No había nadie más que ese guardián, lo que significaba que se lo había imaginado. Cerró los ojos de nuevo y cuando estuvo a punto de conseguirlo, su cuerpo cayó al suelo, inconsciente. Después de varios minutos, Koral abrió los ojos y lo primero que vio fue el rostro de Darik.

—¿Qué pretendías hacer? —Sus labios se fruncieron en una expresión de disgusto—. ¿Entrar en la mente de ese guardián? No lo vuelvas a hacer sin mi entrenamiento.

Ella se irguió sobre los codos y observó la habitación con atención. No era la suya, y pensó que era la de él.

—Yo no quería dejarte solo, quería hablar contigo, y ese guardián... —Lo miró con expresión afligida.

—¿Quién te dijo que estoy solo? —Se giró hacia ella.

—Cuando toqué tu hombro sentí soledad y tristeza. —Se recostó hacia atrás—. ¿Por qué me odias?

—No sé lo que eres. —Su boca se aplanó en una línea delgada—. Hace un día estaba bien. Tu presencia me intranquiliza y siento cosas nuevas, extrañas para mí. —Sus cejas se juntaron—. Tú no eres humana.

—Eso no es verdad —dijo ella sin pestañear—. Soy humana, mis padres son humanos. —Se levantó de la cama y, cuando se puso de pie, sus rodillas se doblaron y cayó al suelo.

Darik enseguida la agarró por la cintura y la puso de pie. Su mano izquierda rozó el cuello de ella y una leve descarga lo atravesó.

—*Solo tienes que dejarte llevar, solo tienes que sentir, hijo.*

Él la soltó y retrocedió, asustado por esas palabras. Emociones mezcladas lo inundaron. No entendía porque su madre le hablaba. Un escalofrío se estableció en su piel y la vulnerabilidad se apoderó de él. Se sentía débil y atemorizado.

La conexión que había entre ellos era fuerte. Cada vez que se tocaban, veían imágenes borrosas y escuchaban voces.

—Tus ojos —susurró él—. Brillan de manera muy hermosa.

Sintió una fuerte presión en su pecho y un leve cosquilleo. Era algo nuevo y no sabía si le gustaba la sensación.

—¿Esa es tu madre? —preguntó ella, señalando un pequeño holograma que había al lado de la cama.

—Sí —contestó, mirándola con incredulidad.

Sus ojos se humedecieron y no entendía porque su cuerpo reacciona de esa manera. Una pequeña lágrima resbaló por su mejilla y sintió una liberación en su pecho. Se dio cuenta de que lloraba, lloraba por la pérdida de su madre. Se secó las lágrimas con furia y apagó el holograma.

—Quiero que me dejes solo. —Señaló la puerta—. Necesito pensar y contigo aquí no puedo.

—Habla conmigo. No te cierres, déjame entrar...

—No quiero que me toques. —Se enderezó y dio un paso hacia atrás—. ¿Entendido?

—Sí. —La decepción desinfló su deseo de luchar, pero no se rindió. Se acercó a él y lo miró fijamente.

Darik estaba tenso, pero se quedó quieto cuando la mano de Koral rozó su cuello. Aguantó la respiración y cuando ella inclinó la cabeza, cerró los ojos para ahuyentar el miedo. Se sorprendió cuando sintió algo suave y caliente tocando su mejilla. Abrió los ojos y se encontró con los labios de ella a tan solo unos centímetros de los suyos.

—Koral —susurró.

—Cierra otra vez los ojos. —Dejó caer su mano.

Él la miró aturdido, pero no tardó ni dos segundos en cerrar los ojos. Ella se quedó mirándolo fijamente, contemplando su rostro tenso pero perfecto. Sentía una atracción inexplicable hacia él y era incapaz de negar que la atraía.

Se dejó llevar y lo besó. Su piel se erizó y contuvo un asustado jadeo. Movié los labios para saborear el beso y su corazón se aceleró salvajemente. La piedra empezó a quemar su piel, sin embargo, no quería apartarse.

—*Estáis destinado a estar juntos y cambiar el destino de esta galaxia.*

Se separaron asustados cuando escucharon la voz de nuevo y jadearon en silencio. Darik la miró con detenimiento, intentando averiguar qué fue lo que había hecho ella y se atrevió a tocar sus labios. Notó una punzada en su corazón, pero siguió con sus movimientos suaves hasta que se sació.

—¿Qué fue lo que hiciste con tus labios? —preguntó, sin molestarse en disimular el escrutinio que estaba realizando.

—Besarte —contestó ella silenciosamente, formando la palabra despacio con los labios.

—Me ha gustado —reconoció a regañadientes—. Pero, no quiero que lo hagas otra vez. —Se alejó para abrir la puerta—. Te veo esta noche en la cena.

Ella se obligó a salir de esa habitación y cuando se cerró la puerta, respiró hondo, con dolor.

—*Ten paciencia* —dijo la voz.

Ya no la asustaba, y su rostro adoptó una expresión de resignación. No entendía por qué esos vagos recuerdos con ella de pequeña insistían en aparecer. Tampoco tenía la explicación de por qué le hablaba esa voz. La madre de Darik estaba muerta, sin embargo, había algo extraño cada vez que la veían.

Metió la mano dentro del bolsillo y tocó la piedra con los dedos. Notó que estaba fría. Hacía un rato le había quemado la piel y el dolor se había sentido bastante real.

Había besado a Darik, pero había sido como si alguien la hubiera empujado a hacerlo, como si alguien controlara su mente.

Durante un minuto no hizo nada más que concentrarse en la respiración, inspiró y exhaló lentamente. Pero respirar no la ayudaba. Ella no entendía nada. Aquella situación la superaba y tenía la sensación de que todo lo que estaba ocurriendo era culpa suya.

CAPÍTULO 8

Koral se encontraba delante del espejo y observaba con detenimiento sus rasgos. No se parecía en nada a un telosiano, su piel suave, lisa y blanca, y el color rubio de su cabello eran rasgos característicos humanos. El único detalle que no encajaba en ese perfil era el color de sus ojos.

Los telosianos tenían el pelo negro, piel oscura y eran más altos que los humanos. No mucho, pero bastante para imponer más. Todos tenían el mismo color de ojos, salvo el almirante y su hijo, que los tenían de un morado más oscuro. El mismo que tenía ella... Unos golpecitos la despertaron del trance al mismo tiempo que la cabeza de Malik asomaba por la puerta abierta.

—Hola... Veo que nadie te dijo que esta noche no tienes que llevar el uniforme.

—No. —Se giró hacia el espejo—. No importa.

—El almirante se molestaría. —Sacudió la cabeza—. Ven conmigo, tengo una idea.

Él la llevó por un largo pasillo que parecía no tener fin, en un silencio tenso. Ella lo

siguió, mirando hacia atrás mientras caminaba. Todo estaba vacío. Parecía abandonado y olvidado.

Finalmente, él se detuvo delante de una puerta sin inscripción. Al lado había un escáner destrozado, con los cables colgando hacia abajo. La puerta tenía dos agujeros al lado de la cerradura, como si alguien la había disparado.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella sin pronunciar las palabras en voz alta.

—Aquí vivió la madre de Darik. —Sacó una llave de su bolsillo—. Esta habitación lleva mucho tiempo cerrada. —Irguió la cabeza y abrió la puerta con un chirrido.

—*Aquí me tenían encerrada* —susurró Eloísa.

Koral sintió una fuerte punzada en el corazón cuando la escuchó y se quedó parada en la entrada. Esta vez le había transmitido mucha tristeza y angustia.

—¿Pasa algo? —indagó Malik.

—No, bueno... ¿Podemos estar aquí? —Inspeccionó la habitación. Solo había una cama y un armario.

—Sí, podemos. —Se rascó la nuca—. Pero olvidé una cosa. —Miró el único mueble que había y luego desvió la vista—. No tengo la combinación secreta para abrir el armario.

—Pues... —Ella evitó contestar durante un par de segundos.

—*La combinación es mi fecha de nacimiento. Quince, cero, siete, dos mil ciento uno. Elige lo que más te guste, no me importa. Quiero que estés guapa para mi hijo* —le susurró ella.

—¿Puedo intentar yo? —preguntó ella, torciendo el labio.

—Tienes solo dos intentos, luego se queda bloqueado para siempre —explicó el y se apartó.

Ella tecleó el número que le había susurrado la madre de Darik y las puertas del armario se abrieron al instante.

—¡Impresionante! —exclamó—. Te dejo elegir lo que más te guste, y no tardes mucho.

Koral entró en el armario y quedó impresionada por la cantidad de vestidos que había. Eran preciosos, de distintos colores y modelos. Eligió uno blanco que le llegaba hasta las rodillas, con un tejido muy suave.

Se quitó el uniforme y se puso el vestido. Buscó el dispositivo para ajustarlo y presionó el botón. El atuendo tomó vida y se moldeó perfectamente a sus curvas.

Quedó impresionada cuando se vio en el espejo. Era la primera vez que se

ponía una prenda de ese estilo. Tenían prohibido llevar otro tipo de ropa que no fuera el uniforme. Su madre tenía dos vestidos en su armario, sin embargo, nunca se había atrevido a probárselos.

—*Es el vestido que llevé en mi boda. Te queda muy bien. Eres muy hermosa.*

—Gracias —contestó ella y se agachó para buscar la piedra.

Dejó su uniforme bien doblado junto a sus botas y se calzó con unos zapatos blancos con poco tacón. Salió de la habitación y bajó por las escaleras, deslizando su mano por la fría barandilla de hierro. Con las piernas temblorosas se arrastró hacia el gran salón e intentó hacer tan poco ruido como fuera posible.

La cara del almirante palideció cuando la vio. Se ahogó con la comida y empezó a toser hasta que le saltó las lágrimas.

—¿Estás bien? —Malik se levantó para socorrerlo.

—Perfectamente. —Levantó una mano en el aire, forzando una sonrisa.

Koral, giró la cabeza hacia la izquierda y por el rabillo del ojo captó un movimiento.

—No te vayas —dijo Darik con suavidad—. Me alegro de verte.

Cuando él le sonrió, ella se quedó paralizada. Tenía una sonrisa maravillosa. La llevó hasta la mesa y la ayudó a sentarse.

—¿A qué se dedica tu presencia esta noche, hijo? —preguntó su padre, moviendo exageradamente las cejas.

—Me apetecía bajar. —Contempló a su padre con cautela.

Se sentó delante de aquella humana y borró su sonrisa. Él no podía creer que su padre se atreviera a usar su tono sarcástico delante de todas esas personas. Y, por alguna razón, eso no le dolía tanto como hubiera esperado. Claro que era un experto en ocultar sus sentimientos y el daño que le había hecho su padre durante los últimos años.

—Mi hijo decidió sacrificar su tiempo para estar con nosotros —dijo el almirante secamente—. Tengo que agradeceréte.

—Basta ya, padre —dijo sin un atisbo de miedo—. Si vas a seguir así toda la noche, me voy.

—Tranquilo hijo, asustas a la pobre humana con tu comportamiento inmaduro. — Giró la cabeza—. Esta noche se ve preciosa, me recuerda mucho a tu madre. —Su sonrisa se desvaneció—. ¿Cómo va el entrenamiento? El transportador está preparado, solo falta que estéis listos para volar.

Darik no quería responderle. Tenía fama de ser bastante taciturno y todo le parecía una falta de respeto. Sin embargo, lo hizo.

—Va muy bien —mintió y clavó la mirada en la cara sonrojada de Koral. La visión de su rostro bajo la luz escasa de las lámparas, lo dejó sin aliento. Su corazón se encogió al verla tan indefensa y sintió que era su deber protegerla—. Es una buena estudiante —añadió—. Tengo buenos resultados.

Ella levantó la mirada sorprendida por las palabras de Darik y distinguió una leve sonrisa en sus labios.

Las puertas automáticas se abrieron y los criados entraron llevando comida en bandejas de plata. Ella captó sin querer los pensamientos de cada uno de ellos. «¿Cómo se atreve esa humana a sentarse en la misma mesa que el almirante?». «No sirve para nada». «Deberían echarla fuera». «Es muy fea».

Sus manos empezaron a temblar y deseó levantarse de la silla para irse.

—*No lo hagas. Aguanta y no les hagas caso. Se fuerte y levanta la mirada. ¿Ves cómo te mira mi hijo? Eso es cariño, lo demás no importa.*

Ella intentó minimizar el impacto que le provocaba aquellos pensamientos y aquellas miradas aterradoras. Cerró los ojos para no caer en la trampa de sus propios sentimientos. El efecto fue el contrario, se derrumbó y pequeñas lágrimas escaparon rebeldes de sus ojos. Le temblaba el labio inferior y se lo mordió.

Abrió los ojos y se limpió las lágrimas. Darik la vio y su rostro adoptó una expresión dudosa.

CAPÍTULO 9

—Espera —dijo él débilmente.

—¿Pasa algo? —Alisó su vestido, evitando mirarlo a los ojos.

—Solo quería pedirte perdón por el comportamiento de mi padre. Estuviste incómoda en la cena. Mañana no bajaré a cenar —dijo sin mostrarse demasiado entusiasmado.

—No importa lo que dijo tu padre. No me dejes sola con él. —Lo miró directamente a los ojos.

Darik le mantuvo la mirada. Se sentía emocionado, a pesar de la situación que estaba viviendo.

—Está bien. Lo haré por ti. Ahora ve a dormir, mañana te espera un día largo de entrenamiento. —Se quedó mirándola, respirando con nerviosismo. Sintió una ligera sensación de calor mientras su corazón le daba un vuelco. Se le hizo un nudo en la garganta y retrocedió. Él se sentía vulnerable y asustado, sentimientos que para él eran totalmente desconocidos—. Eres muy hermosa —dijo y suspiró antes de continuar—. Quiero decir que te queda muy bien el vestido.

Su muestra de compasión repentina fue demasiado para ella. Sintió como todas sus emociones se mezclaban dentro de ella y todo lo que tenía pensado decir se quedó atascado en su garganta.

—Gracias. Malik tuvo la idea. —Esbozó una sonrisa—. ¿Cómo se llamaba tu madre?

Él frunció el ceño y sintió como la mirada de ella le rozaba el corazón. Era

sincera y tierna, y mostraban un alma pura.

—Eloísa, pero no quiero que la menciones más —dijo él frotándose el cuello como si estuviera nervioso.

—Lo siento —susurró ella y sin darse cuenta le tocó el hombro.

Una descarga eléctrica los sacudió y cuando abrieron los ojos, imágenes nuevas aparecieron delante de ellos. Mujeres con batas blancas ataban a una niña pequeña, una niña que se parecía a Koral. Ella tenía los ojos cerrados y le estaban inyectándole un líquido de color verde en su brazo.

—*Pronto la verdad saldrá a la luz* —dijo Eloísa.

Las palabras de su madre impactaron a Darik y sintió una fuerte punzada en su pecho. Alzó la mirada y, cuando sus ojos hicieron contacto con los de esa humana, retrocedió asustado.

—Tus ojos han cambiado de color. —Siguió con la vista puesta en sus ojos—. Son verdes.

—Los tuyos también, Darik. Tienen un color verde precioso.

—No entiendo nada. No vuelvas a tocarme más —Su voz conservó el mismo tono de dureza—. Cada vez que me tocas pasa algo y siempre escucho la voz de mi madre. Esto no es posible, mi madre está muerta.

Ella se quedó mirando como Darik se alejaba. Ella tampoco entendía porque le pasaban cosas extrañas cada vez que lo tocaba. Y esa niña de la imagen, se parecía a ella. En la última imagen ya no tenía los ojos de color morado, sino verdes, como los de él.

Entró en su habitación y cerró la puerta. Empezó a quitarse el vestido y cuando metió la mano en el sostén para coger la piedra, se sorprendió. Ella también había cambiado de color, ya no era roja, sino verde. Se acercó al espejo y cuando miró su quemadura, un precioso corazón verde había al lado de su hombro.

—*No te preocupes. Mañana vas a tener de nuevo los ojos morados. El color cambió y cambiará cada vez que os tocáis. Eso pasa porque estáis destinados a estar juntos* —dijo Eloísa.

—¿Por qué nosotros? —preguntó ella y, al quitarse un mechón de pelo de la cara, se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—*Porque estáis conectados, pero no te asustes, pronto vas a saber todo. Ahora no os podéis separar y no vais a poder vivir uno sin el otro* —susurró Eloísa—. *El cambio de color de ojos fue el primer síntoma de que el sérum fue activado* —explicó.

Koral se acercó de nuevo al espejo y, mientras parpadeaba, vio como el color verde de sus ojos se disolvía. Volvieron a su color inicial, el morado oscuro de siempre.

Suspiró y cuando miró la piedra vio que ella también había cambiado de color. La frotó con los dedos pensando en sus padres, los echaba de menos y se sentía sola. La piedra empezó a brillar y notó una sensación de tranquilidad recorriendo su cuerpo.

La piedra había notado su miedo, su soledad y no dudó en ayudarla a aislar esos sentimientos.

CAPÍTULO 10

Koral abrió los ojos y se bajó de la cama para mirarse en el espejo. El color verde de sus ojos había desaparecido por completo, justo como le había dicho Eloísa. Apartó la camiseta para ver la marca y se extrañó cuando vio que no había cambiado de color. Seguía verde, como la noche anterior.

En diez minutos tenía entrenamiento con Darik y no quería llegar tarde. Dejó de buscar respuestas y se puso el uniforme.

Salió de su habitación y agachó la cabeza, evitando las miradas curiosas de los telosianos que limpiaban los cristales. Sus botas hacían ruido y deseó aullar de rabia. No aguantaba ni un minuto más los reproches y los insultos que escuchaba.

Llegó delante de la sala de entrenamiento y presionó su mano en el escáner. La puerta se abrió y clavó la vista en los cables plateados que colgaban del techo. Eran largos y se movían de un lado a otro como si tuvieran vida. Una luz azul parpadeaba al final de cada uno y los sensores térmicos estaban activados.

Koral dio un paso hacia delante y los cables empezaron a moverse frenéticamente. Rodearon su cuerpo y ella miró en todas direcciones sin saber ni qué hacer ni lo que estaba pasando.

—No te muevas —dijo él, mirándola con cautela—. Si tú te mueves, estos «gusanos» plateados también lo harán.

—¿Gusanos? —Lo miró con una sonrisa en los labios.

—Me gusta llamarlos así. —Volvió la cabeza y comprobó que ella lo

observaba con una expresión curiosa—. Hoy intentaremos algo nuevo. — Sonrió y se extrañó. Normalmente no lo hacía y esa sensación de alegría y bienestar le agradaba—. Quiero que te concentres y que ordenes a estos gusanos que vuelvan a su sitio. Los puedes controlar con la mente.

Koral se perdió por un instante en la seguridad que desprendía los ojos de Darik. La miraba con un comprensivo y paciente brillo en los ojos. Decidió ignorar la sensación que provocaba en ella y cerró los ojos. Visualizó a cada gusano que la rodeaba, contándolos en voz baja. Eran seis en total, pero se concentró en el que se estaba moviendo delante de ella.

Su mente tenía una capacidad increíble y consiguió averiguar cómo funcionaban esos gusanos. Los circuitos que los controlaba formaban una red eléctrica con trayectoria cerrada. Un circuito ideal que podía ser controlado por la mente. Encontró el dominio de frecuencia y consiguió conectar con la placa base.

Subió la mirada hacia el techo con los ojos cerrados y el gusano volvió a su sitio.

—¡Perfecto! —exclamó él—. Te quedan cinco.

Ella abrió los ojos y le ofreció una sonrisa esplendorosa que, por suerte, a él no le pareció forzada. Ella repitió el proceso y los demás gusanos le hicieron caso y regresaron al techo.

Intentó moverse, pero la energía que había gastado en concentrarse, le debilitaron las piernas. Darik se dio cuenta y la agarró por los brazos. La ayudó a sentarse en el sofá y cuando se alejó, sus labios rozaron el cuello de ella.

Los dos suspiraron por el impacto de la energía que los atravesó y conectaron miradas. El color de ojos de los dos cambió y empezaron a ver nuevas imágenes. Esta vez no era una niña tendida en la cama, sino un niño que se parecía a Darik. El niño estiró una mano para agarrar los dedos una niña, la misma que habían visto en las otras imágenes y, cuando se tocaron, el color de ojos de los dos cambió en un instante. Koral gritó y él se alejó asustado.

—*No te asustes, hijo. Los niños sois vosotros. Pronto sabrás toda la verdad*—susurró Eloísa.

—No vuelvas a hablarme y tú... —Señaló con el dedo a Koral—. No vuelvas a tocarme.

—Fuiste tú quien me tocó. —Su voz se agudizó y subió de volumen. Se puso de pie y cayó de rodillas—. Darik... —Estiró una mano—. Ayúdame, por favor.

Un remolino de sensaciones se movió por el cuerpo de él y no supo qué hacer. No obstante, al verla tan asustada y necesitada se arrodilló junto a ella.

—Lo siento. —Le apartó el cabello que cubría su rostro y la miró arrepentido.

—No entiendo qué pasa, pero hay algo que me mantiene atada a ti —susurró ella.

—A mí también. —Cerró los ojos—. ¿Podrías repetir esos movimientos con tus labios? —preguntó tímidamente y la ayudó a ponerse de pie.

—¿Besarte?

Él abrió los ojos y asintió. La miró largamente en silencio, sintiendo como si fuera a explotar por dentro.

Koral alzó los brazos y rodeó su cuello. Luego se puso de puntillas y lo besó.

El contacto de sus labios provocó una extraña combinación de nervios en el estómago de Darik y cerró los ojos. El suelo vibró bajo sus pies y las luces empezaron a parpadear.

Ausentes a lo que pasaba en la habitación, se dejaron llevar por la pasión y por el placer que les proporcionaba ese beso.

Ella mordió suavemente el labio superior de Darik y él gimió temblando. Le gustaba lo que sentía y no quería parar. Le gustaba el sabor de sus labios y el calor que desprendían era puro fuego.

Las luces estallaron y se quedaron a oscuras. Rompieron el beso y suspiraron jadeantes.

—No había sentido nada igual hasta ahora —susurró él, alzando la cabeza—. Gracias.

Se alejó y pulsó un botón. Los gusanos bajaron del techo y se encendieron, iluminando la habitación.

—¿Estáis bien allí dentro? —preguntó Malik desde el otro lado de la puerta.

—Estamos bien —contestó Darik sin alzar la cabeza.

—No sabemos qué pasó, pero todo el edificio se quedó sin luces. Están trabajando para arreglarlo. No tardarán —aseguró él.

Darik se sentó al lado de ella y agarró su mano.

—Si esos niños somos nosotros, ¿por qué no recuerdo nada? —Cerró los ojos.

—No lo sé. Yo tampoco recuerdo —susurró ella tras unos segundos de silencio.

Se quedaron abrazados hasta que el sueño se apoderó de ellos.

CAPÍTULO 11

En el umbral, Darik se volvió para mirarla. Incluso dormida, tenía un efecto extraño en él. Era como si sus emociones dejaron de esconderse y se despertaron a la vida. Se preguntaba si llevaba años engañándose. Aferrándose a las ideas retorcidas de su padre que no tenían base real. Tal vez hubiera llegado la hora de admitir la pérdida de su madre y proteger a la hermosa humana que se había colado en su corazón. Se agachó junto a la cama y tomó sus manos.

—Despierta —le susurró.

Ella abrió los ojos y se estiró. La cremallera de su uniforme se abrió y dejó a la vista su marca verde en forma corazón. Él apartó el uniforme para examinarla y sus facciones se volvieron rígidas.

—¿De dónde tienes la marca? —Sus dedos dibujaron lentamente el contorno del corazón.

El contacto con la piel cálida y suave de Koral hizo que Darik viera imágenes nuevas.

En una mesa había dos piedras moradas en forma de corazón y al lado dos dispositivos de activación nuclear. Él había visto esos dispositivos hacía años en la habitación de su madre. Él recordaba que esos dispositivos funcionaban con cristales provenientes de la Tierra.

—¿Has visto algo? —preguntó ella mientras subía la cremallera de su uniforme.

—Esto. —Se puso de pie y metió la mano dentro de un pequeño y escondido

bolsillo de su uniforme.

Sacó una piedra idéntica a la de ella y estiró la mano. Sus dedos hicieron contacto con el objeto candente y sintió pinchazos eléctricos.

Al mismo tiempo, Koral sintió que su piedra quemaba su piel y no dudó en abrir la cremallera para sacarla.

Él se quedó mirando fijamente las dos piedras, buscando una explicación. Las dos brillaban en la mano de ella con una luz del mismo color que sus ojos. Estiró la mano para tocarlas y las piedras se levantaron en el aire, flotando por encima de su palma.

El color de las piedras cambió y la luz verde que desprendían iluminaba el rostro de los dos.

Las piedras empezaron a girar, formando un pequeño remolino verde. Ella levantó la mano y se fusionaron, formando una sola de color blanco.

—Es hermosa —dijo ella, mirando encantada mientras estiraba la mano hacia arriba.

La emoción llenó su estómago cuando la tocó y su atención se centró en agarrarla con los dedos.

—*Pronto vas a saber para qué sirve la piedra, Koral. Guárdala bien* —dijo Eloísa.

—Guárdala tú —dijo ella.

Agarró su mano para dejarle la piedra y alzó la mirada.

—¿Estás segura? —La estrechó en la mano.

—Sí, estoy segura.

Darik guardó la piedra y después empezó a bajar la cremallera de su uniforme.

—Quiero mostrarte algo —dijo y tomó una respiración profunda.

Su pecho quedó al descubierto y Koral se puso de pie. Él tenía una marca idéntica a la de ella y se preguntaba cómo era posible.

—Es idéntica a la mía. —Recorrió la marca con los dedos—. ¿Desde cuándo la tienes?

—Desde siempre. —Sus ojos se centraron con los de ella y vio una emoción inusual fijándose allí: ternura—. Creo que nací con ella.

Los dedos de ella provocaron sensaciones nuevas en su cuerpo y le gustaba. No quería que ella dejara de tocarlo.

—No pares, por favor —susurró—. Es maravilloso lo que estoy sintiendo — admitió.

—Quiero que me beses —dijo ella tímidamente.

—No sé cómo hacerlo. —La miró a los ojos.

Los dos tenían los ojos de un color verde intenso y, aunque no podían verla, la piedra brillaba en el bolsillo de Darik.

—Solo tienes que mover los labios como lo hice yo —explicó, estirando su cuello. Darik la tomó por los hombros y presionó suavemente sus labios contra los de ella.

Gimió cuando sintió una sensación extraña en su pecho y empezó a mover los labios rápidamente, hambriento. Sus manos empezaron a viajar por la espalda de Koral y se dejó llevar hasta que sintió que no podía parar.

Después de un par de segundos, sonó una alarma y se separaron de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó ella y frunció el ceño.

—Un humano traspasó el muro de seguridad —explicó, evitando mirarla a los ojos.

—Debería regresar a mi habitación. —Retrocedió—. Dentro de unas horas tenemos el entrenamiento físico.

—Tienes razón. —La acompañó hasta la puerta—. Fue muy hermoso lo que sentí. Gracias.

CAPÍTULO 12

El entrenamiento físico duró muy poco. El almirante les había avisado que podían bajar a la gran sala para familiarizarse con el transbordador espacial que los llevaría a la Tierra y tuvieron que interrumpir las clases.

Caminaron juntos y con pasos rápidos, evitando las miradas curiosas de los telosianos que trabajaban. Para Koral era una crueldad escuchar los pensamientos de ellos, consumían su energía y la dejaban débil y sin fuerzas.

—¿Pasa algo? —Darik se volvió para mirarla, su respiración entrecortada lo había asustado.

—Todos me odian. —Agarró su cabeza con las manos, gimiendo de dolor.

Darik no entendía porque ella estaba diciendo esas palabras, pero cuando uno de los guardias pasó por delante de ellos, vio que la miraba fijamente. Frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—Koral, mírame —ordenó él—. ¿Puedes escuchar lo que pensamos?

Ella alzó la cabeza y cuando abrió los ojos, Darik se asustó. Enseguida la tomó en brazos y la llevó a su habitación.

Ella apenas respiraba y el color de sus ojos eran de un blanco intenso. Mientras la dejaba con cuidado encima de la cama, oyó cómo ella murmuraba algo incoherente.

—¿Koral? —susurró, acariciándole el cabello—. Abre los ojos, por favor. —Acarició su mejilla. Tenía la piel muy fría y sus labios se volvieron de ligero color morado.

En menos de dos segundos empezó a temblar y Darik no dudó en tomarla en

brazos y acunarla contra su pecho, intentando hacerla entrar en calor.

Un pequeño holograma apareció en el medio de la habitación, haciendo que el estómago de Darik se retorciera.

—*Hola, hijo* —dijo Eloísa—. *Koral está en peligro.*

Darik luchó para mantener la mítica calma que era habitual en su vida y arrugó la frente. Observó con atención los rasgos de su madre. No había cambiado ni un ápice y eso significaba que el holograma había sido proyectado antes de su muerte.

Él se tensó, su corazón se aceleró, y segundos después sintió la ya familiar descarga eléctrica que recorría su cuerpo cada vez que la veía.

—*Toda esta maldad la consume, hijo. Necesita el sérum. Ya tiene los ojos blancos, ¿verdad?*

—Sí. —Se enfrentó a la mirada preocupada de su madre.

—*Tienes que entrar en mi habitación. En el fondo del armario hay una pequeña caja de acero.*

Darik asintió con la cabeza, pero no quería soltar a Koral, no quería dejarla sola.

—*Estará bien, hijo. Trae la caja. La combinación que abre el armario es mi fecha de nacimiento. ¿La recuerdas?* —preguntó ella.

—Sí, mamá. La recuerdo. —Su voz vibró con demasiada sonoridad en la habitación—. Te echo de menos. Quiero que me perdones por no haber llorado por ti, pero no sabía cómo hacerlo.

Se puso de pie y abandonó la habitación con una fuerte presión en su pecho. Había hablado con su madre y había sentido sentimientos arremolinados confusos en su mente.

Koral empezó a moverse y buscó el cuerpo de Darik para aferrarse. Se sentía débil y no podía pensar con claridad.

—*No te muevas, Koral. No gastes más energía. Darik se fue a buscar el sérum que necesitas para ponerte bien* —susurró Eloísa.

La puerta se abrió y Darik entró rápidamente, llevando una caja en su mano

derecha. Se sentó al lado de ella y se apresuró a abrirla.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó sin saber qué hacer con las diez jeringas que se encontraban en el interior.

—*Tienes que inyectarle el líquido en el medio de su marca. No en otro lugar* — respondió Eloísa.

Darik tomó una jeringa y se agachó para bajar la cremallera del uniforme. Cuando la marca estuvo al descubierto, introdujo despacio la aguja en el medio y presionó hacia abajo. Koral se movió justo cuando la aguja salió de su piel. Él cerró la cremallera y la abrazó con cuidado.

—Vamos, Koral. No me dejes. —Se quedó quieto para escuchar. La respiración de ella era entrecortada y apenas se escuchaba.

No quería perderla. Ella encarnaba la paz y la bondad que necesitaba para ser feliz.

CAPÍTULO 13

Koral se despertó jadeando y desorientada. Dejó escapar un suspiro y se compuso. Cada terminación nerviosa de su cuerpo dolía y, cuándo estiró la cabeza, un músculo de su cuello se contrajo. Abrió los ojos y la luz potente que había en la habitación, quemó sus párpados.

—La luz molesta —susurró ella.

Darik chasqueó los dedos y luego se sentó a su lado.

—¿Cómo te sientes? Estuve asustado, verte así.

—Estoy bien. —Alzó la cabeza y le dedicó una sonrisa—. Me siento un poco mareada. ¿Qué pasó? —Se incorporó lentamente.

—No lo sé. Mi madre me dijo que necesitabas este sérum para ponerte bien.

—Abrió la caja para enseñarle las jeringas.

—Yo vi esas jeringas en una de las imágenes —dijo con voz entrecortada—.

Estaba en una cama y alguien me inyectaba un líquido de color verde.

—*Tu vida depende de ese sérum, Koral* —dijo Eloísa—. *Cuando se te cambió por primera vez el color de los ojos, el sérum que llevas en tu cuerpo se activó. Cada vez que te debilites, necesitas una inyección. Los malos pensamientos y el esfuerzo físico gastan el sérum.*

—¿Por qué me pasa esto? —Ignoró el cosquilleo que sentía por dentro—. ¿Por qué mis padres no me dijeron nada?

—*Vosotros dos sois parte de un experimento. Pronto vais a tener todas las respuestas* —aseguró ella—. *Darik, tu sérum también fue activado. Si te pasa lo mismo que a ella, ya sabes lo que tienes que hacer.*

Darik intercambió una mirada fugaz con Koral y todos sus pensamientos desaparecieron. Se sentía atrapado allí con ella, sin embargo, algo en su interior le decía que no debía de marcharse de su lado. Un calor extraño subió por su cuello hasta sus mejillas y su estómago se encogió de golpe. Bajó la mirada hacia sus labios, tomó aire y lo soltó de golpe.

Entonces, le puso la mano en los hombros, la atrajo y le dio un beso rápido y firme en el cuello. Sentía tantas emociones que no se sintió capaz de controlar, y dejó que sus deseos tomaran las riendas de aquel momento intenso. Por primera vez en demasiado tiempo, Darik se sentía como si hubiera perdido el control de la situación. No obstante, le gustaba.

—Bésame. Nunca me cansaré de tus labios, extraña.

—¿Extraña? —Lo estaba mirando embelesada.

—Sí, una chica hermosa que no es ni humana ni telosiana. No sé qué eres o quién soy yo, pero no importa. Eres mi extraña —susurró, esbozando una enorme sonrisa en su rostro.

—¿Estáis bien allí dentro? —preguntó Malik desde el otro lado de la puerta.

Ellos se separaron de inmediato y las marcas dejaron de brillar.

—Enseguida arreglaremos las luces —aseguró él—. El almirante os espera en la gran sala para que veáis el transbordador.

—Enseguida bajamos —dijo Darik.

—Algo raro pasa con estas luces.

—Parece que tendré que esperar un poco para recibir mi beso —susurró él con voz suave e indecisa—. Vamos a ver el transbordador y luego volvemos aquí. Esta noche te quedas a dormir conmigo. No pienso separarme de ti, extraña.

—Ni yo. —Sonrió.

Darik estiró una mano para guiarla hasta la puerta.

—Mi padre no tiene que saberlo; tenemos que dejar de mirarnos o hablarnos delante de él.

—Lo intentaré —concluyó en voz baja.

Él sonrió contento. Amaba las nuevas sensaciones que le provocaba Koral. Descubrió que le gustaba sonreír y, al hacerlo, se sentía feliz. Amaba estar feliz al lado de su extraña.

CAPÍTULO 14

Torre central de vigilancia, año 2880

Koral siguió a Darik hasta que llegaron delante de la plataforma de transporte.

Él colocó el pulgar sobre el lector biométrico y la puerta de metal sólido, se abrió de inmediato. Un olor a mecánico con mezcla de metal y de grasa los envolvió a los dos mientras entraban.

Dentro, los telosianos se movían como las hormigas, y el ruido era tan molesto que tuvieron que taparse los oídos. Las naves y los veleros solares llegaban y salían constantemente. Toda la superficie del suelo, paredes y techos estaba cubierta de paneles de acero.

Fueron conducidos por un androide a través del ancho pasillo hasta el rellano central. Era un espacio lleno de monitores, cables y teclados.

Quién más impresionaba y destacaba de todo lo que había allí, era el transbordador Verix. Había sido diseñado para más de cien lanzamientos, y el tamaño y la forma habían determinados principalmente por la necesidad de poder acomodar satélites comerciales más grandes. Llevaba un sistema de lanzamiento reutilizable que se impulsaba verticalmente como un cohete convencional.

Visualmente era similar a una aeronave espacial, con alas doble-delta. Sus dos sistemas de control de reacción en las partes traseras de las alas junto con la solapa de cuerpo lo controlaban durante descenso y aterrizaje.

—Aquí estás, hijo. —La voz del almirante sorprendió tanto a Koral como a

Darik—. Lo tenemos preparado para el despegue.

—Es impresionante —dijo Darik sin despegar los ojos del transbordador—. Después de tantas horas de clases de vuelo, por fin voy a tener la oportunidad de hacerlo de verdad.

—¿Qué te parece, Koral? —inquirió el almirante con tono severo.

—Es muy grande. —Un estremecimiento le recorrió la espalda, pero no desvió la mirada de aquellos ojos maléficos—. Impresiona.

—Mmm, sí. —Le ofreció una sonrisa forzada—. El viaje está previsto para mañana. Tenemos que conseguir un aspecto más humano para mi hijo.

La mirada del almirante no se despegó del rostro de Koral. Seguía intrigado por esos ojos de color morado. Había estado buscando en los archivos de su mujer, pero no había encontrado nada concluyente.

Ella había nacido en el mismo día que su hijo y en la misma habitación. Su mujer y la madre de Koral habían sido buenas amigas y habían pasado mucho tiempo juntas. Había algo extraño en esa humana que lo intrigaba bastante.

—Podéis echar una mirada al interior del transbordador. Tiene dos habitaciones preparadas con todo lo necesario para sobrevivir un par de meses —puntualizó con calma—. Pero yo necesito esos cristales cuanto antes.

Tras una mirada al rostro firme del almirante y a sus ojos enfurecidos, Koral sintió que el vientre se le retorció de miedo. Carecía de fuerzas para enfrentarlo y retrocedió.

Darik deseaba agarrarla de la mano para tranquilizarla, pero no podía hacerlo delante de su padre. Se limitó en apretar los puños y subir a bordo de ese transbordador como si nada lo hubiera afectado.

Koral hizo lo mismo y, cuando subió el último escalón, la marca de su pecho empezó a brillar. Ella intentó tajarla con las manos, pero Darik fue más rápido y tiró de ella para meterla dentro.

Estaban pegados uno al otro con las marcas brillando e iluminando sus rostros.

—Koral, no puedo estar lejos de ti —susurró.

—Yo tampoco y tu padre da miedo. —Se apresuró a decir ella.

—¿Por qué aceptaste hacer este viaje? ¿Qué ganas? —Frunció el ceño mirándola fijamente—. Tienes poca experiencia y eres muy débil. No entiendo porque mi padre te eligió a ti.

—No lo sé, pero me prometió un puesto en el consejo —dijo con voz trémula.

—¿Solo esto? —preguntó extrañado—. Este viaje es muy peligroso y puede que no volvamos con vida. Tiene que tener alguna otra razón por la que te eligió a ti. —Se quedó pensativo.

—¿Tú por qué aceptaste hacer este viaje? —quiso saber ella.

—Mi sueño es pilotear este transbordador y ver la Tierra. Presioné a mi padre para que me dejara viajar. Es una oportunidad única —dijo con ilusión.

—Yo también quiero ver la Tierra y conocer a los demás humanos. —Pasó los dedos por la marca de Darik—. Me gustas mucho. Desde hace mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo? —Entrecerró los ojos—. ¿Me has visto antes?

—Sí... —suspiró—. Te espiaba con mis amigos a los entrenamientos. —Agachó la cabeza, avergonzada.

—Ay, mi extraña. Eso es muy lindo —susurró e inclinó la cabeza para besarla. Fue un beso suave y lento, los dos intentando atrapar ese momento en sus memorias. Darik la estrechó fuertemente y movió los labios en un ritmo acelerado.

Ella gimió bajito y mordió con delicadeza el labio inferior de él.

—No quiero parar, extraña —dijo y rompió el beso con pocas ganas—. Gracias por estos momentos, gracias por enseñarme a vivir y a ser feliz.

—Te lo mereces. Tienes sentimientos muy bonitos ocultos en tu interior.

Presionó una mano en su pecho. Él hizo lo mismo y las luces estallaron. Estaban hipnotizados por una fuerza que los envolvía mientras las marcas brillaban con intensidad. El interior del transbordador estaba iluminado por esa luz verde y cuando se besaron otra vez, los dos empezaron a flotar. Era una

sensación rara para Koral y verse levantada en el aire junto a Darik fue algo que la sorprendió.

CAPÍTULO 15

—**E**stamos flotando, Darik.

Koral dejó de presionar la marca y sus pies tocaron el suelo.

—No dejo de sorprenderme con las cosas que nos pasan —susurró él.

—¿Estáis bien allí dentro? —preguntó el almirante mientras asomaba la cabeza.

Darik se alejó de inmediato de Koral, pero su padre ya los había visto. El almirante entrecerró los ojos y se quedó pensativo. No le gustaba para nada lo que había visto; no quería que la historia se repitiera. Su hijo no se iba a enamorar de una humana. No cometería el mismo error que él porque eso sería su perdición.

Aún recordaba la primera que había visto a Eloísa y la primera vez que se había sentido feliz. Sin embargo, ella no había dejado de presionarlo para dejar su cargo y abandonar el planeta.

Eloísa había querido volver a la Tierra y empezar una nueva vida. Ella no había parado de decirle que no se sentía feliz, y eso había hecho que él tomara medidas drásticas. La había mantenido encerrada en su habitación hasta que había nacido su hijo.

Luego, a largo de los días, había sentido pena por ella y la había dejado pasar tiempo en el laboratorio junto a su amiga, la madre de Koral.

Eloísa había podido pasar desapercibida: había tenido los ojos morados y un color de pelo parecido a los telosianos. Nadie se había dado cuenta de que ella era una humana. Lo sabía solo él y Janelle, la madre de Koral. Ni siquiera

su hijo había sospechado que su madre no era telosiana.

Eloísa estaba cansada de fingir y de esconderse. Solo había querido irse lejos de allí, y sabía que, si el consejo descubriría su secreto, los expulsarían del planeta. No obstante, el sueño del almirante no había entrado en sus planes. Él quería ser el único gobernador del planeta Tarlok, y no había dejado que nadie se interpusiera en su camino, ni siquiera su mujer.

—¿Qué os parece el transbordador? —Forzó una sonrisa—. ¿Estás feliz, hijo? Mañana harás el viaje de tus sueños.

—Sí, estoy feliz, padre —contestó sin dejar de mirar a su extraña.

Estaba feliz por haberla conocido y por haber experimentado sentimientos hermosos a su lado. Ella le había enseñado que la vida podía ser maravillosa. Ya no le importaba el viaje, solo quería estar a su lado y protegerla.

—Me alegro, hijo —dijo entre dientes y apretó la mandíbula.

No le gustaba como su hijo la miraba; esa mirada había tenido él cuando había estado enamorado de Eloísa.

—Esta noche quiero que te quedes con los mecánicos para supervisar cada detalle, hijo —ordenó el almirante—. Necesitas saber qué hacer en situaciones de emergencia.

—Aprendí todo lo que hay que hacer —aseguró Darik molesto—. No hace falta quedarme con ellos.

—Lo harás y punto. —Lo miró a los ojos—. Yo y Koral tenemos unos asuntos pendientes. —Estiró una mano—. Si eres tan amable a acompañarme, claro.

Ella no sabía qué contestarle y cuando vio que Darik asentía con la cabeza tomó la mano del almirante.

—Por supuesto —dijo dudando.

—¡Perfecto! —exclamó Nazar—. Nos vemos mañana, hijo.

Darik se quedó mirando con impotencia como su padre bajaba las escaleras y se llevaba a la única persona que le había abierto los ojos. Un sentimiento turbador se apoderó de él y comprendió que había cometido un error, había

algo que lo tenía muy inquieto.

No entendía por qué su padre quería los cristales, temía que él tuviera un plan malvado y que ellos fueran solo peones en su juego desquiciado. Se sintió utilizado, pero había decidido quedarse callado y tranquilo. Quería averiguar qué había en la Tierra y agradecía esa oportunidad.

Bajó la escalera del transbordador y tocó suave su marca.

—No te preocupes, extraña. Te protegeré con mi vida si hace falta — susurró.

—Gracias, Darik. —Escuchó la voz de Koral y se dio la vuelta, pero no había nadie detrás de él.

Koral lo había escuchado y le había contestado. Se dio cuenta de que tocando su marca podía comunicar con ella.

—Deja la puerta de tu habitación abierta. Vendré a visitarte esta noche — susurraba mientras tocaba su marca.

—Te estaré esperando —le contestó ella.

CAPÍTULO 16

—**S**iéntate —ordenó el almirante.

Koral obedeció y se sentó en la silla que él le había señalado. Ella sintió que las manos se le paralizaban y contuvo la respiración, temerosa de que ese hombre quisiera hacerle daño.

—Voy a decírtelo sin rodeos, humana. —De pronto la voz de Nazar se tornó airada, casi brutal—. Te quiero lejos de mi hijo.

—Pero...

—Ni pero ni nada. Entre mi hijo y tú no va a haber nada. —Adoptó una expresión terca—. Tus padres sufrirán las consecuencias. Solo tengo que dar una orden y los expulsarían de este planeta. ¿Entendiste?

—Sí, almirante —dijo, moviendo los labios despacio.

—Ni una palabra de esto a mi hijo. —Dejó de caminar para mirarla—. Él está ilusionado con ese viaje y nada tiene que molestarlo. Pronto tomará mi lugar y no necesita a una humana que se interponga en su camino.

Koral se levantó de la silla porque se sentía mareada, la maldad del almirante le gastaba energía.

—No te levantes, no he terminado contigo —gritó—. Cuando vuelvas de ese viaje, te daré lo prometido. Tendrás tu puesto en el consejo de los viejos, pero lejos de mi hijo.

—Está bien —dijo ella impaciente. El mareo le provocaba un dolor fuerte de cabeza y nublabla su visión.

Se alejó y, con los gritos del almirante detrás de ella, salió de la habitación.

Caminó medio mareada arrastrando su cuerpo lentamente. No veía nada, solo escuchaba los malos pensamientos de los telosianos que vivían allí.

Llegó delante de su puerta y la abrió con dificultad, cayendo de rodillas al suelo.

La puerta se cerró detrás de ella y se quedó inconsciente al instante.

Darik estaba preocupado y tenía un mal presentimiento; sentía una angustia y un dolor fuerte en su pecho. Algo le decía que su extraña no estaba bien.

Llegó delante de su puerta y cuando intentó abrirla, se dio cuenta de que estaba cerrada. Le había dicho que la dejase abierta para él y se extrañaba porque no lo había hecho. Metió algunos códigos. Sin embargo, la puerta no se abrió. Colocó la mano derecha encima de su marca y apretó con nervio.

—Koral, abre la puerta —susurró y esperó unos segundos.

Al ver que ella no le contestaba, decidió ir a buscar a Malik para abrirle la puerta.

—*Hijo, no vayas a buscar a Malik. Él no sabe lo que pasa con Koral* —susurró la voz de su madre.

—Mamá, no puedo abrir la puerta. Tengo que hacer algo —dijo él con desesperación.

—*Usa la piedra blanca. Colócala encima de tu marca y visualiza la puerta abierta.*

Darik sacó la piedra de su bolsillo y la presionó encima de su marca. Esta empezó a brillar, y él cerró los ojos visualizando la puerta abierta. Sintió un fuerte calor en su pecho y cuando abrió los ojos la puerta estaba abierta. Guardó rápidamente la piedra y entró.

Se asustó cuando vio a su extraña tirada en el suelo e inconsciente. Se agachó junto a ella y la sacudió para que reaccionara.

—*Necesita el sérum, hijo. Corre.*

Darik la depositó encima de la cama y salió corriendo para buscar el maletín con las jeringas.

Cuando regresó, cerró la puerta y se sentó al lado de su extraña. Abrió el

maletín y tomó una jeringa. En cuanto el sérum empezó a circular por las venas de Koral, ella abrió los ojos de golpe y tomó aire con profundidad. Empezó a toser y Darik la ayudó a incorporarse en la cama.

—Dios, Koral... qué susto —susurró—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no dejaste la puerta abierta como te dije? —La miraba con el ceño fruncido—¿Te dijo algo mi padre?

—No pasó nada —mintió y la marca le quemó la piel—. ¡Ah! —gritó.

—¿Koral? —preguntó alarmado.

—Mi marca me hace daño —habló con voz temblorosa.

—*Eso pasa cuando mientes. Y si sigues así, tú sérum se gastará por completo y morirás. Y si lo haces tú, Darik también morirá* —advirtió Eloísa—. *No mientas, Koral, y más a las personas que quieres.*

—¿Por qué mi madre está diciendo eso? ¿Me estás mintiendo? —Frunció el entrecejo con precaución.

—Yo... —Lo miró directamente con los ojos abiertos de par en par. No supo qué decir y cerró los ojos lentamente.

—Contesta —insistió—. ¿Me estás mintiendo?

—Es que tu padre dijo...

—¿Mi padre? —Su voz irritada resonó en la habitación—. ¿Qué te dijo? —Cerró el maletín sin dejar de mirarla.

—Me dijo que... —Cerró los ojos, pensando en sus padres—. No puedo decírtelo.

—Negó con la cabeza.

—¿Por qué? —Dejó el maletín en una mesa al lado de la cama—. No me gusta cuando me ocultan cosas.

—Si te lo digo, el almirante enviará a mis padres lejos. —Agachó la cabeza.

No quería mentir y tampoco ocultarle cosas, pero no quería que sus padres sufrieran por su culpa. Dejaría de pensar en Darik, dejaría de quererlo y todo estaría bien.

—¿Te dijo eso mi padre? —La miró con tristeza, no quería presionarla

porque sabía que terminaría llorando—. Ven aquí, extraña. —Estiró los brazos y ella enseguida se acurrucó en su pecho.

Los dos necesitaban ese acercamiento y con ese abrazo se decían más que con las palabras.

—Si no me lo quieres decir, lo respeto —susurró él—. Pero no quiero que mientas.

—No lo haré. —Se alejó—. Necesito estar sola, ¿te puedes ir, por favor?

Él la miró confuso y cuando se dio cuenta de que hablaba en serio, se levantó de la cama.

—Está bien, veo que me estás echando —dijo sonriendo tristemente—. Acabo de salvarte la vida.

—Por favor. Solo quiero estar sola —insistió.

—Muy bien, nos vemos mañana. —Abrió la puerta—. Descansa, extraña.

Ella se estiró en la cama y empezó a llorar. No quería hacerle daño a Darik, pero no tenía otra opción.

—*No le ocultes cosas a mi hijo; estáis destinados a estar juntos* —dijo Eloísa.

—No quiero que el almirante expulse a mis padres. —Se secó las lágrimas.

—*No lo hará, no puede hacerlo. Él está diciendo eso para asustarte.*

Koral se levantó y empezó a caminar pensando en todo lo que le había ocurrido. No podía estar separada de Darik y, si Eloísa le había dicho que el almirante no podría expulsar a sus padres, confió en sus palabras.

Presionó con sus dedos la marca en forma de corazón y cerró los ojos.

—Perdóname, Darik —susurró—. ¿Puedes volver?

—Ábreme la puerta —contestó él.

Abrió la puerta y lo encontró sentado en el suelo.

—Sabía que no podías estar lejos de mí más de cinco minutos, extraña —dijo él y se levantó.

Se miraron a los ojos fijamente y cuando Koral estiró una mano, él la tomó temblando. No podía alejarse de ella y se había sentado en el suelo, delante de

su puerta para sentirla cerca.

Mientras se tocaban, el color de sus ojos cambió y el deseo de besarse se hizo intenso y doloroso al mismo tiempo. Darik la empujó suavemente para que entrara en la habitación y cuando la puerta se cerró, la abrazó metiendo la cabeza en su cuello y rozando su suave piel con los labios.

—No puedo estar lejos de ti; eres mi aire, extraña. Te quiero mucho.

Cuando dijo esas palabras una luz intensa iluminó la habitación y las marcas que tenían en los pechos empezaron a brillar. Sintieron un fuerte dolor y se apartaron jadeantes. Darik abrió la cremallera de su uniforme para ver la marca. El color había cambiado y se había hecho más pequeña. Tenía un corazón rojo y precioso en su pecho. Koral hizo lo mismo y al ver su marca sonrió con timidez.

—Tú también me quieres —susurró él—. Bésame, extraña. Quiero sentir tus labios, quiero sentir tu amor.

Sin preámbulos, Koral presionó los labios contra los suyos y mantuvo los ojos abiertos. Ella notó como Darik había dejado de respirar tras el primer roce de sus labios y aumentó la presión al tiempo que le pasaba la lengua por el labio superior. Él no se alejó, sino que se acercó a su vez, y sus labios se volvieron dóciles y maleables bajo los suyos. La tomó en brazos y la recostó sobre la cama.

—Gracias por amarme, extraña. —La abrazó.

—Gracias por dejarme hacerlo —murmuró ella y cerró los ojos.

Mientras estaban dormidos, un holograma de Eloísa apareció en el medio de la habitación.

—*Ahora sois inseparables*—susurró.

CAPÍTULO 17

—Despierta, Koral. Tenemos que bajar y subir las maletas al transbordador. —Le depositó un suave y tierno beso en los labios.

Ella parpadeó varias veces, revelando un brillo mágico en su mirada y le sonrió. —Cuando son de color verde, tus ojos iluminan tu rostro —dijo él sonriendo. Permaneció quieto contemplándola. Su cabello de color de la miel caía en ondas por encima de los hombros. Tenía las mejillas levemente sonrosadas y unos labios apetecibles.

—Gracias —respondió ella en silencio.

—Voy a salir para bajar mi maleta. Te espero abajo —dijo, y su voz sonó ronca y dulce.

Ella asintió con la cabeza y se bajó de la cama. Se agachó y revisó su maleta. No quería olvidar nada en ese edificio. Cuando estuvo segura de que tenía todo preparado, peinó su pelo y presionó la marca de su pecho.

—Ya estoy lista —avisó—. Ahora mismo bajo.

—Estoy en el transbordador —contestó Darik.

Koral abrió la puerta de su habitación y arrastró su maleta cabizbaja. Giró sobre sus talones y chocó con el almirante, que la estaba esperando desde hacía más de media hora.

—Hoy es el gran día, humana —dijo fríamente—. Espero que te mantengas lejos de mi hijo. No querrás recibir malas noticias.

Ella lo miró desafiante, estaba harta de tanta maldad.

—Lo haré —mintió.

—Muy bien —dijo él, riendo a carcajadas—. Vamos abajo, mi hijo ya está

allí. La dejó pasar y caminó pausadamente detrás de ella. Sus pensamientos le comían la cabeza.

No tenía plena confianza en las palabras de esa humana, pero tenía que conformarse con las dudas porque necesitaba los cristales. Sin ellos, el planeta dejaría de funcionar con normalidad y afectaría por completo la galaxia Verix.

—Aquí estás, Koral. —Malik se acercó y le tomó la maleta—. Pensé que habías cambiado de idea.

—No —contestó sonriendo—. Quiero hacer este viaje.

—Ya tenéis la locación exacta de donde se encuentran esos cristales y el transbordador os dejará muy cerca —explicó mientras caminaba a su lado.

—Que bien —dijo en silencio, formando claramente las palabras con los labios.

—No olvides lo que hemos hablado, humana —dijo el almirante con firmeza. Ella no se atrevió a mirarlo, convencida de que solo encontraría en su rostro

Una expresión de desprecio. Agarró la maleta y a subió las escaleras, ignorándolo por completo.

—¿Darik? —Dejó la maleta en el suelo.

—Estoy aquí —contestó él.

Ella se dio la vuelta y lo encontró sentado en una de las sillas que había delante del panel de control.

—Siéntate —ordenó con tono suave—. Vamos a poner en marcha este transbordador.

Obedeció y se sentó en la silla. Miró como él presionaba varios un botones a la vez y se ató el cinturón con exagerada rapidez.

—Bienvenidos a bordo —les dio la bienvenida una voz computarizada.

—¿Preparada, extraña? —La miró con ternura.

—Sí.

CAPÍTULO 18

Dos nuevos botones se encendieron en el panel de control, uno verde y otro azul. Darik presionó el botón verde firmemente.

—*Iniciando el lanzamiento automático* —dijo la voz.

Koral se acomodó en su asiento y miró atentamente los movimientos de Darik. Él sabía a la perfección qué tenía que hacer y su entusiasmo le tocó el corazón. La felicidad que mostraban sus ojos no tenía límite. Un chirriante sonido retumbó en el transbordador y Koral se asustó.

—¿Pasa algo? —Se aferró a su asiento presionando su cuerpo en el respaldo.

—No pasa nada —aseguró él—. Nos estamos levantando en el aire.

El transbordador se tambaleó hacia delante y las luces de emergencia se encendieron. Koral cerró los ojos y apretó los puños. La sensación de malestar que sentía era muy desagradable.

—*Entramos en el espacio* —avisó la voz.

Koral abrió los ojos y miró a través del cristal en forma de panel. La cantidad de estrellas que formaban la galaxia era incontable. La inusual galaxia Verix, con su firma circular envuelta en polvo les daba la bienvenida con una vista única.

—Es hermoso —susurró ella.

—Lo es, extraña —dijo Darik suspirando—. En pocas horas alcanzaremos la Tierra.

De lejos, el planeta Tierra tenía un aspecto inusual, con colores vivos y

rodeado por un aura brillante.

El transbordador aceleró, apuntando en un ángulo descendente hacia el planeta. Las dos luces, azul y verde, se iluminaron en el panel de control y cuando Darik apretó la azul, el transbordador empujó con más fuerza hacia delante.

Estaban acercándose a una velocidad extrema y el corazón de Koral golpeaba en su pecho con fuerza. El pánico se entrelazó a través de sus músculos, aterrizando en su estómago. Se agarró con fuerza a la silla y miraba con atención el panel de control. Las luces parpadeaban caóticamente y el planeta se hacía cada vez más grande delante de ellos.

Durante una centésima de segundo, ella no tuvo ni idea de lo que estaba pasando, pero lo vio todo a cámara lenta. Recuperó la nitidez de la visión al cabo de unos instantes y justo en ese momento, un silencio reinó en el transbordador mientras varias luces se apagaron. Dejó de acelerar y se sacudió al impactar con la atmósfera.

Darik en vez de presionar los botones, agarró la mano de Koral. Sus dedos se deslizaron entre los suyos en un agarre firme y fuerte. Con las manos unidas, él tiró de la palanca de control y el transbordador empezó a descender.

La gravedad había vuelto, ella se quitó el cinturón y se acercó a la ventana. Quedó fascinada con la vista, nada de lo que sus ojos miraban existía en el planeta Tarlok. Un lugar lleno de magia y belleza se abrió ante sus ojos. La vegetación estaba excelentemente cuidada y el suelo, cubierto por hilos verdes de varios tamaños, adornaba la orilla de un gran río.

—Lo hemos conseguido —dijo Darik mirándola.

—Sí, y mira todo eso. —Estiró una mano—. No tengo palabras para describirlo. Darik se acercó a ella y la tomó entre sus brazos. Él la apretó contra su pecho con fuerza y suspiró.

—Me encantas. Tu pelo, tus ojos, tus labios... eres perfecta.

—No soy perfecta. Ni mucho menos. —Ella se sonrojó.

—Para mí lo eres. —Agachó la cabeza y sus labios chocaron con los de ella

en un beso apasionado, como si fuera el primero y el último, todo a la vez—. Me encanta besarte —susurró y le dio otro beso igual de pasional que el primero—. Nunca me voy a separar de ti. Te quiero mucho, extraña.

—Yo también —dijo ella y se sobresaltó cuando un golpe fuerte en la puerta retumbó en sus oídos—. ¿Qué fue eso?

Se quedaron mirando fijamente la puerta hasta que otro golpe los hizo reaccionar.

—No lo sé, pero hay que averiguarlo. —Se agachó y sacó una caja de metal.

—¿Qué hay allí? —Koral se acercó y miró con curiosidad.

De un golpe seco, él abrió la caja permitiéndole el acceso a lo que había en su interior.

CAPÍTULO 19

Planeta Tierra, año 2880

—¿Y estas armas? —preguntó ella, sintiendo un impulso repentino de chillar.

—No sabemos que hay por aquí. Son para nuestra protección. —Agarró dos rifles de rayos láser. Le dio una a Koral y guardó la caja—. Los cristales no están muy lejos. — Su reloj pulsera abrió un holograma que mostraba un mapa—. Están a tan solo unos pocos kilómetros.

—No sé cómo disparar. —Examinó el rifle.

—Es fácil. —Presionó un botón de color rojo—. Ya lo he cargado. Apunta este extremo a lo que sea que esté ahí fuera y tira del gatillo. Eso es todo lo que hay que hacer.

—Sacó de su bolsillo un objeto azul, en forma de cilindro y lo depositó en la mano de Koral—. Granadas de impacto —le dijo—. Si el rifle no funciona, solo lanza esto. Explotará una vez que golpea algo. Y toma este cuchillo también.

—Suficiente. Apenas puedo cargar con todo esto —dijo exasperada.

—No quiero que te pase algo. —Se inclinó hacia delante y besó ligeramente sus labios—. Te quiero tanto.

—Yo también. —Presionó con fuerza su marca y cerró los ojos—. Puedo sentirte, puedo escuchar los latidos de tu corazón —dijo bajito—. Si me pasa algo, podemos comunicarnos.

—¡Ah! —gritó Darik. Sacó rápidamente la piedra y la tiró lejos—. Me ha

quemado la piel.

Koral buscó con la mirada la piedra hasta que vio una luz blanca iluminando la silla. Dejó el rifle en el suelo y se acercó para cogerla.

Cuando la tomó en sus manos, la piedra cambió de color y soltó pequeños calambres. Ella abrió la mano y la piedra empezó a flotar.

—Ahora es de color rojo. —Darik se acercó—. Igual que nuestras marcas.

La piedra empezó a flotar hacia la puerta y decidieron seguirla. Ella tomó el rifle y agarró el brazo de Darik con fuerza. Estaba asustada, no sabía qué pretendía hacer la piedra, pero parecía que les enseñaba un camino. Darik abrió la puerta y una rama golpeó el transbordador. Se dieron cuenta de que no había nadie y solo fue el viento quien había hecho los ruidos hacía unos minutos. La piedra flotó lejos y ellos la siguieron.

—¿Dónde crees que nos llevará? —preguntó ella y se agachó para tocar la hierba—. Es muy suave y tiene un color muy hermoso.

—Tiene el mismo color que nuestros ojos —dijo él mirándola.

—Es verdad. —Levantó la mirada—. Tienes los ojos verdes.

—Vamos a seguir la piedra; parece que sabe el camino. —Miró el mapa. Caminaron observando con atención cada detalle que les ofrecía la Tierra. Todo era extraño para ellos, nunca habían visto árboles de verdad y nunca habían experimentado tanta paz. Podían respirar con soltura y los rayos del sol ayudaban a despejar los sentimientos. Koral corrió hasta la orilla del río y sonrió al ver su rostro reflejado en el agua.

—Esto es maravilloso —dijo sonriendo—. No entiendo porque abandonaron este planeta.

Tocó el agua con sus dedos y el reflejo desapareció.

—Vamos —gritó Darik—. La piedra se está alejando.

Ella se puso de pie y cuando giró la cabeza, se quedó sin aliento. Seis hombres vestidos de negro y armados los había rodeado.

—Tira las armas —gritó uno de ellos—. ¿Quiénes sois?

—No queremos problemas. —Darik bajó el rifle—. Solo estamos de visita.

—Tira el arma ahora mismo. —Apuntó con el rifle a Koral—. Dispararé.

—Está bien, Grogh —dijo una voz familiar a sus espaldas—. Él es mi hijo. Darik dejó caer el rifle al suelo y apretó los labios. Delante de él apareció una mujer vestida con ropa de hombre, y cuando la miró a los ojos, sintió una fuerte presión en el pecho.

—Hola, hijo —susurró Eloísa—. Te estaba esperando.

CAPÍTULO 20

—¿Mamá? —Se acercó con cautela. Sentía un terrible y alocado escalofrío interior—. No entiendo...

—Vamos al campamento y allí os contaré la verdad —dijo sosteniéndole la mirada.

El tiempo pareció detenerse mientras se miraban uno al otro. Su hijo había crecido y había cambiado mucho. Eloísa no sabía cómo actuar, deseaba abrazarlo, pero temía un rechazo por su parte. Llevaba tanto tiempo imaginando ese encuentro, y lo había planeado hasta el último detalle. No obstante, al tenerlo delante, todo lo que quería decirle se había esfumado.

Darik observaba atentamente cómo su madre lo miraba con cariño y como sus ojos se llenaban de lágrimas. Estaba a punto de llorar y ese detalle, despertó en él un impulso de protegerla, de mantenerla a salvo. Desde que conoció a Koral, había experimentado nuevas emociones y tenía la sensación de que habían sido escondidas y encerradas por la frialdad de su padre. Dio un paso hacia delante y la abrazó con una fuerza increíble. Su marca empezó a brillar y se alejó justo cuando sintió que su madre había dejado de temblar.

—Hijo, perdóname —susurró—. Te abandoné y no quería hacerlo, pero...

—No llores, por favor —susurró con voz ahogada—. Me alegro de que estés bien—. Sonrió repentinamente y, la sonrisa se extendió a sus ojos.

Koral se secó las lágrimas; se había emocionado verlos. Recordó el día que había tenido que dejar a sus padres y apretó los labios para no llorar. Los echaba de menos y las pocas veces que había hablado con ellos la habían

dejado aún más triste.

—Vamos, chicos —dijo Eloísa mientras se secaba las lágrimas—. Tenemos que hablar y tenemos que planear todo hasta el último detalle.

—¿Planear? —preguntó Koral con el entrecejo fruncido.

—Sí, planear. Todo depende de vosotros. El futuro de este planeta está en vuestras manos —explicó ella.

Empezaron a caminar y la piedra apareció de la nada, colocándose delante de ellos. Siguió flotando en el aire hasta que llegaron al campamento. Para Darik era un paseo tranquilo y agradable. Sus oídos se deleitaron con los trinos de los pájaros y sus ojos se complacieron al ver las hermosas flores silvestres. Contempló a lo lejos el campamento y su sonrisa se ensanchó. Había visto esa imagen en el álbum de su madre. Las casas eran grandes y rodeadas por jardines de rosales. Vio las piscinas y se estremeció. No sabía nadar y nunca había tenido la oportunidad de aprender. Su padre le había prohibido salir con sus amigos y había restringido las horas de su tiempo libre.

—¡Este lugar es maravilloso! —exclamó Koral.

—Quedan pocos lugares así. La falta de agua dejó a la mitad del planeta desierto —comentó Eloísa y se agachó para tomar en brazos a una niña pequeña que pedía su cariño.

—Hola, preciosa, ¿cómo te llamas? —Darik se acercó para tocarle los mofletes.

—Cristal —contestó la niña sonriendo—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Yo soy Darik, preciosa. —Le besó la mano.

—¿Quieres ser mi novio? —preguntó la niña con una amplia sonrisa—. Todas mis amigas tienen uno. —Lo miró con ojos expectantes.

—Eres muy pequeña —le susurró Eloísa.

—Acepto ser tu novio, pero tendrás que compartir. —Giró la cabeza—. Esa hermosa chica de allí es mi otra novia.

Koral agrandó los ojos y se sonrojó. Las palabras de Darik la había

paralizado el aliento en la garganta. Respiró profundamente para poner sus emociones bajo control y sonrió.

—No me importa —habló la niña—. Yo solo quiero que juegas conmigo.

—De acuerdo. —Le dio un beso en la mejilla.

Eloísa aprovechó el momento y se llevó a Cristal, y los dejó solos. Darik alzó la mirada y sonrió tímidamente al ver la expresión de sorpresa en el rostro de su extraña.

—Yo no quise decir eso, si te molesta...

—Shhh. —Colocó un dedo sobre sus labios—. No me molesta. ¿Así que soy tu novia?

—Nunca tuve una y no sé cómo comportarme. —La agarró por la cintura—. ¿Quieres serlo?

—Claro que sí. Sabes que te amo.

—Yo también te amo, pero todos nos están mirando —murmuró avergonzado.

—Tienes razón —susurró ella, como si hablara con un gran nudo en la garganta.

—Más tarde, cuando estaremos solos, te besaré no una vez, sino miles de veces.

—Se alejó y le guiño un ojo.

Eloísa estaba mirándolos de reojo y no podía ocultar la alegría que sentía al verlos tan enamorados. Ellos necesitaban ese amor tan vigoroso para salvar la Tierra.

CAPÍTULO 21

Campamento de los insurgentes, planeta Tierra.

—Podéis usar la última casa. —La voz de Eloísa era ligera—. Dentro hay de todo.

—Gracias, mamá. Pero no podemos quedarnos.

—Te equivocas. Sé por qué estáis aquí. Nosotros tenemos los cristales; sin embargo, no puedes volver hasta que no lo tengas todo muy claro. Necesitas saber toda la verdad y tienes que salvar este planeta.

—Supongo que tienes razón. Quiero saber qué pasó. —La miró expectante—. Tienes los ojos de color verde, como yo y como Koral. No puede ser, tú los tenías de color morado, como papá.

—Mañana hablamos. —Le tocó el hombro con sus dedos—. Ahora ve con ella. Necesitáis comer y descansar.

Hundiéndose en la mirada de su madre, Darik conseguía olvidar casi por completo la inquietud que le causaba el viaje de vuelta. Le preocupaba que Koral pudiera salir herida y engañada. Aspiró hondo, sintió un temblor en el cuerpo y se fue a buscar a su extraña.

La encontró jugando al fútbol con los niños y disfrutó de lo que veía. Él nunca había tenido la oportunidad de practicar deporte, leer, escuchar música o ver la televisión. Solo había aprendido de la manera difícil que nada de eso era para él. Su padre lo mantuvo aislado y lo vigiló para que no se desviara del camino que tenía preparado para él.

Miró alrededor y, mientras se sentaba, arrancó una flor, dándole vueltas

entre los dedos. Vacilante, la acercó a su nariz e inhaló. La sustancia aromática que desprendía liberó un olor especial. Era dulce, fresco y ligero. Se quedó ahí sentado un rato, hasta que la pelota llegó a sus pies.

—Vamos, tírala —gritó Koral en coro con los demás niños.

Él se estiró, la agarró con sus manos y la envió lejos. Los niños empezaron a quejarse y no tuvo más remedio que pedirles disculpas.

—¿Por qué no la golpeaste con el pie? —Koral apoyó las manos en las rodillas mientras respiraba con dificultad.

—No sé cómo hacerlo. —La miró avergonzado y se rascó la nuca.

—¿En serio? —Enderezó los hombros—. ¿Y qué más no sabes hacer? Te puedo enseñar. —Se acercó y colocó las manos en sus hombros.

—Mmm... no sé nadar.

—Bueno, eso tiene solución. —Le guiñó un ojo—. Te enseñaré.

—Me gusta cuando me enseñas cosas nuevas. Me enseñaste a besar y me enseñaste a amar.

—Mhm, y esta noche, te enseñaré otra cosa —susurró bajito—. Bueno, aprenderemos juntos, porque yo tampoco sé muy bien cómo hacerlo.

El rostro de Darik registro primero sorpresa, luego diversión.

—Te has sonrojado —dijo y la besó en la punta de la nariz—. No te preocupes, seré yo quien dará el primer paso. Quiero hacerlo y, aunque no lo hice nunca, sé más o menos lo que hay que hacer.

—Gracias, me has quitado un peso de encima. —Rio bajito—. Ahora vamos a comer algo, tengo mucha hambre.

—Mi madre dijo que hay de todo en la casa.

Se puso de pie y empezó a caminar a su lado.

—Me gusta este planeta. Es muy alegre y lleno de vida —dijo ella, arrimándose a él—. Me gusta más que el nuestro y me gustaría vivir aquí.

—A mí también me gusta. Pero no sé qué pensará mi padre.

—Lo importante es lo que piensas tú.

Llegaron delante de la casa y se miraron a los ojos. Él puso las manos en su

cintura, grandes y firmes. Después, la atrajo hacia él y la dejó sin aliento. Quería besarla y sentir el deseo creciendo entre ellos.

—¿Qué haría yo sin ti? —murmuró él.

—¿Qué quieres decir?

—Te conocí y mi vida cambió. Hay días cuando me siento perdido, sin embargo, tu voz, tus palabras, me ayudan a reencontrarme. Liberaste todos mis sentimientos y si algo te pasa... yo...

—No digas eso. Nada me pasará. ¿Sabes por qué?

Él negó con la cabeza, maravillado por el optimismo de su extraña.

—Porque vas a protegerme. —Una sonrisa curvó su boca—. Y yo cuidaré de ti.

—Gracias.

Darik acarició su mejilla. Luego, apoyó la frente en la de ella y sin previo aviso sus bocas se unieron.

Koral se había quitado el uniforme y se había puesto unos vaqueros con los que se sentía más a gusto. Miró a su alrededor y suspiró. La estancia, sin duda, necesitaba una limpieza. Se trataba de una pequeña habitación con una gran cama en el medio, un pesado escritorio repleto de papeles y una estantería de libros. De las paredes colgaban cuadros que representaban paisajes montañosos y construcciones de casas.

—Te queda muy bien la ropa —dijo Darik desde la puerta—. Siempre llevamos los uniformes puestos...

—Gracias. —Se apartó de la pared—. Deberías quitártelo tú también.

—Lo haré más tarde. Ahora vamos a comer algo.

Le agarró la mano y la llevó hasta la cocina. Abrió el frigorífico y se quedó mirando.

—Todo eso tiene buena pinta. —Lo apartó con delicadeza—. Prepararé algo muy rico, y mientras puedes ducharte si quieres. —Cerró el frigorífico y lo miró a los ojos.

—Deja de mirarme así. —La estrechó entre los brazos y la obligó a levantar

la barbilla.

—No puedo evitarlo. Eres muy guapo y me muero por un beso tuyo.

—No tienes que pedirlo. Yo también quiero besarte. —Sonrió—. Así que puedes dármelo.

—Está bien. —Se puso de puntillas y estiró el cuello.

Con una amplia mirada, Darik observó cómo su rostro se acercaba, y hundió apresuradamente los labios en los de ella, rodeando con los brazos su cintura.

—Te amo, Koral —susurró.

—Yo más. —Abrió el uniforme y tocó su marca.

A través de aquel contacto, él sintió los latidos de su corazón. Era algo intenso y único, como ella.

CAPÍTULO 22

Comenzaron a asomarse los primeros rayos solares sobre el campamento, dando entrada al amanecer, que se cernía de lleno sobre los cientos de viviendas.

Darik tomó la mano de su extraña y se encaminaron hacia las instalaciones principales. Todo era silencio en la Tierra, y los alrededores ayudaban a tranquilizar cualquier inquietud.

—Estás nervioso, puedo sentirlo —tras decir eso, a Koral se le escapó un largo suspiro.

—Veo que tú también.

—Un poco, ¿qué crees que esconde tu madre? —dijo ella intentando inmutarse lo menos posible.

—No lo sé, pero creo que nos cambiará la vida.

—No olvides que me tienes a tu lado, que te quiero...

—Yo también te quiero —dijo él con su media sonrisa.

Darik empujó la puerta y el ruido lo sobresaltó. Dentro de la vivienda había una sala central que daba a un pasillo que comunicaba con el área de las habitaciones, cuatro puertas a cada lado del pasillo y una más en el medio. Esa puerta tenía una inscripción: Laboratorio de pruebas científicas.

Koral sintió su corazón latir más rápido que nunca, como si fuese a salir de su pecho cuando leyó aquellas palabras tan familiares para ella. A continuación, una corriente eléctrica de magnitudes colosales recorrió su cuerpo y lo único que veía eran recuerdos de su infancia.

—¿Estás bien?

El eco de las palabras de Darik la trajo de vuelta a la realidad.

—Sí, hagámoslo.

Él se acercó a la puerta, giró el pómulo y la abrió.

—¿Podemos pasar? —preguntó de forma cortés.

Sus ojos recorrieron la sala y se sintió en minoría. Los hombres vestidos con uniformes que estaban sentados delante de él lo miraban con seriedad.

—Claro, hijo —contestó Eloísa y se acercó para darle un beso en la mejilla—.

Eres muy guapo. —Le acarició con suavidad las mejillas.

Sin mediar palabra, Darik se situó frente a los paneles holográficos mientras un mal presentimiento empezó a rondar su mente y ponerlo en alerta. Miró a su extraña. Ninguno de los dos podía disimular su miedo.

—Buenos días. —Koral habló con timidez—. Yo también quiero saber la verdad.

—Hola —dijo Eloísa con cariño—. ¿Habéis dormido bien?

—Sí, muchas gracias. —Agarró la mano de Darik y giró la cabeza.

Ambos intercambiaron miradas, como si se viesen reflejados uno en el otro, como si todo lo que necesitasen en la vida fuese estar ahí, perdiéndose ingenuamente en los ojos del otro.

—Bueno, mis hijos —dijo Eloísa suspirando—, llegó la hora de la verdad.

La mujer tomó asiento sobre un sofá y un hombre se le acercó. Llevaba en sus manos una pequeña cajita de acero.

Ella la tomó y la abrió. Una luz de color morado iluminó su rostro y Koral agrandó los ojos, agitando la cabeza sorprendida como despertándose de un sueño.

Dentro había una piedra idéntica a la que le había regalado su madre antes de irse de casa.

—Esa piedra.

—Sí, Koral —prosiguió Eloísa—. Es como la tuya, solo que esta nunca

encontró su otra mitad. —Giró la cabeza para ocultar su tristeza.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Darik con voz entrecortada.

—Sí, hijo. —Se puso de pie y empezó a caminar. Estaba un poco preocupada; no sabía si su hijo aceptaría la verdad—. Hace veinte años, conocí a tu padre —dijo con nostalgia—. Me impresionó su físico y, aunque los humanos tenían prohibido relacionarse con los telosianos, me enamoré.

—¿Humanos? —preguntó él de forma cortante—. ¿Tú eres humana?

—Sí —contestó, dándose repentinamente la vuelta hacia él—. Soy humana.

—Pero... tus ojos eran de color morados y tu aspecto...

—Eso fue lo que engañó a todos, menos a tu padre. Todo era perfecto hasta que naciste tú. Empezaron a sospechar, tu fuerza no era igual que la de los demás telosianos.

—Pero, yo soy... —Frunció el ceño, perplejo.

—Igual que Koral. —Sin mirarlo, suspiró antes de proseguir—. Los dos sois medio humano y medio telosiano.

—¿Qué? —Koral empujó la silla hacia atrás y se acercó a ella.

—Tu padre es telosiano —dijo Eloísa—. Sus gafas le cambian el color de los ojos. Por eso nunca tuviste la oportunidad de sospechar. Ni tú ni nadie más.

Se paró delante de ellos y, al verlos tan inquietos, no sabía si era prudente continuar.

—Mis padres me mintieron tantos años...

—No Koral. Solo te ocultaron la verdad —dijo con encomiable calma—. Tú y Darik habéis nacido en el mismo día. Tu madre y yo decidimos guardar el secreto; sin embargo, mi marido empezó a sospechar de ti. Tus padres dejaron de visitarme y cuando el consejo de los viejos decidió nombrar a mi marido como almirante, la relación cambió. Temía que me fueran a descubrir y me encerró en una habitación. Les dijo a todos que yo había muerto.

—No puedo creer que papá fuera tan cruel contigo —bramó Darik—. Sabía que yo te quería mucho.

—Hijo, escucha. —Le estrechó las manos—. Al principio no lo hizo con maldad.

—Pero lo hizo —sentenció—. ¿Cómo llegaste aquí? ¿Cómo escapaste de esa habitación?

—Con la ayuda de la piedra. —Giró la cabeza—. La madre de Koral tenía la otra piedra y conseguí comunicarme con ella. Me ayudó a escapar y, junto con otro grupo, abandoné el planeta.

—Por eso escuchaba tu voz —susurró Koral—. Porque tenía la otra piedra.

—Así es. Y cuando encontró el amor, cambió de color —suspiró—. La mía nunca lo encontró.

—Mamá, lo siento mucho —murmuró.

—Ahora estoy bien. —Sonrió.

—¿Por qué tenemos las marcas? —quiso saber Koral.

—Las marcas son fruto de una unión entre un telosiano y un humano —contestó—. Vosotros sois únicos y por eso estáis conectados. Es como si cada mitad quisiera ser completada por la otra. —Lanzó un suspiro hondo—. Ahora viene la parte desagradable.

CAPÍTULO 23

—¿Desagradable? —preguntó lentamente Darik.

—Cuándo nacisteis, la posibilidad de sobrevivir era muy baja. —Los miró detenidamente—. Una unión entre un telosiano y un humano es muy arriesgada. Los humanos son más débiles y las células telosianas terminan dominando.

—¿Y qué pasó? —preguntó Koral—. Recuerdo mujeres con batas y jeringas. Me hacían algo.

—Vosotros sois parte de un experimento —explicó—. Había pocas probabilidades de sobrevivir. —Chasqueó la lengua—. Por eso habíamos decidido insertarlos el sérum de la vida.

—¿Ese líquido verde? —Darik la miró expectante.

—Sí. Tú organismo lo aceptó muy bien, pero el de Koral, no. Tuvimos que insistir todos los días. —La miró con cariño—. El riesgo de ponerte débil sigue allí. Ya lo has hecho dos veces hasta ahora y eso es una señal. Tu organismo está empezando a rechazar el experimento.

Ella guardó silencio por un momento y la miró con la cabeza de lado confundida. Se llevó las manos a la boca y tuvo un espasmo como si fuese a llorar; sin embargo, contuvo la respiración. Cerró los ojos y pensó por unos segundos, y su actual se volvió firme de nuevo.

—Por eso necesitas las inyecciones. Lo único que puede curarte son las células somáticas de un telosiano puro.

—Mi padre.

—Lo hemos intentado. —Negó con la cabeza—. Tu padre no es compatible.

El único que dio positivo fue el almirante.

—¿Mi padre? —preguntó extrañado Darik.

—Tu padre viene solo de familias de telosianos y sus células son fuertes y puras —contestó ella—. Las tengo guardadas en mi antiguo laboratorio. Él no sabe que están allí.

—Entonces cuando volvemos podemos entrar y...

—No es tan fácil, hijo. En el laboratorio no se puede entrar sin autorización.

—¿Y cómo conseguimos una? —preguntó Koral.

—No podéis. La única posibilidad, es robarle a Nazar la tarjeta de acceso. Pero os tenéis que mover con rapidez. Cuando se activa la tarjeta, un mensaje llega a la torre central y tarda unos quince minutos en avisar a los guardias.

—Tenemos que intentarlo —dijo Darik en un suave susurro, como si ignorase las advertencias de su madre.

—Y ahora voy a explicarles mi plan —habló Eloísa, y ellos giraron las cabezas—. Hay que salvar este planeta antes de que sea destruido por el almirante.

—¿Destruído? —preguntó él con una expresión totalmente incrédula—. ¿Por qué quiere hacerlo?

—Tu padre quiere eliminar a los humanos porque sabe que aprenden muy rápido. Tiene miedo de lo que puede pasar si absorben todo el conocimiento y generan nuevas habilidades.

—Pero los humanos son conscientes de que ellos tienen el poder. —Koral la miró por encima del hombro—. No lo entiendo.

—El consejo de los viejos no sabe nada de esto. Él está obsesionado con el poder.

—¿Y nosotros qué podemos hacer? —Darik agarró las manos temblorosas de su extraña. Ella estaba inquieta y se veía bastante asustada. Necesitaba tranquilizarla y, cuando la estrechó en sus brazos, los latidos de su corazón tomaron un ritmo lento—. Todo estará bien —susurró y le dio un corto beso en los labios.

—Gracias.

—¿Qué tenemos que hacer, mamá? —preguntó él y permaneció inmóvil.

Eloísa lo miró con inseguridad; no quería arriesgar sus vidas, pero no tenía otra opción.

—Destruir la galaxia Verix. —Su voz se quebró.

—Eso quiere decir...

—Que el planeta Tarlok dejará de existir. —Se aclaró la garganta.

—¿Y los telosianos? —Koral le dio una mirada de pánico—. ¿Y mis padres?

—Todo está organizando. Estos días llegarán transbordadores con los humanos que viven allí. Y cuando ya no quede ninguno, podéis regresar con los cristales.

—Pero, eso es justo lo que el almirante quiere —murmuró Koral.

—Sí, pero los cristales llevan un gas tóxico y él no lo sabe. Una vez que intente usarlos, ese gas se extenderá en el aire.

—Morirán todos.

Ella le dio la espalda a Eloísa y observó a través de las cristaleras el paisaje primaveral. Apoyó una mano sobre el cristal y, mientras su coraza amenazaba con requebrarse de un momento a otro, tomó una profunda respiración.

—Sí —contestó con firmeza Eloísa.

Aquella afirmación se clavó en el pecho de Darik como el más letal de los puñales. Algo dentro de él parecía haber cambiado y todos sus pensamientos se habían oscurecido.

—¿No hay otra opción, mamá?

—Matar solo a tu padre —declaró ella con voz estridente—. ¿Puedes hacerlo?

—No. —En la voz de él se percibía cierto enfado—. Pero tiene que haber otra opción. Podemos encerrarlo.

—Ellos pueden comunicar telepáticamente. La extinción de los humanos

estaría en sus manos.

—Me niego a hacer eso. —Darik se frotó las manos sudadas contra los muslos.

—Tienes que hacerlo, hijo.

—Necesito salir de aquí —dijo él con voz cansina. Le retumbaba la cabeza y tenía el estómago revuelto.

Notó como le empezaba a subir la temperatura corporal. Respiró hondo y abandonó la sala.

—Hijo, espera... No te vayas.

—Estará bien. —La voz Koral era ligera—. Hablaré con él y encontraremos una solución.

—Ahora me odia. —Respiró hondo, con dolor.

—No, él te quiere mucho. Solo que todo esto nos tomó por sorpresa. Son muchos sentimientos y emociones por procesar. Él todavía está experimentando —explicó ella.

—Lo sé. No tendría que haberlo abandonado —susurró—. Todo esto es por mi culpa. Tendría que...

—No podías saber lo que iba a pasar. Salvaste tu vida y la de muchos humanos más. —Se acercó para abrazarla—. Mañana estará mejor.

—Gracias. —Se secó las lágrimas—. Ve con él, te necesita.

Koral asintió con la cabeza y salió corriendo. No quería dejarlo solo con tantas emociones golpeándolo tan duramente.

CAPÍTULO 24

Koral entró en la casa y se dio cuenta de que Darik no estaba. Presionó la mano en su marca y susurró:

—¿Dónde estás?

No hubo respuesta y empezó a preocuparse. Fue como si todas sus emociones y estados mentales se hubieran puesto en fila, uno tras otro, para invadir sus pensamientos. Primero angustia, luego tristeza, después miedo y finalmente rabia. Intentó de nuevo y esa vez se concentró para encontrar los pensamientos de Darik. Comunicar telepáticamente era algo que ella no dominaba bien y esforzarse demasiado podía ser peligroso. Sintió que sus labios se bañaban en sangre, pero no abandonó; seguía concentrada a pesar del bloqueo que recibía.

De repente el suelo empezó a jugar con ella y sus piernas dejaron de sostenerla. Cayó al suelo y se golpeó la cabeza contra la mesa. Quedó inconsciente y su corazón dejó de latir.

Darik estiró las piernas sobre el césped recién cortado y suspiró. No le gustaban las sensaciones que recorrían a través de él. Rememoraba las palabras de su madre en su mente, tratando de encontrar una solución.

De pronto, sintió una vibración interna, como si un terremoto se concentrase tan solo en su cabeza, sin tener la más mínima idea de la causa. La extraña sensación bajó hasta su pecho y se convirtió en dolor. Su marca empezó a brillar y dirigió ambas manos a su cremallera. La abrió y su campo visual comenzó a tornarse de color morado al ritmo de cada una de sus pulsaciones

cardiacas.

Su reacción inmediata fue ponerse de pie, pero pronto se arrepintió rotundamente, pues lo invadió un mareo y una fatiga terribles.

Sintió su piel hormiguear con la sensación de que algo malo estaba a punto de pasar. La desesperación se apoderó de él, llenando sus venas. Con pocas fuerzas se puso de pie y empezó a caminar. Sentimientos de insuficiencia llenaron su pecho.

—¡Por favor, alguien... que me ayude! —Cayó de rodillas y su respiración se volvió pesada—. Ayuda... —susurró una vez más antes de cerrar los ojos.

—Hijo, abre los ojos. —La garganta de Eloísa estaba tan tensa que no podía articular las palabras.

Darik movió la cabeza y abrió los ojos despacio. Miró la aguja que estaba saliendo de su brazo izquierdo y frunció el entrecejo.

—¿Qué pasó? —preguntó con voz ronca.

—Te debilitaste —contestó su madre y le acarició la mejilla—. Eso tuvo que ver con la situación que vivió Koral. Ella... perdió el conocimiento y dejó de respirar...

—¿Qué? —Arrancó la aguja de su brazo y se levantó de golpe.

Su madre se colocó de inmediato delante de él y presionó las palmas en su pecho.

—Mamá, déjame pasar. —Le lanzó una mirada de advertencia—. ¿Dónde está mi novia?

Su miedo creció de forma instantánea y el silencio llenó el aire. Mezcladas emociones inundaban su pecho.

—Hijo... ella ... —Se tapó la boca para no llorar—. Ella... —Fue inútil, las lágrimas salieron de sus ojos con ansias.

—Mamá... —dijo Darik temblando.

—Ella dejó de respirar y murió. —Dio un grito ahogado de dolor y abrazó a su hijo.

Darik se había quedado paralizado, solo sus ojos parpadeaban a cámara

lenta. Su extraña había muerto y él se había quedado otra vez solo.

—Quiero verla —dijo, engrosando su voz, bajando el volumen, con furia contenida.

No podía tragar. Su cuerpo no se movía y había algo que frenaba sus lágrimas. El impulso de salir corriendo pasó fugaz por su mente; sin embargo, quería verla y despedirse de ella.

—Su cuerpo está encerrado en una cápsula frigorífica —susurró su madre—. Mañana llegan sus padres...

—Quiero verla —jadeó de forma insegura y temblorosa.

—Existe la posibilidad de reanimarla —pronunció Eloísa mientras avanzaba con determinación hacia él.

—Dime que tengo que hacer. —Su voz sonó grave.

La llama de la esperanza se abalanzó sobre él con un único objetivo: salvar a su extraña.

—Tenemos que administrarle células telosianas —explicó—. La puedan revivir, pero estará muy débil. Tenéis que entrar en el laboratorio del almirante y robarlas.

—Haré todo lo posible y, si hace falta matar a mi padre... lo haré. —Su voz era apagada, resignada—. Ahora, quiero verla, mamá.

—Está bien, hijo. Pero no puedes tocarla.

—¿Sabes qué fue lo que pasó? —preguntó mientras la seguía muy de cerca.

—Creemos que intentó comunicarse telepáticamente contigo. En la Tierra es difícil de hacerlo y ella no estaba preparado para esto. Toda su energía se consumió y el líquido de la vida dejó de ser activo. Los intentos de salvarla fueron inútiles. Su cuerpo no reaccionó.

—No voy a renunciar a ella —dijo con dolor—. La amo y no puedo vivir sin ella. Entraron en la habitación y él se acercó despacio a la cápsula. Koral tenía los ojos

cerrados y su rostro parecía tranquilo y sereno.

—El proceso de criogenización la mantendrá intacta —habló su madre—.

Estará bien.

Darik la miró con tristeza, no poder tocarla o sentirla en sus brazos lo dejaban sin fuerzas. Sintió sus ojos húmedos y sabía que estaba llorando. Era la segunda vez que lo hacía y no le importaba porque todo su dolor abandonaba su cuerpo.

—Te amo, extraña. —Tocó la cápsula con la mano y vio que la marca de Koral empezaba a brillar.

Pero la luz era apenas visible y no tardó en apagarse.

CAPÍTULO 25

—Quiero ver a mi hija —dijo Zoltan mientras se frotaba las sienes—. El viaje fue largo, pero valió la pena.

Eloísa lo miraba con mucha tristeza; no sabía cómo darle la mala noticia, se sentía culpable e impotente ante la situación.

—¿Pasa algo? —preguntó Janelle y levantó la cabeza para mirarla—. ¿Dónde está mi hija?

—Está... ella, el sérum de la vida se gastó por completo y ella... —Un sonido apagado, como un lamento surgió de la garganta de Eloísa.

—¿Qué intentas decir? —preguntó Zoltan con tono brusco.

—Koral murió —susurró.

Aquellas palabras lo petrificaron por completo; sin embargo, dentro de él, todo se sacudió violentamente. Respiró hondo, sus labios temblaron y una expresión de tristeza total se dibujó en su rostro. Su reacción desesperada fue gritar con fuerza, sin poder contener un llanto sin lágrimas. Todo lo que sucedió a continuación fue como darle a un botón de cámara rápida. Janelle se desmayó y cayó al suelo delante de ellos. Zoltan se agachó y la tomó en brazos. La depositó en una silla y frotó rápidamente sus manos.

—¿Qué pasó? —Sus palabras eran un susurro desgarrador.

Acarició el rostro pálido de su mujer y besó su frente.

—Ella intentó comunicarse telepáticamente con mi hijo y...

—¿Cómo hizo semejante tontería? —Giró la cabeza—. En la Tierra eso es casi imposible.

—No lo sé, Zoltan. Supongo que estaba preocupada por mi hijo. Él había huido y...

—¿Tú hijo? —Examinó el rostro de su mujer y cuando ella abrió los ojos, se alejó—. ¿Qué tiene que ver tu hijo en todo esto? —preguntó con voz seca—. El hijo del almirante no es bienvenido aquí.

—Él no es como su padre, Zoltan. Él...

—Él ama a su hija, señor. —Darik cerró la puerta y se acercó a ellos.

Había estado escuchando la conversación que había mantenido su madre con los padres de Koral y había sentido la necesidad de intervenir. Su extraña era su vida y necesitaba confesarles la verdad, decirles que la quería.

—Joven, no creo que...

—Yo la amo muchísimo. —Se enfrentó a la mirada exigente de Zoltan—. No soy como mi padre. Su hija me abrió los ojos y me enseñó que la vida es maravillosa. Su amor hacia mí es igual de fuerte que el mío hacia ella —prosiguió—. Haré todo lo posible para arreglar las cosas y prometo protégela. Daría mi vida por estar en su lugar ahora mismo. —Una pequeña lágrima resbaló por su mejilla y la quitó bruscamente.

—Qué hermoso —habló Janelle—. Se ve que amas mucho a mi hija. —Se levantó de la silla con la ayuda de Zoltan—. Me recuerdas mucho a mi marido. Él también tuvo que enfrentarse a mis padres. —Se paró delante de él y abrió su uniforme—. Mi hija encontró su otra mitad. —Rozó con los dedos la marca de Darik.

Él levantó la mirada y suspiró con alivio.

—De pequeños erais inseparables —susurró ella—. Recuerdo perfectamente cómo no soltabas su mano. —Cerró los ojos y sonrió—. Sabía que algún día el destino os juntará de nuevo. Sois únicos.

—Gracias por sus palabras, señora.

—Gracias a ti por cuidar de mi hija.

—Sí, pero fallé, ella está...

—Lo sé, pero estará bien, ¿verdad, Eloísa? —La miró a los ojos.

—¿Cómo? Ella está muerta —dijo Zoltan con voz ahogada.

Pronunciar esa palabra y pensar que su hija ya no estaba le producía un escalofrío.

—Tú puedes revivirla —explicó—. Pero para ponerse bien del todo, necesita las células del almirante.

—¿Eso significa que mi hija estará bien? —Se rascó la nuca. Sus piernas parecían volver a existir y como un milagro, su corazón volvió a latir con normalidad.

—Si todo funciona conforme el plan, mañana tendrás la oportunidad de abrazarla.

—Le estrechó el brazo.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Galeo entrando en la habitación—. ¿Dónde está mi hermana y porque tenéis estas caras tan serias? —Ellos giraron las cabezas y Galeo levantó las manos en el aire—. No me matéis con las miradas, por favor —retrocedió—. ¿Qué tal si vuelvo más tarde?

Eloísa abrazó a su hijo y empezó a caminar junto a él.

—Vamos a revivir a tu extraña —susurró.

CAPÍTULO 26

—Ya está. —Eloísa cerró la puerta apresuradamente—. Dentro de unas horas debería despertarse.

—¿Todo salió bien? —preguntó Darik, ilusionado y alzó la mirada.

—Sí, su cuerpo reaccionó muy bien, pero no se recuperó del todo —dijo, evocando una sonrisa que no reflejaba otra cosa distinta de tristeza.

—Gracias, mamá —suspiró él, sintiendo que podría incluso llorar de felicidad.

—Todo saldrá bien.

—No sé si voy a poder matar a mi padre. —Al terminar de decir esto, su tono de voz fue disminuyéndose y ensombreciéndose aún más.

—No hace falta, joven —dijo Zoltan—. El consejo ya está avisado. Van a detener a tu padre cuando intente utilizar los cristales. Solo tenéis que entregarlos y coger las células.

—¿Entonces, nadie tiene que morir? —Darik lo miró fijamente—. Mi padre no abandonará tan fácilmente.

—Nadie morirá porque nosotros, los telosianos, no queremos una guerra con los humanos —aseguró el padre de Koral.

—No puede ser tan fácil —murmuró Darik.

—Esto es un secreto entre nosotros. El almirante no sabe nada, pero yo también temo que las cosas no vayan a salir bien.

—La galaxia Verix quedará destruida si empieza una guerra —dijo Darik con voz temblorosa por la ansiada—. Los humanos no son tan fuertes, pero son

más numerosos que los telosianos.

—Si eso pasa, los humanos abandonarán el planeta Tarlok y vendrán a la Tierra. Hay sitio para todos —aseguró su madre.

—Sí, pero los telosianos pueden destruirla con facilidad —habló Zoltan.

Durante aquel breve silencio, Galeo aprovechó y se acercó a ellos.

—Mi hermana despertó y pregunta por ti, Darik —dijo bruscamente y lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿No entiendo por qué?

—¿Quizá porque me ama? —Darik le sostuvo la mirada.

Galeo se acercó y lo empujó, haciéndolo retroceder.

—No me gustas para mi hermana. —Estiró los brazos para agarrarle por los hombros.

Darik lo esquivó, y de un movimiento rápido, lo tiró al suelo.

—¡Parad! —gritó Zoltan y se metió entre los dos—. Koral os quiere a los dos y no le gustaría saber que no os lleváis bien.

—Empezó él —dijo Darik molesto.

—No importa quién empezó, y no quiero que esto pase otra vez. ¿Entendido? Ellos asintieron de mala gana y se alejaron. Galeo cerró los ojos y se concentró.

—Esto no se queda así, idiota —comunicó telepáticamente con Darik.

Sonrió triunfante al ver la cara de asombro de Darik. Lo había conseguido, todos esos años de entrenamiento por fin habían dado resultados. Darik también cerró los ojos y se concentró.

—Te estaré esperando. Lo arreglamos cuando quieras. —Abrió los ojos y sonrió.

—Vamos, hijo. —Eloísa tiró de él—. Koral quiere verte.

Darik siguió a su madre y cuando entró en la habitación todo su enfado se esfumó. Su extraña estaba despierta y lo miraba sonriendo.

—¡Darik! —exclamó ella al verlo.

Intentó levantarse, pero él se acercó rápidamente y se lo impidió.

—No te levantes. Intenta descansar un rato. ¿Cómo te sientes? —preguntó

mientras le acariciaba las manos.

—Estoy un poco mareada y siento mi cuerpo pesado. —Se mordió los labios.

—Pensé que te había perdido —susurró él—. Pensé que me habías dejado.

—Nunca, Darik. Te amo demasiado —sonrió, mirándolo intensamente—. Quiero un beso.

—Por supuesto, extraña. —Tomó su rostro en sus manos y le depositó un beso dulce y suave.

—Mmm... quiero otro —murmuró cuando sintió que él se apartaba.

—Tus padres tienen que entrar. —La miró traviesamente—. No quiero que vean esto.

—Uno corto, por favor —pidió ella.

—Sabes que no puedo rechazarlo, ¿verdad? —Agachó la cabeza y en vez de besarla en los labios, lo hizo en la comisura.

Luego mordió suavemente su labio inferior haciéndola gemir. Ella abrió un poco la boca y la lengua de Darik, entró ansiosa, probando su sabor.

El beso se volvió más intenso y más hambriento y no pararon hasta que escucharon la puerta abrirse. Darik se alejó enseguida avergonzado y ella no paraba de sonreír.

—Este beso me gustó. Espero otro parecido, luego. —Se mordió los labios y echó la cabeza hacia atrás—. ¡Qué bien se siente estar viva!

—Hola, hija.

La expresión de Koral cuando levantó la cabeza y vio a sus padres no tenía precio. Sus ojos se abrieron de par en par y una sonrisa apareció en sus labios.

—¡Mamá, papá, habéis llegado! —gritó eufórica—. Os eché mucho de menos —dijo mirándolos con cariño.

—Nosotros también. —Su padre se agachó y besó su frente.

—Me habéis ocultado cosas. —Los señaló con el dedo.

—Fue por tu bien, hija. —Su manzana de Adán se sacudió.

—Supongo... —Dirigió la mirada a su madre—. ¿Habéis conocido a Darik?

—Por supuesto —contestó ella y lo agarró por el brazo—. Lo conozco de cuando tenía tan solo un día de vida. —Lo miró con cariño.

La expresión de Koral se aclaró.

—Gracias por aceptarlo. —Rio y su garganta se apretó. Empezó a toser sin parar.

—Deberías descansar —susurró Darik, preocupado.

—Sí, debería. —Se frotó los ojos—. No te vayas.

—No me moveré de aquí. —Le estrechó la mano—. No te dejaré sola, extraña.

CAPÍTULO 27

—¿Estáis listos? —preguntó Zoltan mirándolos con seriedad.

Su hija se había recuperado en tiempo récord, sin embargo, el peligro de ponerse débil otra vez no había disminuido. Ella necesitaba las células del almirante cuanto antes. A Zoltan la tranquilizaba saber que su hijo y Darik habían decidido acompañar a su mayor tesoro en el viaje de vuelta al planeta Tarlok.

—Ten mucho cuidado, hija —dijo Janelle, jadeando débilmente a causa del nudo en su garganta—. No te preocupes por los demás. Todos, incluso tus amigos, llegarán a la Tierra estos días.

—Sí, mamá. —Ella la abrazó y luego se despidió de Eloísa.

—Nos tenemos que ir —gritó Darik desde el interior del transbordador.

Koral subió a bordo con la ayuda de su padre y se sentó al lado de su hermano. Ella notó cierta tensión entre él y Darik, por decidió animar un poco la situación.

—A la vuelta podemos organizar una fiesta —dijo ella mientras cerraba el cinturón de seguridad—. ¿Qué opináis?

Ninguno de los dos se había atrevido a contestar y ella empezaba a preocuparse. Se quitó el cinturón y se puso de pie con indignación.

—¿Qué os pasa?

Al hablar, apretaba los dientes. Se paró delante de ellos y se cruzó de brazos. Sus palabras quedaron suspendidas entre ellos, flotando en el aire.

—Nada, extraña —contestó Darik con tono seco.

—Estás mintiendo, puedo sentirlo. —Ella tocó de inmediato su marca.

Él cerró los ojos, el dolor que le provocaba la marca era insoportable; sin embargo, no quería preocuparla con sus bobadas. Su extraña se encontraba en un estado delicado y cualquier enfado o cualquier preocupación podía gastar el sérum de la vida.

—No estoy mintiendo. —Apretó los labios, había sentido una fuerte punzada en el pecho y el dolor era inaguantable. Por primera vez su rostro presentaba ligeros cambios denotando molestia.

Galeo se dio cuenta de que mentir le hacía daño y se puso de pie.

—No pasa nada, hermana. —La giró para mirarla—. Estamos un poco preocupados, nada más —mintió.

Galeo no estaba preocupado, solo quería cuidar de su hermana, y Darik no era precisamente la pareja que él había elegido para ella. El odio que almacenaba hacia el almirante lo tenía cegado y saber que él era su hijo, lo enfurecía aún más. Darik abrió los ojos y asintió ligeramente con la cabeza, no quería preocuparla más.

—No me creo tus palabras, Galeo y tú... —Clavó un dedo en el pecho de Darik—. Estás mintiendo, pero tenemos cosas más importantes que hacer. Esto no queda así. — Lo miró intensamente—. Vosotros os vais a llevar muy bien. Mi hermano y mi novio tienen que ser buenos amigos.

Galeo empezó a toser y Darik apretó los puños con fuerza.

—¿Entendido? —preguntó ella mirándolos atentamente.

—Sí. —Galeo se sentó y empezó a silbar—. Eso si volvemos los dos.

—Yo voy a volver —bramó Darik—. Pero tú, no.

—¡Basta! —gritó ella—. Los dos vais a volver. —Su voz se ahogó.

No quería perder a ninguno de los dos, y esa inseguridad la hizo sentirse triste. Una lagrima resbaló por su mejilla y Darik se acercó de inmediato para abrazarla.

—No llores. —La abrazó—. Todo estará bien —murmuró y levantó la mirada. Al sentirla más calmada la separó de su torso y la miró a los ojos, los

cuales seguían húmedos, haciendo brillar levemente su color verde.

—Tú no vas a volver a la Tierra —dijo Galeo telepáticamente—. Yo mismo me aseguré de que así sea.

—Eso depende de mí —contestó Darik—. Y si tengo que pasar por encima de ti, lo haré.

—*Se requiere activación manual* —dijo la voz computarizada.

Darik se alejó de Koral, no antes de besar sus labios lentamente. El beso había molestado a Galeo; sin embargo, se esforzó para mantenerse indiferente. Presionó dos botones verdes y el transbordador se puso en marcha. Una pantalla plana en el panel de control se encendió y él metió los datos del viaje.

—*En tres horas llegarán los a su destino* —avisó la voz.

CAPÍTULO 28

Torre central de vigilancia, planeta Tarlok

—Necesito que te quedes escondido en el transbordador. —Le dijo Koral a su hermano.

—Está bien, pero si pasa algo... —Se acercó a Darik—. Quiero saberlo.

—Por supuesto —contestó cortante.

—¿Tienes los cristales, Darik? —preguntó Koral, metiéndose entre los dos.

—Sí, están en esta caja. —La levantó en el aire.

—Entonces, vámonos. —Lo empujó suavemente.

Bajaron del transbordador y se encontraron con Malik.

—Hola, Darik. Tu padre te está esperando. —Se acercó a Koral y la miró extrañado—. ¿Estás bien?

Koral sabía que no podía mentir y, como él se había comportado bien con ella, decidió decirle la verdad.

—En realidad, estoy débil. —Darik carraspeó.

—No os preocupéis. No tengo intención de hablar de esto con el almirante.

Últimamente está bastante distante. Ya no somos amigos... —Se quedó pensativo—. Pronto dejará de ser tan importante.

—¿Por qué dices esto? —preguntó Darik al momento que Malik volteaba a su izquierda para verlo.

—Luego hablamos, y si necesitáis mi ayuda para cualquier cosa, no dudéis en pedírmela. —Estrechó las manos de Koral y cerró los ojos.

Dejó que sus pensamientos fluyeran en la cabeza de ella. Era la única

manera que se le había ocurrido para transmitirles confianza.

—Gracias —murmuró ella y lo abrazó.

—Esto es por Eloísa —contestó con voz ahogada—. Esto es por mi amor...

Koral se alejó un poco y lo miró a los ojos extrañada.

—¿Tu amor? —preguntó Darik—. ¿Qué tienes tú que ver con mi madre?

—Yo...

—¡Aquí están mis salvadores! —exclamó el almirante.

Ellos giraron las cabezas permitiéndole el paso.

—Hola, papá.

—Vaya recibimiento más frío —masculló con voz seca—. Y yo había preparado una fiesta.

—No quiero una fiesta. Aquí tienes los cristales. —Le dio la caja y se alejó.

El almirante se quedó un rato mirándolos, algo estaban tramando porque su hijo había bloqueado sus pensamientos. En ese momento era necesario mantener la calma y actuar con normalidad.

—Bueno, ¿en qué condiciones está la Tierra? —Entrecerró los ojos—. ¿Hay vida?

—Todo está muerto —replicó Darik.

Agarró la mano de su extraña y la estrechó. Se sintió incómodo y necesitaba aliviar la agitación que había dentro de su pecho. Mirándola, sintió como si tuviera el universo a sus pies. Allí mismo se hallaba todo lo que había deseado en su vida.

Ese gesto de cariño lo pilló por sorpresa al almirante y se acercó a Koral. Alzó la mirada y su expresión rezumaba rabia contenida. Esperó unos segundos, y luego dijo:

—Parece que no te quedó muy claro lo que habíamos hablado. —Nazar la miró con la cara desencajada por el odio.

—Pronto nos casaremos, así que háblale con respeto. —Darik se colocó delante de él y le sostuvo la mirada, esforzándose por mantenerse indiferente.

—Bueno... Eso es... una buena noticia —dijo entre dientes—. Hay que

celebrarlo.

—Te dije que no quiero fiestas —gruñó.

—Sí, me lo dijiste. La habitación está preparada, Koral. —Giró la cabeza mirándola por encima del hombro—. Pero, ahora supongo que vais a compartir habitación.

—Sí, así es —contestó su hijo.

—Perfecto, nos vemos en la cena. Ahora tengo unos asuntos pendientes y los cristales no pueden esperar más. —Giró sobre sus talones—. Pronto todo esto será mío.

El almirante abandonó la sala y Darik enseguida se acercó a Malik.

—Tenemos algo pendiente —murmuró despacio—. Pero ahora necesitamos tu ayuda.

—Por supuesto. Estoy al tanto de los planes de tu padre y el consejo de los viejos lo tienen vigilado.

—Entonces... sabes que mi madre...

—¿Qué pasa con Eloísa? —Lo miró expectante.

—Sabes que ella está viva, ¿verdad? —Vio que abría mucho los ojos, quedándose inmóvil. Hizo una pausa para respirar hondo—. No lo sabes...

—¿Ella está viva? —preguntó con cuidado—. Mi amor está... ¿Cómo es posible?

—Una larga historia. No quiero hablar de esto ahora. Parece que hay algo que se me ha escapado y prefiero callarme.

—Como deseas —murmuró para sí mismo—. ¿Para qué necesitáis mi ayuda?

—Para entrar en el laboratorio —contestó Koral.

—Esto es difícil, pero lo intentaré. Nadie tiene acceso.

—Tenemos que entrar como sea. Es muy importante para nosotros y si se puede hoy mismo, mejor. —Darik se giró rápidamente, con gesto irritado.

—Puede que sí. El almirante está ocupado ahora mismo con los cristales y podemos aprovechar ese despiste —dijo él—. Ahora me tenéis que seguir. Os

llevaré a la habitación y luego os avisaré cuando podéis entrar.

—Gracias. —Koral le estrechó la mano.

—No somos malos, solo el almirante está perdido... —Empezó a caminar.

—Vamos a tener un poco de tiempo a solas, extraña —susurró Darik—.

Lejos de tu hermano.

—No entiendo qué os pasa —bramó ella—. Quiero que os llevéis bien.

—Lo haremos, extraña. Todo a su tiempo. —Le pasó un brazo por el cuello y le dio un beso en la mejilla.

—Guarda tus besos para más tarde. —Le guiñó un ojo.

—¿Solo los besos? —preguntó en tono seductor.

—Mmm... no —contestó riendo.

CAPÍTULO 29

—¿Darik? —dijo telepáticamente Galeo—. ¿Me escuchas? Estoy en problemas.

—¿Qué pasa? —contestó susurrando él, no quería despertar a su extraña.

Ella se había quedado dormida después de la cena. Su energía se había gastado tanto que no podía mantenerse de pie.

—Hay telosianos en el transbordador —susurró Galeo—. Si no te das prisa, me van a descubrir.

—Ya voy.

Eran casi las diez de la noche y Koral llevaba dos horas sin despertar. Darik la observó, ahora estaba más tranquila. Se incorporó sobre su brazo y la besó en la frente.

—No tardaré —susurró.

Darik llegó a la plataforma de transporte y se paró delante del transbordador. Había dos guardias arcturianos que impedían su paso y lo miraban con sospecha. Un escalofrío le recorrió el espinazo. Eran máquinas perfectas modificadas genéticamente para poder adaptarse a cualquier tipo de situación.

—No puedes pasar —dijo uno de ellos.

—Necesito entrar. Tengo órdenes de mi padre. —Se acercó un poco más.

—Está bien —refunfuñó el otro guardia.

Darik subió las escaleras del transbordador y rápidamente tapó su nariz. En el aire un olor muy fuerte a santina, un gas tóxico que usaban los telosianos

para limpiar las naves espaciales que salían en el espacio, y precisaba el uso de máscaras para no perder el conocimiento.

—No puedes entrar aquí sin máscara. —Un telosiano le bloqueó la entrada.

—Necesito coger algunas cosas para mi padre. —Presionó las manos en su pecho y lo empujó hacia dentro.

Otro telosiano se acercó y agarró a Darik por el cuello. Con un movimiento rápido y guiado por una fuerza inexplicable, él le quitó la pistola láser y se soltó de su agarre. Tomó aire dos veces para respirar y se tapó de nuevo la nariz.

Colocó el arma en la nuca de uno de ellos y lo obligó a caminar.

—Si intentas algo, estás muerto —dijo—. Ahora quítate la máscara.

—Sí me la quito...

—Ahora mismo —gritó—. Tú también. —Le dijo al otro telosiano.

Los dos se quitaron las máscaras y, cuando pensaron que los había dejado libres, recibieron dos golpes secos en la nuca.

Darik se agachó y tomó las máscaras. Se colocó de inmediato una y respiró profundamente. La válvula empezó a funcionar y el filtro limpió el aire del tóxico gas que lo rodeaba. Empezó a caminar por el largo pasillo y buscó con la mirada a Galeo.

—¿Dónde estás? —gritó—. ¿Galeo?

Al escuchar a Darik aproximándose, él salió de su escondite. Tenía una camiseta que tapaba su nariz y, en cuanto vio la máscara, estiró una mano temblando.

—Veo que sigues vivo.

—Gracias, supongo. —Se colocó la máscara—. ¿Dónde está mi hermana?

—Descansado. Estaba un poco débil...

—Si le pasa algo...

—Tranquilo. —Empezó a caminar—. No le pasará nada.

—¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Por la puerta —contestó él tranquilamente.

—¿Están muertos? —Miró los cuerpos de los telosianos tirados en el suelo y se estremeció.

—No, pero pronto lo estarán.

Darik siguió caminando y, cuando llegaron al pie de la escalera, se dio cuenta de que había más guardias.

—Detrás de ti. Dos para mí y otros dos para ti. ¿Podrás con ellos? —preguntó riendo.

—¿Y tú?

—Yo perfectamente, sería un placer eliminarlos. No me gustan los telosianos.

Darik entrecerró los ojos.

—Te recuerdo que tú padre es uno de ellos, y tú y tu hermana sois mitad telosianos. —Le clavó un dedo en el pecho.

—No hace falta que me lo recuerdes. —Apartó su dedo de un manotazo—. Sé perfectamente quién soy.

—Me alegro y ahora sígueme. —Bajó corriendo las escaleras.

—Ayúdame a esconder los cuerpos.

—Vale, pero tengo hambre. —Galeo bufó—. Me habéis dejado encerrado en el transbordador y no me habéis traído nada de comer. —Se quejó.

—Ayúdame con esto y te conseguiré comida —gruñó mientras arrastraba los cuerpos sin vida de los telosianos.

Galeo agarró a los otros dos y empezó a tirar de ellos hasta que llegó delante de una puerta metálica. Darik presionó su palma y la puerta se abrió de inmediato.

Dentro había dos telosianos hablando tranquilamente y, cuando giraron las cabezas, sacaron las pistolas láser y empezaron a disparar.

—¡Mierda! —gritó Galeo—. Me dieron. —Se tocó el hombro.

—¡Agáchate! —Darik empezó a disparar y no paró hasta que los telosianos cayeron al suelo sin vida—. Nos tenemos que mover. Activaron la alarma silenciosa.

—Después de ti.

—¿Estás bien? —Se acercó para chequear su herida—. No es muy profunda, déjame ayudarte.

—¿Qué va a hacer? —Lo miró extrañado.

Darik le abrió el uniforme y cuando le tocó la herida, este empezó a gritar.

—¡Duele, imbécil! —Se quejó—. ¿Qué haces? —Apretó los labios cuando vio los dedos de Darik presionando su herida.

—Deja de quejarte. —Cerró los ojos y en unos segundos, una luz blanca salió de sus dedos.

—Esto quema. —Intentó atrapar las manos de Darik.

La luz cerró poco a poco la herida y él respiró con alivio cuando vio semejante milagro.

—¿Qué más cosas sabes hacer? —Chasqueó la lengua.

—No querrás saberlo y nos tenemos que ir a por tu hermana.

—Estoy de acuerdo. —Cerró el uniforme y se levantó del suelo.

—Tenemos una pequeña ayuda para entrar en el laboratorio —explicó Darik mientras guardaba las pistolas láser.

—Pues adelante, este lugar no me gusta para nada.

Llegaron delante del ascensor y, cuando presionaron el botón de llamada, unas luces verdes y rojas empezaron a iluminarlos, seguidas por una alarma.

—¡Corre! —gritó Darik.

Galeo obedeció sin rechistar salió detrás de él corriendo. Pasaron por varios espacios abiertos, agotados, pero no paraban de disparar contra los guardias arcturianos. La escena era un completo caos y el constante ruido golpeaba sus cabezas sin parar. Se pararon delante de la habitación de Malik y la golpearon con las pistolas hasta que se abrió. Él los agarró por los hombros y los metió rápidamente dentro.

—¿Estáis locos? —Los miró con cierto enfado—. Habéis puesto a todos en alerta y tu padre ya lo sabe Darik. —Le tocó el pecho—. Te vieron por las cámaras de seguridad. Esto solo empeoró las cosas. ¿Y tú quién eres?

—Soy el hermano de Koral —contestó Galeo—. ¿Algún problema?

—Muchas y vosotros estáis en peligro. —Dio la vuelta y abrió una caja metálica—. Aquí están las células y el sérum de la vida. Entré en el laboratorio y las robé.

—Perfecto, ahora podemos irnos —dijo esperanzado Darik y se acercó para tomar la caja.

—Iré con vosotros —murmuró Malik—. Aquí ya no me queda nada.

—Pues vámonos de una vez —dijo impaciente Galeo.

—¿Qué pasará con mi padre? —quiso saber Darik.

—Dentro de unas horas vendrán a detenerlo.

—Darik, ayúdame, por favor —dijo telepáticamente Koral.

Él tocó su marca para comunicar con ella y sintió una fuerte punzada en el pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Koral, háblame.

—Ayúdame... Me han encerrado.

—No puede ser. —Apretó los puños con fuerza.

CAPÍTULO 30

—Tengo que encontrarla —dijo Darik sin vacilar—. Le puede pasar cualquier cosa.

—Es justo lo que tu padre quiere —murmuró pensativo Malik—. Dijo que nadie se interpondría en su camino.

—Por eso tengo que encontrarla.

—Ella es mi hermana y no dejaré que vayas solo. —Darik asintió con la cabeza.

—¡Esperad! —gritó Malik—. Voy con vosotros y creo que van a necesitar esto. —Levantó en el aire dos rifles de rayos gamma.

—¡Uy, sí! —exclamó Galeo—. Me encantan estos juguetes. —Estiró una mano, ansioso—. Transforman el cuerpo humano en polvo.

—¿Alguna idea por dónde empezar? —preguntó Darik.

—Podemos ir a la habitación de tu madre —sugirió él—. Es la única que tiene cámaras de vigilancia y la única que no tiene otra salida. Si la quiere tener controlada, ahí es donde puede hacerlo.

—Perfecto. —Galeo abrió la puerta.

—Creo que sería prudente dejar que salga yo primero. —Malik lo agarró por los hombros—. A vosotros os están buscando.

Galeo se apartó y Malik salió por la puerta mirando a todos lados. Ellos salieron en silencio detrás de él, apuntando con los rifles y prestando atención a cada movimiento. Caminaron los tres hasta que llegaron al lado de las escaleras que conectaban con la parte principal. Subieron las escaleras y

empezaron los disparos. Se agacharon y esperaron el momento perfecto para atacar.

—¿Cuántos son? —preguntó Galeo mientras cargaba su rifle.

—Cinco —contestó él apenas respirando. Estaba asustado, nunca había disparado a alguien, siempre estuvo evitando los conflictos y los entrenamientos.

—Vale, voy primero —comentó Darik—. Cúbreme, Galeo.

Subió las tres escaleras que quedaban y empezó a disparar. Galeo subió corriendo detrás de él y entre los dos consiguieron derribarlos.

—¡Wow! —exclamó Galeo al ver que no quedaba nada más que polvo negro—. Impresionante. —Se agachó para tocar el polvo con sus dedos—. Está caliente y puedo sentir latidos de corazón.

—¿Te quieres callar? —gruñó. Empezaba a impacientarse y el hermano de Koral se comportaba como si no le importara.

—¿Dónde está Malik? —Galeo se puso de pie.

—Allí, tapándose los oídos —Lo señaló.

—¿Ahora tenemos que cuidarlo? —Se echó a reír.

Malik alzó la cabeza y quitó las manos que cubrían sus oídos.

—¿Ya está? —Miró a todos lados con el corazón golpeando fuertemente su caja torácica.

—Sí, pero no gracias a ti —contestó Galeo y colocó el rifle encima de su hombro derecho.

—No sé cómo disparar —explicó él—. Nunca lo hice.

—Está bien. Quédate detrás de nosotros.

Llegaron delante del puente que conectaba con las habitaciones principales y se escondieron detrás de las columnas.

Darik presionó la mano en su marca e intentó comunicarse telepáticamente con su extraña.

—Koral, ¿me escuchas? —preguntó susurrando.

Ella no le contestó y su angustia empezó a crecer aún más, necesitaba saber

si ella estaba bien. De repente se quedó rígido, tenso.

—Hay siete guardias —susurró Galeo—. Tenemos que salir los dos a la vez. Darik asintió y empezó a contar.

—Uno, dos, tres...

Salieron los dos y empezaron a disparar sin parar. Los rayos láser se mezclaban con el polvo y, entre tanto caos, Malik consiguió atravesar el puente. El camino era desolador, había sangre por todas partes y los cuerpos de los telosianos se amontonaban en rincones. Llegó sano y salvo al otro lado y agarró con fuerza la caja manteniéndola contra su pecho.

El ruido cesó y un silencio aterrador reinó el edificio, hasta que los altavoces empezaron a crepitar.

—Hijo... —habló el almirante.

Una pantalla que cubría la pared de arriba abajo mostró una imagen borrosa de su extraña atada a una silla.

—Me traicionaste —prosiguió él.

Darik caminó por el puente mirando fijamente la imagen. La culpa lo mataba y deseaba con desesperación tomar su lugar. Su cabeza giraba como una persona demente y buscaba sin éxito una solución. Estaba tan perdido y desorientado sin su extraña...

—Si quieres vivir y si quieres que ella sobreviva, tienes que entregarme lo que has robado del laboratorio —dijo su padre.

Darik llegó delante de la pantalla y levantó el rifle, preparándose para disparar. Apretó el gatillo y los rayos impactaron seguidos y como flechas doradas en la pantalla hasta que la destrozó en pedazos.

Malik se asustó y se estiró para agarrar su brazo. Lo sacudió para hacerlo entrar en razón, nunca lo había visto con la mente tan fuera del lugar.

—Darik, para...

Él no le hizo caso y continuó disparando hasta que vació el cargador por completo.

Solo paró porque el rifle había empezado a quemar su mano.

—Ven a mi habitación —ordenó su padre por el altavoz—. Y trae las células.

Galeo se acercó a Darik, presionó una mano en su hombro y dijo:

—No te dejaré solo.

—Tengo que hacerlo. —Tiró el rifle al suelo—. Dame la caja, Malik.

Bajó la cabeza y dejó caer los hombros. Odiaba con toda su alma a su padre y no tenía miedo a la muerte. Sabía que no había escapatoria y que vivía una verdadera pesadilla, sin embargo, no podía arriesgar la vida de su extraña.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó él con preocupación.

—No lo sé —contestó, encogiéndose de hombros—. Pero quiero enfrentarlo.

—La tienen en la habitación de tu madre. Iré con Galeo a por ella. Intenta salir con vida de ahí.

—Lo haré —pronunció con tono cansado y empezó a caminar.

Si hacía falta matar a su padre, lo haría. Estaba decidido hacer lo que fuera para salvar a su extraña.

CAPÍTULO 31

—¡Hijo! —exclamó el almirante—. Deja la caja encima de la mesa.

Sosteniéndole la mirada, se acercó a la mesa y la depositó con cuidado. Dejó escapar un gruñido y cerró con fuerza los puños. Necesitaba esas células para salvar a su extraña, para curarla del todo.

—¿Dónde está Koral? —Lo miró con expresión ceñuda.

—Ella está bien. —Al ver su expresión escéptica, añadió—. Quien no estará bien, eres tú. —Chasqueó los dedos.

Las puertas se abrieron y cuatro guardias entraron a grandes zancadas. Lo agarraron por los hombros y lo obligaron arrodillarse. Él intentó luchar contra ellos, pero recibió un golpe en la nuca y dejó de moverse.

—Llevarlo a la sala de máquinas —ordenó.

—Soy tu hijo, ¿cómo puedes hacerme esto? —gritó Darik mientras intentaba soltarse.

—Fuiste tú quien me traicionó —vociferó—. Te crié, te di todo, y ¿así me lo pagas? Eres igual que tú madre, débil. Los dos me habéis fallado.

—Deja a Koral libre. Ella no tiene ninguna culpa.

—¿No la tiene? —Se agachó para mirarlo a los ojos—. Ella es la culpable de todo esto. Ella envenenó tu mente; ella te cambió. Tenía planes contigo, hijo. Te quería a mi lado para gobernar este planeta.

—Tienes una mente enferma. No puedes matar a todos los humanos.

—Puedo y lo haré. —Le agarró el rostro y apretó fuertemente los dedos—. Son inútiles. Nunca llegarán a ser tan fuertes como nosotros. Somos

superiores, somos mejores y con mi ayuda, los únicos vivientes en la galaxia Verix.

—No puedes hacer esto. El consejo de los viejos no te lo va a permitir.

—Ya es tarde. —Se alejó—. Lo único que me faltaba eran los cristales. Ya tengo los cruceros de combate y los destructores preparados. Con la ayuda de los cristales, nos podemos teleportar y sorprender a los demás.

Darik gruñó, intentando soltarse.

—Es una pena que no estarás a mi lado para verlo.

Dio orden para que se lo llevaran. Los guardias lo arrastraron hasta la sala de máquinas. Abrieron la puerta y lo empujaron hacia dentro. Darik se sentó en el suelo, intentando ordenar sus pensamientos. Si su padre conseguía usar los cristales con ellos dentro, todos morirían. Su madre le había dicho que, al activarlos, explotarían y soltarían el gas tóxico.

—¿Darik? —preguntó telepáticamente Galeo.

—Sí. —Abrió los ojos.

—Ya tenemos a mi hermana ¿Dónde estás?

—En la sala de máquinas, pero es mejor si os olvidáis de mí. —Tragó saliva—. Esconderos en el transbordador. Intentaré salir de aquí.

—Espérame, no tardaré.

—No vengas, no la dejes sola.

Se dio cuenta de que Galeo ya no estaba comunicando con él y empezó a preocuparse; temía por la vida de su extraña.

Escaneó la sala con atención. Por ser mitad telosiano, tenía la habilidad de penetrar los objetos con su mirada.

La luz blanca que salía de sus ojos podía traspasar cualquier objeto, pared o máquina. Detrás de las paredes no había nada y eso podría facilitarle la huida. Tan solo tenía que usar su fuerza electromagnética para abrir la puerta. Esa fuerza podía interactuar con las partículas de carga eléctrica mediante un intercambio de fotones. Pudo sentir entonces el calor de su mano y pudo ver como un rayo púrpura salió de sus dedos y alcanzó la pantalla digital que

mantenía la puerta cerrada. Los circuitos se quemaron y en pocos segundos escuchó un sutil chasquido.

—¡Aquí estás! —exclamó Galeo— ¿Cómo conseguiste abrir la puerta? —Lo miró extrañado.

—No tenemos tiempo para explicaciones.

—Darik, ven al transbordador... —dijo Koral telepáticamente—. No puedo retenerlos más, mi energía se está gastando.

—Ahora mismo vengo —gruñó molesto.

—La dejaste sola. —Lo empujó.

—La dejé con Malik y no me toques. —Lo agarró por el cuello—. Si no estuviéramos en peligro, te daría tu merecido.

—Adelante. —Él se soltó y levantó las manos en el aire—. ¿Qué esperas?

Una alarma empezó a sonar y tuvieron que apartarse.

—Iré a por la caja. No tardaré.

—Necesitas esto. —Galeo sacó una pistola láser.

—Gracias. Esperarme allí y si en media hora no vuelvo, pon en marcha el transbordador.

—Mi hermana no lo hará.

—Tendrá que hacerlo —masculló—. La vas a obligar.

—Te esperaremos.

CAPÍTULO 32

Darik pensó que aquella situación no era del todo real. Había vivido con su padre casi toda la vida, pero nunca había reparado en el monstruo que era aquel hombre. Sus ideas retorcidas y su plan malvado de matar a los humanos habían sido las gotas que habían colmado el vaso.

Le costaba entender la frialdad con la que actuaba su padre. Aquel hombre desalmado no podía ser su padre, odiaba hasta su manera de respirar.

Miró a su derecha, luego a su izquierda y se paró delante de la habitación del almirante. La puerta estaba abierta y, después de comprobar que no había nadie en el interior, entró y se acercó a la mesa. La caja no estaba; alguien la había cogido. Maldijo en voz alta y pateó la silla.

—¿Buscas esto? —preguntó la voz inconfundiblemente cínica de su padre, justo antes de que su figura se metalizase frente a él—. Sabía que volverías a por ella.

Darik no lo pensó dos veces y se abalanzó sobre él. El almirante sabía que su hijo haría algo así y vino preparado. Sacó una pistola láser y le apuntó. Un rayo de luz embistió a Darik y lo lanzó a una gran distancia, la energía recibida quedó dentro de él, haciéndole daño. La herida empezó a sangrar y el dolor lo dejaba sin aliento.

Al levantar la vista hacia el frente, vio a su padre riendo, justo donde él estaba antes de recibir el impacto.

—¿Me disparaste? —preguntó con voz ahogada.

Intentó levantarse, pero su padre se acercó y lo agarró por los pelos. Los

ojos morados del hombre brillaron llenos de furia.

—Quédate ahí si quieres vivir. —Lo soltó—. Tengo que encontrar a tus amigos.

—No te acerques a ellos —murmuró él, reflejando cierta angustia en su voz.

—¿Darik? —dijo telepáticamente Galeo—. Mi hermana se desmayó y no sé qué hacer.

Su voz retumbaba en su cabeza, pero no podía procesar aquellas palabras. Necesitaba encontrar una salida, un plan de escape, y dejó que sus pensamientos vuelen lejos.

—Puedo ayudarte, papá —mintió y alzó la mirada con determinación.

—¿Cómo? —Lo miró con los ojos entrecerrados—. No confío en ti. Estas desesperado por hacer algo y...

—Tira la pistola, Nazar —ordenó Eloísa mientras lo apuntaba con un rifle. Estás rodeado y el consejo de los viejos ya tiene el control de este edificio.

—Vaya, vaya... mi querida esposa sigue viva. —La miraba con incredulidad.

La última vez que la había visto, ella estaba intentando subir en un transbordador. Uno que había explotado a poco tiempo de su descenso.

El almirante la había mantenido encerrada durante años en una habitación para que nadie sospechara que ella no era telosiana. La había amado a su manera, pero en el último tiempo todos la habían mirado con intriga, como si hubieran sabido la verdad. Cuando había visto la explosión, había sentido un gran vacío en su pecho, había sentido tristeza; sin embargo, sus planes habían sido más importantes que esos sentimientos molestos.

—Dame el arma, Nazar —insistió ella.

—¿Cómo conseguiste escapar? —Apuntó con la pistola a su hijo.

—Me ayudaron. Hay personas que tienen sentimientos. —Dio un paso hacia delante—. Todos somos iguales y no importa si somos humanos o telosianos.

—Me engañaste. —Colocó la pistola en la nuca de Darik—. Con mi mejor amigo.

—No te engañé. —Miró de reojo a su hijo—. Sabías que ya no te amaba. Te

pedí el divorcio antes de...

—No es verdad —vociferó—. Me amabas.

—Dejé de hacerlo en el día que cambiaste —murmuró—. Malik fue mi apoyo, me cuidó, me trajo comida mientras estaba encerrada en esa habitación, me dio ropa limpia, me dio cariño... —respiró hondo—. Me amó.

—Y te sigo amando —dijo Malik, mientras se acercaba cautelosamente.

—Hermoso —dijo asqueado el almirante.

Apretó el gatillo y Darik se echó hacia atrás. Eloísa no tardó ni un segundo en dispararle, y lo hizo más de dos veces. Cuando el cuerpo sin vida del Nazar cayó al suelo, ella tiró el rifle lejos y corrió para abrazar a su hijo.

—Darik, mi niño... —susurró mientras le acariciaba el rostro—. ¿Estás bien?

—Sí, mamá. —Alzó la mirada—. Pero Koral, no.

—Es verdad —dijo Malik con voz grave—. Está inconsciente.

—Cuida de mi hijo. —Se puso de pie—. Gracias por todo. —Se acercó despacio—. Yo también te amo. Siempre lo hice, pero temía que tú no sintieras lo mismo.

—Ven aquí. —Estiró los brazos.

Se abrazaron y se besaron hasta que Darik carraspeó.

—Mamá, siento interrumpirlos. Mi novia te necesita. —Tocó la marca—. Siento que la estoy perdiendo... Su corazón dejó de latir.

Las lágrimas caían por sus mejillas mientras sentía la muerte de su extraña. Eloísa se agachó y tomó la caja, miró a su hijo por unos segundos y luego salió corriendo.

CAPÍTULO 33

Un sentimiento de tristeza inundó el corazón de Eloísa. Los pensamientos se abalanzaron sobre ella mientras su mente intentaba procesar lo que había ocurrido. Había matado a su marido, le había disparado delante de su hijo. Sabía que el almirante era un hombre malvado y que se merecía ese destino, pero pensó que quizás había sido demasiado cruel. Temblando, subió el último escalón y buscó con la mirada a Koral.

—¿Dónde está? —preguntó con voz trémula.

—Aquí, en el suelo —contestó Galeo, permaneciendo en un rincón.

Ella se agachó junto a la pobre chica y abrió la caja de metal. Tomó una jeringa y después de comprobar que todo estaba en orden, buscó la marca en el pecho.

—Te necesito aquí, Galeo —dijo con voz entrecortada—. Ahora.

—Dime qué tengo que hacer. —Se secó las lágrimas y se acercó despacio.

—Necesito que tomes esta jeringa y cuando yo te diga, la claves en el medio de la marca.

—No sé si puedo hacerlo. —Miró con tristeza a su hermana—. ¿Se pondrá bien?

—Esperemos que sí, ahora presta atención —murmuró suavemente.

Ella miró con atención la jeringa y suspiró, esas células eran el último recuerdo vivo del almirante, sin embargo, no sentía tristeza, sino paz. Una que siempre estuvo buscando.

Tomó el brazo derecho de Koral y miró a su hermano de reojo.

—Ahora —ordenó.

Él reaccionó y metió la aguja en el medio de la marca de su hermana, justo como Eloísa le había indicado. Su mandíbula estaba apretada y sus músculos flexionados. Quería oír su voz de nuevo, quería ver sus ojos color morado y quería decirle que la quería, que era la mejor hermana del mundo.

—Escucho latidos de corazón —murmuró Eloísa.

Terminaron de inyectar los líquidos y se quedaron quietos, esperando alguna reacción.

—Hay que abandonar el planeta ahora mismo —gritó Malik. Se paró delante de ellos y los miró con preocupación—. Ay no...

—¿Por qué? —Eloísa giró la cabeza y encontró su mirada—. ¿Qué pasa?

—El almirante programó los cruceros de guerra para dentro de media hora —explicó—. Los cristales ya están activados.

—Por Dios. —Tomó la mano de la chica—. ¿Cómo vamos a salir de aquí? ¿Qué pasará con los demás?

—Más de veinte transbordadores están preparados para abandonar el planeta —contestó él—. El consejo dio la orden de evacuación.

—Ya estoy aquí, mamá. —Darik se agachó junto a ella y miró a su extraña con preocupación—. ¿Cómo está?

—Estará bien. —Giró la cabeza y lo miró con atención—. ¿Tú cómo estás? —La herida se está curando bastante rápido —dijo con voz cansada.

—Eso es porque eres medio telosiano y nosotros tenemos ese poder, hace parte de nuestra condición como especie avanzada —explicó Malik.

—¡Wow! —exclamó Galeo—. Eso significa que yo también.

—Sí, tú también —gruñó Darik.

—¿Quién piloteará el transbordador? —Él miró el panel de control con mucho interés.

—Puedes hacerlo tú. Yo quiero quedarme al lado de tu hermana.

—Os tengo que confesar algo. —Eloísa comprobó el pulso de Koral y sonrió, las células empezaban a reaccionar. Se levantó y miró su hijo, luego a

Malik—. Os he mentido —suspiró—. Todos estos años guardé un secreto que os afecta a los dos.

—Mamá...

—Déjame terminar, hijo. —Se colocó entre los dos y tomó una profunda respiración, necesitaba estar tranquila y serena.

—Pondré en marcha en transbordador —avisó Galeo.

Malik se acercó a ella y la miró con mucha admiración. En sus ojos, ella era una verdadera luchadora, una que se había enfrentado a todo y había conseguido salvar a los humanos. Era una mujer increíble.

Se había enamorado de ella desde el primer segundo en que la había visto y aun recordaba con amor su primer beso y su primera noche juntos. Verla de nuevo era algo que nunca había imaginado. Su vida había dejado de tener sentido cuando creyó que ella había muerto. Agarró sus manos y la miró con ternura.

—¿Recuerdas la noche que pasamos juntos? —preguntó ella susurrando.

—Nunca la olvidé. Fue lo más hermoso que me regalaste. —Acarició sus manos lentamente.

—Fue cuando Nazar me gritó por primera vez. Fue cuando él había cambiado. — Giró la cabeza para mirar a su hijo—. Esa noche quedé embarazada.

Ambos quedaron mudos ante aquellas palabras. Había una infinidad de cosas que no comprendían, pero aquel no era el momento para preguntas.

Ninguno de los dos sabía qué decir o hacer, pero eso dejó de ser necesario cuando Eloísa repentinamente esbozó una tímida sonrisa. Hubo varios segundos de aplastante silencio, hasta que Galeo se atrevió a hablar.

—Al final no te quedaste sin padre —pronunció mientras presionaba el botón de inicio.

—¿Te quieres callar? —le gritó Darik bruscamente.

El grito despertó a Koral y al abrir los ojos buscó con la mirada alguna cara familiar.

—¿Dónde estoy? —susurró con voz ronca.

—Mi extraña. —Él se agachó junto a ella.

—El transbordador ha iniciado el despegue —avisó la voz computarizada.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—No te levantes, cariño. —Eloísa se agachó para comprobar su estado—.
Aún eres débil.

—¿Por qué tu uniforme está manchado de sangre? —quiso saber ella.

—Estoy bien —contestó él con una sonrisa tímida—. Mejor descansa un poco y después hablamos. —Apretó suavemente su brazo.

—Está bien. —Cerró los ojos y en pocos segundos se quedó dormida.

Eloísa estiró una mano para alcanzar a su hijo. Él la tomó de inmediato y la miró con cariño.

—Perdóname, hijo, pero tenía que mantenerme callada. No quería que el almirante se diera cuenta, podría habernos matado a todos —dijo con voz apagada.

—Mamá, no hay nada que perdonar. Fuiste la mejor madre, valiente, luchadora y tenaz. Gracias a ti soy feliz. —Miró a su extraña y sonrió—. La amo muchísimo y es mi mundo. Has luchado para que el destino nos mantenga cerca y eso no tiene precio. —Se acercó a Malik—. Siempre me has cuidado. —Torció una sonrisa—. Siempre fuiste bueno conmigo y me alegra saber que eres mi padre.

Malik lo miró con lágrimas en los ojos y sin poder articular palabras. Desde que ella les había confesado la verdad, su corazón no había dejado de latir como loco en su pecho. Era orgulloso, era feliz y siempre lo había admirado.

—Gracias. —Se secó las lágrimas—. ¿Puedo abrazarte?

—Claro que sí, padre —contestó alegremente.

Eloísa los miraba con lágrimas en los ojos, por fin había reunido a su familia y ya no tenía que luchar más.

—No entiendo qué pasa —dijo con voz grave Galeo—. En el mapa no aparecen los demás planetas.

—Déjame comprobar. —Darik se acercó y presionó varios botones hasta que las nuevas coordenadas mostraron el planeta Tierra.

—Menos mal —dijo él sonriendo—. Me asusté.

—¿Preparados para empezar de nuevo? —preguntó Eloísa mientras colocaba mejor la cabeza de Koral.

—Preparados —contestó su hijo.

En pocos segundos, se escuchó una fuerte explosión que sacudió el transbordador por completo. Ellos miraron hacia el lugar en un silencio tenso y vieron cómo los últimos trozos del planeta Tarlok desaparecieron sin dejar rastro. Aquel espectáculo caótico y aterrador fue el principio de una nueva etapa. Todos podrían empezar una nueva vida en la Tierra, incluso los telosianos que se habían salvado.

—Todo estará bien —dijo ella y abrazó a su hijo.

Se quedaron mirando los tres como el planeta Tierra aparecía en el panorama.

—Sí, mamá —murmuró Darik.

Se alejó y se sentó en el suelo al lado de su extraña. Le acarició suavemente la mejilla y sonrió.

—Te amo. —Tocó la marca y sintió como su corazón no paraba de dar saltos de alegría—. Me enseñaste a vivir y sentir. Contigo aprendí a amar, extraña.

Se agachó y le depositó un beso suave en los labios, luego se estiró a su lado y la abrazó.

—Yo también te amo.

Eloísa los miró con cariño. El amor que los unía era especial, tanto que sobrevivió a todos los planes malvados del almirante.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a las personas que participaron en la materialización de este libro, leyendo el manuscrito, corrigiendo errores, haciendo sugerencias y dándole forma.

Se puede decir que vivo en mi imaginación, buscando y creando un mundo perfecto para mis lectores. No tengo límites para soñar... Me siento viva cuando sonrío y lloro con los personajes que manejo con la magia de mis dedos.

Tardé en escribir este libro, pero con la ayuda de mi familia y de mis amigos, el camino se hizo más corto.

Muchas fueron las personas que en forma directa o indirecta y aún sin saberlo me ayudaron a desarrollar esta hermosa historia romántica.

Y por último agradezco a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta novela.

Si te ha gustado

El secreto

te recomendamos comenzar a leer

Ocurre que a veces...

de *Mayte Pascual*



CAPÍTULO I

SOFÍA

NEL: ¡¿Se puede saber dónde estáis?!

CLOE: Llegando

ANAÏS: Ídem

NEL: ¿¿Sofía?? ¿Cuándo decís que estáis llegando...? ¿Habéis salido ya de casa?

SOFÍA: ¡¡Ya voy!!

Me río sola en medio de la calle como una tarada. Nel ha dado un giro a su vida, pero lo de la paciencia... Sigue igual que siempre. Cuando llego al restaurante tiene cara de haber recibido un plantón de dos horas.

—Hola, guapa.

—Anda, que... —Mira el reloj, adusta—. ¿Aquí nadie es capaz de llegar a la hora?

—Oye, bonita, que solo llego diez minutos tarde.

— ¡¿Y...?! —pregunta, impertérrita.

—Que viniendo de mí es un milagro, no te quejes.

Dejo todas las bolsas en el suelo y me froto los dedos para que vuelva a circular la sangre por ellos. Nel mira los pesados paquetes interrogantes.

—Los libros y el material escolar de los niños para el nuevo curso. —
Aclaro.

— ¿Qué van a estudiar, primero de medicina?

—Ya te tocará, graciosa, ya te tocará... ¿Cómo está Noah?

Nel cambia automáticamente su expresión y su gesto se dulcifica.

—¡¡Es tan mono!!

Mientras me cuenta las lindezas de la preciosidad de su hijo, trato de

localizar un camarero que se digne a mirarme. Después de la mañanita que llevo, necesito una cervecita fría... O dos.

—Por favor, cuando puedas... —Después de mis malogrados intentos para acaparar la atención, Nel levanta la mano y el camarero viene corriendo, como si le fuese la vida en ello.

—Dos... ¿cervezas?

Asiento en silencio. Total, para ese chico es invisible todo lo que no tenga que ver con la nueva y muy mejorada Nel.

—¿Qué te has hecho? Pareces una adolescente.

—¡Yooo?! — Sonríe de medio lado, dejando que el flequillo le tape media cara. —Estoy probando peinados nuevos. ¿Te gusta?

—Me encanta.

—Pues ya sabes, vente un día a ver a Jorge...

Si al hablar de Noah se le suaviza hasta la voz, con solo nombrar a Jorge su mirada se ilumina y se sonroja involuntariamente. Estoy a punto de decirle que probablemente lo que Jorge le hace para estar tan radiante no me lo hará a mí, pero reprimo una carcajada y decido callarme.

—Intuyo que os va muy bien.

—Ufff...—Sonríe soñadora y sopla para apartar su flequillo. —Más que bien.

Anaïs aparece corriendo y se deja caer en la silla que hay a mi lado, lanzándonos besos.

—Lo siento, chicas, el metro iba hasta los topes y ha parado un rato entre estaciones.

El camarero trae nuestras cervezas y Anaïs pide un refresco light.

—¿Y Cloe?

—Conociéndola, aún debe estar despidiéndose de Caleb.

—Mejor, así tenemos un ratito para hablar.

—¿Ya tenemos todo?

—Sí. Está todo controlado. —Nel revisa su móvil a una velocidad que ni un

chico de quince años. —¡No os olvidéis de los bikinis, chicas!

—¿Qué bikinis? —Cloe aparece al lado de la mesa como por arte de magia. Miro al camarero que nos ha atendido y corroboro mis sospechas: tiene una nueva musa en quien fijarse. A Cloe ni siquiera le hace falta avisarle. Aparece a su lado como un cachorro en busca de atenciones.

—Una cerveza helada, por favor.

Cloe le sonrío y el chico está a punto de desmayarse. Miro a Anaïs y ella pone los ojos en blanco, leyéndome el pensamiento. Estamos apañadas con estas dos.

—Bueno, ¿de qué hablabais? ¿Qué bikinis son esos?

—Los que te tienes que llevar. Al viaje.

Cloe nos mira una a una, entornando los ojos.

—¿No me vais a decir nada más?

—Sí. Que no te pases con el equipaje, que nos conocemos. Maleta de cabina y bolso de mano. Punto.

—Pero ¿cómo voy a llevar solo eso? Si ni siquiera sé a dónde vamos.

—¿Tú no sabes lo que es una sorpresa?

—Miedo me dais... —Cloe pone cara de terror y no puedo evitar reírme—. Mientras no me obliguéis a ponerme un velo con adornos fálicos ni tenga que hacer un numerito ridículo con un boy...

—Nunca se sabe, amiga, nunca se sabe... —Nel nos mira a Anaïs y a mí con complicidad.

—¡Ni se os ocurra! ¡No os vuelvo a hablar en mi vida!

Nos pasamos toda la comida tomándole el pelo sobre las cosas que haremos en el viaje y ella nos mira horrorizada, porque en el fondo nos cree capaces de hacer eso y mucho más.

A la hora de los cafés, me levanto sin parar de reírme.

—Bueno, chicas, una que se va.

—¿Tan pronto? —protesta Anaïs.

—Toni tiene guardia esta noche y me toca pasar a recoger a los niños a casa

de mis padres.

—¿Ya se ha preparado mentalmente para el fin de semana que le espera?

—No lo sé. Pero es su problema.

—¿Te ha puesto pegas?

—Aún no. Creo que todavía no se ha recuperado del shock de la noticia. Cuando sea perfectamente consciente de la situación... ¡Yo ya estaré lejos! — Me río pensando en el fin de semana que le espera con los dos monstruitos y con la poca maña que se da para estas situaciones. Miro el reloj y suspiro, desencantada. —Tengo que irme, de verdad, pero luego hablamos, ¿no?

Miro significativamente a Anaïs y a Nel.

—Vaya tres que os habéis juntado...—Comenta Cloe frunciendo el ceño.

—¡¡No revuelvas la maleta!! —Cuando vuelvo del baño con mi bolsa de aseo, Samuel está husmeando en mis cosas, desordenando toda la ropa.

—¿Dónde te vas, mamá? —Me pregunta con ojos tiernos.

—Me voy de viaje con las chicas. A Mykonos.

—¿Y eso dónde está?

—En Grecia, hijo. —Le acaricio el pelo y le doy un beso en la cabeza. — ¿Por qué no vas a por la *tablet* y lo buscas en un mapa? A ver si consigues encontrarlo.

Samuel sale corriendo hacia el salón y sonrío enternecida. A pesar de estar contando las horas para largarme, me da cargo de conciencia dejar aquí a mis hijos mientras me voy al paraíso. Arreglo como puedo el estropicio que ha hecho y meto una bolsa con los bikinis nuevos.

—¡Hala, mamá! ¡Es una isla! Y está muy lejos... —Otra vez esa cara de cachorrito abandonado.

—Vamos en avión, cariño, se tarda muy poco... —Intento encontrar el sujetador negro, pero nada, que no aparece.

—¿Y por qué no podemos ir nosotros?

—Porque todavía sois muy pequeños...

—Guille sí es pequeño... ¡Yo ya soy mayor! —contesta, poniéndose muy serio y erguido.

Suelto una carcajada y cierro la maleta.

—...Y es solo para chicas.

—Pero yo puedo ir para protegeros... ¡Como Batman!

Vuelvo a reír ante las ocurrencias de Samuel.

—Si tenemos algún problema no dudaremos en llamarte, Bruce Wayne. Aunque llevamos a la tía Nel para que nos defienda a todas...

—La tía Nel tiene tatuajes... —Susurra Samuel con admiración—. Yo quiero hacerme algunos grandes, como los de Jorge.

Suspiro desesperada. Desde que mi hijo conoció a Jorge se ha convertido en su fan número uno. En cuanto volvió a casa del cumpleaños de Noah, se dibujó los brazos de arriba abajo con rotulador indeleble y estuvimos dos semanas intentando borrarlo con toda clase de remedios caseros.

—Ya hablaremos de esto cuando seas mayor.

—Y dale... ¡Ya soy mayor!

—Mayor de edad. Y se acabó.

Me voy con él al salón, harta de discutir los tatuajes de calaveras que se pondrá en la espalda y en el pecho. Estoy intrigada por el silencio que reina en la casa porque, con un niño de tres años por ahí suelto, no es nada tranquilizador. Antonio, ajeno a todo lo que respira en diez kilómetros a la redonda, está tumbado en el sofá, con el mando en la mano y la vista fija en la pantalla del televisor.

—¡Que se está comiendo algo! —Salgo disparada hacia Guillermo, que está muy entretenido en el suelo, mordiendo un objeto no identificado.

—¿¿Ehhhh...?? —Antonio sale de su ensimismamiento y mira hacia todos los lados.

—¿Es mucho pedir que el niño no se ahogue mientras preparo mis cosas? —

No hago más que sacar trozos de una galleta babeada de la boca de Guillermo, mientras él ríe a carcajadas.

—Mujer... Es solo una galleta.

—¿Y de dónde la ha sacado? Porque el mes pasado se comió varias fichas de Lego...

No obtengo respuesta. El móvil ha vuelto a requerir toda su atención y, por supuesto, es mucho más importante que yo. Tengo ganas de decirle cuatro cosas de lo que significa tener tiempo de calidad para tus hijos, pero sé que es inútil. Ha vuelto a desconectarse de la vida real, y sonrío como un bobo de alguna tontería que le habrá mandado vete a saber quién. Como si me importara.

—Me voy a hacer la cena —digo para nadie en particular. Llevo a Guille hasta la trona de la cocina, aunque ya casi no cabe, y le abrocho concienzudamente el cinturón a pesar de sus protestas. Samuel, a mi lado, insiste en ayudarme a empanar los filetes. Diossss... Qué ganas de desaparecer en Mykonos... O en Cuenca, ahora mismo me daría igual el destino.

—¿Ya están dormidos?

Mi querido marido, que ha vuelto a adoptar la misma postura en el sofá después de la cena, me mira cuando aparezco de nuevo en el salón, agotada de tantos cuentos.

—Sí, ya está. —«Y gracias por la ayuda, majete, tú no te estreses», pienso para mí.

—¿Has terminado de hacer la maleta?

—Sí, aunque tendré que meter las últimas cosas mañana. —Miro alrededor, echando una ojeada rápida—. ¿Dónde has metido la lista?

—¿¿La lista?? —me pregunta, con cara de no saber de qué le hablo. Si cuando vuelva mis hijos están sanos y salvos, empezaré a creer en los milagros.

—La lista de las cosas que no se te pueden olvidar cuando estés solo con los niños.

—Tranquila, solo te estaba vacilando.

—Muy gracioso.

—Nos las apañaremos mientras estés en las Islas Griegas haciendo la loca con tus amiguitas.

—Creo que yo no te he dicho nada de las diez despedidas a las que tú has ido...

—Hombre, tú compara... De irse a una casa rural en un pueblucho de mala muerte a marcharse de viaje a un hotel en Grecia hay una pequeña diferencia, digo yo. ¡Anda, que no os podíais haber ido más cerca!

—No todos los días se nos casa Cloe...

—Eso espero, porque con la que está liando con su boda...

Cuento hasta diez mentalmente y paso de discutir. Sé que Cloe y Nel no son santo de su devoción, pero tampoco lo son para mí sus amigos del barrio y yo no digo nada.

—Acuérdate de darle las vitaminas a Guillermo. Y que no coma nada del suelo, por favor.

—Tranquila... —Sé que Antonio está perdiendo la paciencia, pero es mi deber como madre recordarle una vez más las cosas que él no está acostumbrado a hacer y por las que no muestra ningún interés—. He hablado con mi madre, vendrá a echarme una mano.

Me contengo y no le suelto lo que tengo ganas de decirle de mi santísima suegra. Cuando vuelva tendré que compensar a mis hijos por la que les espera.

Antonio bosteza sonoramente, ajeno a mis pensamientos. Se levanta del sofá y se rasca la barriga, feliz consigo mismo. En este momento encuentro tantos paralelismos entre mi marido y Homer Simpson que no sé si soltar una carcajada o ponerme a llorar.

—Bueno... Yo ya me voy a la cama. —Me da un breve beso en los labios y sonrío—. ¿Te vas a acostar muy tarde?

—No creo... Haré unas cosillas todavía. —«Como plantar unos minutos el culo en el sofá e intentar acordarme de cuándo fue la última vez en el día que

me senté un ratito tranquila». Miro la mesa del salón y estoy a punto de gritar. Además de un plato con un montón enorme de cáscaras de pipas a punto de rebosar, hay también dos latas de cerveza vacías que ya han dejado marca en el cristal de la mesa, de por sí pegajosa y llena de manchurriones.

—¿Te puedes llevar todo eso a la cocina? —Intento ser amable, pero solo me sale un tono repipi de asqueada total.

—Ah, bueno... Ahora iba a hacerlo.

Suspiro por milésima vez en todo el día. Esa frase la he oído tantas veces que podría tenerla tatuada. Pero no contesto a Antonio. Si lo hago, iniciaremos una charla interminable sobre la verdadera naturaleza de «ahora mismo iba a hacerlo» y lo que de verdad pasa siempre. Y no estoy de humor. Espero pacientemente hasta que lo oigo roncar en el dormitorio y me siento pesadamente en el sofá.

SOFÍA: Ya lo tienes todo preparado?

ANAÏS: Más quisiera yo...

Lucía se acaba de dormir.

No quiere que me vaya.

SOFÍA: Jajajaja. Lo mismo les pasa a los míos.

ANAÏS: Pues no te creas que a mí el plan me apetece mucho...

Enarco las cejas ante el comentario de mi amiga. Me parece imposible que a alguien no le apetezca ir al paraíso, por muy unido que esté a sus hijos.

SOFÍA: Y eso??!!

ANAÏS: Me da pereza todo lo que tiene pensado Nel...

SOFÍA: Lo vamos a pasar bien.

Anímate, anda.

ANAÏS: Pufff... No sé...

SOFÍA: No quiere Sergio que te vayas?

ANAÏS: Qué va!!

Él está encantado de que pase un tiempo con vosotras. Dice que me merezco descansar.

SOFÍA: Ahí lo tienes.

Ojalá Antonio fuese tan comprensivo...

ANAÏS: No sé si es comprensión o se queda más a gusto si me voy...

Hablo un poco más con Anaïs, pero enseguida me corta con la excusa de terminar la maleta. Me quedo preocupada por sus comentarios. No es que mi amiga sea la alegría de la huerta; le habría encajado más un plan tranquilo en una casa rural, como ella misma propuso. Pero de eso, a no apetecerle... Aprovecharé estos días juntas para intentar sonsacarle algo más... Si es que lo hay.

Decido tomarme una infusión para relajarme, pero cuando llego a la cocina se me cae el alma a los pies. Parece que Antonio se ha tomado al pie de la letra la insinuación que le he hecho acerca de todo lo que había dejado en la mesa del salón. La encimera de la cocina está graciosamente adornada con sus latas de cerveza y las cáscaras de pipas, que, como era de esperar, ya se han salido del plato. Genial. Tendré que poner carteles informativos indicando la dirección del cubo de basura.

Consigo hacerme la infusión sin caer en la tentación de recoger todo eso. Como me dijo Nel una vez que me quejé de cosas como ésta, la culpa es mía porque los tengo mal acostumbrados. Decido hacer un experimento y ver cuánto tiempo es capaz de dejar eso ahí. Probablemente, si por Antonio fuera, ahí se quedaría hasta que las latas se fosilizaran, pero no creo que llegemos a tanto. Ya se encargará mi querida suegra de limpiar todo y aprovechar para colocarme la casa como a ella le dé la gana, soltando los comentarios típicos de «no sé qué haríamos sin ella», «en esta casa no hay ningún orden» y «es una pena que algunas mujeres no sepan limpiar como Dios manda». En fin... Que le aproveche.

Reviso de nuevo mi maleta, ahora perfectamente colocada, y no puedo evitar

deleitarme con mis bikinis nuevos. Ni siquiera me he molestado en enseñárselos a Antonio. Por una vez, me he permitido el lujo de comprármelos en una tienda de verdad, y no en un hipermercado como hago de costumbre. Pero es que la ocasión lo merece. No todos los días se va una a Mykonos con sus mejores amigas. Y menos con la imprevisible Nel, que si se confirman los peores temores de Anaïs, y ojalá que lo hagan, tiene pensado un fin de semana que difícilmente olvidaremos.

NEL: Ya estoy.

ANAÏS: Llegando.

SOFÍA: Yo también.

CLOE: No te veo.

NEL: Soy la que tiene cara de perro porque sus amigas llegan tarde...Como siempre.

CLOE: Eres una tía plasta con la hora.

NEL: Eso díselo al piloto

SOFÍA: Si está bueno se lo digo yo.

ANAÏS: ¡!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

NEL: Alguien ya está en modo despedida.

CLOE: Vaya tela...

Ahora sí que tengo miedo...

Veo a Nel de lejos, escribiendo como una posesa, con cara de haberse tragado un palo. Un poco más allá, Cloe la mira riéndose. Cuando se da cuenta de mi presencia, me guiña un ojo y vamos las dos hacia el punto de encuentro.

—¿Se puede saber qué es eso? —interroga Nel a Cloe con cara de horror, como si llevase un cinturón de explosivos.

—¿Qué va a ser? Mi bolso.

—¿Tienes el valor de clasificar «eso» en la categoría de bolso? No, si al final vamos a tener movida con el equipaje...

—No seas aguafiestas, Nelita... —Cloe le sonríe tiernamente, dándole un abrazo a pesar de sus protestas—. En estas maletas no cabe nada.

Nel parece que tiene ganas de seguir discutiendo, pero, por fortuna, Ana s y Annie, la mujer de Robert, se acercan a nosotras.

—  Chicas!! —Cloe corre a abrazarlas. Miro a Ana s disimuladamente, pero parece que se ha animado desde ayer y sonríe de oreja a oreja.

—Annie,  qu  haces aquí?

—Ya ves, que me dijo Nel que ibais a...  Y esto no me lo pierdo!

—Bueno, creo que ya es hora de que me dig is el destino... —Cloe pone cara de súplica, pero no consigue ablandarnos.

— De eso nada, guapa!  Date la vuelta! —Nel la engancha sin mucho tacto y le pone un pañuelo en los ojos.

— Auchhh!  Mi pelo! —Protesta Cloe—. No me hagáis ir así, por Dios.

—Una sorpresa es una sorpresa...

Nos abrimos paso a golpe de maletas mientras arrastramos a una Cloe que no hace más que protestar y reírse. Cuando llegamos a la puerta de embarque, la mitad de la gente nos mira como si nos hubiésemos bebido algo. Y no, todavía no hemos empezado.

—No me puedo creer que me est is haciendo esto...

—No seas plasta... Es por tu bien. — Nel nos qui a un ojo.—.  Te has acordado de tus botas de montaña?

—   Qu  dices??!!  No me dijiste nada de eso!!

Coreamos con risas las bromas de Nel hasta que llegamos a nuestros asientos. El personal ya está al tanto de nuestra sorpresa y nos sonríe cuando ve llegar a Cloe de esta guisa.

—Y ahora... El toque final. —Una azafata nos trae unos auriculares para los oídos y luchamos con Cloe para ponérselos. Cuando por fin terminamos, Nel me mira encantada.

—Alice también viene con nosotras. Está a punto de llegar.

—¡¡¡¡¡Queeeeeé???! —Soltamos Anaïs, Annie y yo a coro.

—Que nooooo... Solo quería asegurarme de que Cloe no oye nada.

La pobre está sentada rígida como una tabla en su asiento, ajena a todo lo que le rodea.

—¿La vamos a dejar así todo el vuelo?

—No; la azafata nos avisará cuando vayan a hacer algún anuncio. En cuanto termine el saludo del comandante, se lo quitaremos.

Después de lo que nos parece una eternidad, por fin nos ponemos en camino. Llevamos algo de retraso, pero el piloto nos informa de que el tiempo es bueno y tendremos un vuelo tranquilo. En cuanto la azafata nos hace una señal y pide a los demás pasajeros que sean discretos y nos guarden el secreto, procedemos a liberar a Cloe, que pega un bote en su asiento cuando la tocamos.

—Sois lo peor... Perras. Ésta os la guardo.

—Cloe, Cloe... No te enfades... —Nel la abraza dulcemente—. ¿No te fías de nosotras?

—No me hagas hablar... — Cloe busca en su bolso el móvil, que hemos apagado junto a los demás terminales antes de despegar—. Ni siquiera me ha dado tiempo a mandarle un mensajito a Caleb... — Se lamenta entre pucheros.

—Ya se lo hemos mandado nosotras a tu churri. — Bromea Nel—. Además, te falta un mes para tenerlo todos los días de tu vida, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, en la cama y en el sofá...

—¡¡Calla, tonta!! —protesta Cloe, sonrojándose—. Que ya estoy suficientemente nerviosa...

—¿Ya lo tienes todo preparado?

—Casi todo.

—Tienes que hacerte la prueba del peinado. A ver si vienes a vernos.

—¿Al final te peina Jorge? —Se interesa Anaïs.

—No hay otro mejor. —Esta vez es Nel la que, para mi sorpresa, se sonroja

—Además, la cara que puso mi suegra cuando lo vio todo tatuado fue impagable...

Todas nos reímos a coro. Algunos ocupantes de los asientos cercanos nos miran con curiosidad.

—La verdad es que tu suegra está dando mucho juego... — Recuerdo las mil y unas trifulcas que ha tenido con ella por los preparativos de la boda.—. ¿Qué tal lleva la elección del nuevo vestido?

—Ufff... —Cloe resopla cómicamente—. Ésta es capaz de vestirse de Sissí Emperatriz solo para eclipsarme.

—Pues ya verás cuando le des nietos... —Recuerdo con terror que mi propia suegra debe de estar ahora mismo en mi casa como la dueña del cortijo.

—¡Ni me hables! Ya ha empezado con la campaña del embarazo...

Nel pide una botella de cava que se han llevado a enfriar.

—¡Qué solo son las once! —Protesta Anaïs, alarmada con los ánimos de Nel.

—Oficialmente, querida amiga, los horarios y los «aún es pronto para beber» se han quedado en tierra. ¡Brindemos!

Brindamos por la loca de Cloe hasta que nos falta aire en los pulmones. Todas queremos decir algo y, poco a poco, voy notando cómo el alcohol pasa directamente a mi sangre y me enciende el gusanillo de fin de semana de fiesta. Anaïs me mira un poco horrorizada cuando pido una segunda botella, pero yo estoy decidida a exprimir mis días de libertad al máximo, aunque acabe vomitando en el avión. Cosa bastante improbable dada la velocidad con la que se acaba el alcohol en este grupo.

Un secreto bien guardado, un amor verdadero y un destino marcado.



Los telosianos se consideran una de las civilizaciones más avanzadas y evolucionadas de la galaxia. Logran trascender la forma física y son gobernados por un consejo de viejos sabios. La energía requerida para propulsar las naves telosianas provienen de un tipo de cristal que se encuentra en la Tierra. Ellos han desarrollado la tecnología para la teleportación

usando ese cristal.

Pero todo tiene su fin y, cuando necesitan más cristales, obligan a Koral a viajar a la Tierra.

Ella vuelve con un secreto bien guardado en su mente, un secreto que destruirá la galaxia Verix.

Alina Covalschi Nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid.

Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias.

Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.

Su género favorito es el romance. Entre sus aficiones está dibujar, escribir, leer y viajar. Echa un vistazo a su página de Facebook para más información.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Alina Covalschi

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-025-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

EL SECRETO

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

AGRADECIMIENTOS

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE ALINA COVALSCHI

CRÉDITOS